





**Grandes Obras de la Literatura Universal**

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación  
escolar de jóvenes lectores

## Títulos de nuestra colección

- *El matadero*, Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos*, Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*, Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos*, Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror*, Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville*, Oscar Wilde.
- *Martín Fierro*, José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca*, Henry James.
- *La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca.   
*Automáticos*, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho*, Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta*, William Shakespeare.   
*Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho*, Daniel Veronese.
- *En primera persona*, Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo*, Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.
- *Cuentos folclóricos de la Argentina*, Antología.
- *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Mark Twain.
- *Frankenstein*, Mary Shelley.
- *La increíble historia de Simbad el Marino*, relato de “Las mil y una noches”.
- *Heidi*, Johanna Spyri.

# Cuentos de terror

Estudio preliminar  
de Emilse Salussoglia



Grandes Obras de la Literatura Universal

**Dirección editorial:** Profesor Diego Di Vincenzo.  
**Coordinación editorial:** Pabla Diab.  
**Jefatura de arte:** Silvina Gretel Espil.  
**Selección de cuentos:** Fernando Cittadini.  
**Actividades y notas:** Laura Sánchez.  
**Diseño de tapa:** Natalia Otranto.  
**Ilustraciones:** Gabriel Molinari.  
**Diseño de maqueta:** Silvina Gretel Espil.  
**Diagramación:** Daniela Coduto.  
**Corrección:** Laura B. Finguer.  
**Coordinación de producción:** Juan Pablo Lavagnino.

Cuentos de terror : Poe, Quiroga, Stoker y otros / John Polidori ...  
[et.al.] ; con colaboración de Laura Sánchez ; ilustrado por Gabriel  
Molinari ; con prólogo de Emilse Salussoglia. - 1a ed. - 1era reimp.  
Buenos Aires : Kapelusz, 2011.

0 p. : il. ; 19,7x13,4 cm. - (GOLU (Grandes Obras de la Literatura  
Universal); 6 / Pabla Diab)

ISBN 978-950-13-2340-5

1. Narrativa. 2. Cuentos. I. Polidori, John II. Laura Sánchez, colab.  
III. Molinari, Gabriel, ilus. IV. Salussoglia, Emilse, prolog.  
CDD 863

### **Primera edición**

**Segunda reimpresión: enero de 2014**

© Kapelusz editora S.A., 2008.

San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

[www.kapelusznorma.com.ar](http://www.kapelusznorma.com.ar)


Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

ISBN: 978-950-13-2340-5

 **PROHIBIDA LA FOTOCOPIA** (Ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.



# [ Índice ]

Nuestra colección	7
Leer hoy y en la escuela <i>Cuentos de terror</i>	9
Avistaje	13
Palabra de expertos "Introducción". EMILSE SALUSSOGLIA	15
<i>El vampiro</i> , John William Polidori	31
<i>El retrato oval</i> , Edgar Allan Poe	63
<i>La casa del juez</i> , Bram Stoker	71
<i>La catacumba nueva</i> , Arthur Conan Doyle	101
<i>La pata de mono</i> , William W. Jacobs	123
<i>El almohadón de plumas</i> , Horacio Quiroga	141
Sobre terreno conocido	149
Comprobación de lectura	
Actividades de comprensión y análisis	155
Actividades de producción	170
Recomendaciones para leer y para ver	173
Bibliografía	175



## Nuestra colección

Comencemos con una pregunta: ¿qué significa ser lector?

Quienes hacemos Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) entendemos que el lector es aquella persona capaz de comprender, analizar y valorar un texto; de relacionarlo con otras manifestaciones culturales del momento particular de su producción; de seguir el trayecto de las diversas lecturas que ese libro fue provocando en el transcurso del tiempo.

Pero entendemos que ser lector también significa “dejarse llevar” por lo que una historia cuenta, sumergirse en las palabras al tiempo que las palabras lo inundan y lo pueblan. Los que así leen abren paso para que la literatura funcione como parte de sus vidas. Una novela, un cuento, algún poema o alguna pieza dramática, entonces, contribuyen para que el lector se comprenda a sí mismo y le ofrecen una serie de puntos de vista con los cuales comprender el mundo.

Todo lo que aprendemos, todo lo que atesoramos a partir de nuestras lecturas, es algo que “llevamos puesto”, una increíble posesión de la que disponemos a voluntad y sin que se agote.

Nuestra colección –desde su selección de títulos, con sus respectivos estudios preliminares, escritos por reconocidos especialistas, y con sus actividades, elaboradas por docentes con probada experiencia en la enseñanza de la literatura– se funda en el deseo de colaborar con sus profesores y con ustedes en la formación de jóvenes lectores.

Si bien en nuestra colección encontrarán no solamente obras consideradas clásicas, sino también algunas a las que no se ha incluido en esa categoría (ciertamente amplia y variable), coincidimos con el escritor italiano Ítalo Calvino, quien comienza su libro *Por qué leer los clásicos* proponiendo varias definiciones de “obra clásica”. Entre ellas, afirma que los clásicos son esos libros que “ejercen una influencia particular”, en parte porque “nunca terminan de decir lo que tienen que decir”, aun cuando se los ha leído y releído, y hasta cuando han pasado siglos desde que se los escribió. Además, destaca el papel de la escuela no solamente como institución que está obligada a dar a conocer cierto número de clásicos, sino también como aquella que debe ofrecer a los estudiantes las herramientas necesarias para que puedan elegir sus propios clásicos en el futuro, es decir, para que construyan su propia biblioteca.

Estamos convencidos de que leer las grandes obras que en esta colección les ofrecemos constituye una de las actividades orientadas a favorecer el desarrollo de las habilidades para comunicarse y para pensar; a allanar el camino de la formación escolar, universitaria, profesional; a ayudar a que se desempeñen como sujetos activos de la vida social y cultural.

Por estas razones, entonces, creemos que la lectura de los libros de nuestra colección puede incluirse entre las acciones tendientes a la formación de personas más libres.

## Leer hoy y en la escuela

### Cuentos de terror

Cuando se trata de infundir terror, la literatura, sin la ayuda de modernos artificios tecnológicos, puede hacer temblar al lector más valiente. No se precisan litros de sangre ni monstruos logrados con el impresionante avance tecnológico de la industria del cine. Los efectos especiales pueden dejarse de lado.

Se considera al Romanticismo<sup>1</sup>, que inicia a fines del siglo XVIII, en Europa, como el movimiento con el que se inaugura la literatura de terror. Sin embargo, los relatos de esta clase tienen un origen mucho más antiguo: la mitología, los relatos legendarios y folclóricos. Lo que sucede es que los artistas de aquel período realizaron, por un lado, un serio trabajo de investigación en este terreno –vinculado con el afán de rescatar lo vernáculo<sup>2</sup> y en una exaltación del espíritu nacionalista–; por otro, se rebelaron contra la confianza en la razón que proclamaban los racionalistas de la Ilustración<sup>3</sup>. Es por eso que la propia subjetividad, la exaltación de las propias emociones se convierten en un nuevo medio para interpretar la realidad.

1 En la sección *Palabra de expertos* se ofrece información acerca del *Romanticismo*.

2 **Vernáculo:** adj. Propio del país o de la región.

3 Pueden encontrar información acerca de los conceptos de *Racionalismo* e *Ilustración* en la sección *Palabra de expertos*.

Los ambientes oscuros, exóticos y medievales que dominan el relato de terror del Romanticismo se transforman con el tiempo en espacios cotidianos en los que de pronto ingresa lo sobrenatural. En este sentido, la literatura de terror puede considerarse una rama de la fantástica, aunque no necesariamente tiene que ocurrir un hecho supranormal para que el miedo paralice a personajes y lectores. A menudo, lo familiar, visto desde otro ángulo, puede derivar en algo que asusta.

Como vemos, con el correr del tiempo, la literatura ha ido expresando de distintos modos la innegable existencia de miedos que adoptan diferentes ropajes según las circunstancias históricas.

En esta antología se presenta a algunos de los mejores autores del género. “El vampiro”, del italiano Polidori, “El retrato oval”, del norteamericano Edgar Allan Poe, “La casa del Juez”, de Bram Stoker, escritor irlandés famoso por su novela *Drácula*, ponen de manifiesto de manera brillante muchos de los rasgos del relato romántico. “La catacumba nueva”, del escocés Conan Doyle, creador del renombrado detective Sherlock Holmes, “La pata de mono”, del inglés Jacobs, y “El almohadón de plumas”, del escritor argentino Horacio Quiroga, que cultivó el género en lengua española, trabajan el terror que se instala en escenarios familiares y en situaciones cotidianas.

La lectura de estos cuentos en la escuela, entonces, presenta a los alumnos material que permite conocer lo más logrado del género. Por otra parte, estos relatos pueden constituir un punto de partida para ahondar en otros géneros que han cultivado estos autores. Finalmente, si los seres humanos tendemos a acercarnos temerosos y a la vez desafiantes al misterio y al terror, ¿por qué no hacerlo a partir de estas obras que representan lo mejor dentro de este oscuro y tenebroso género?

## [ Avistaje ]

- 1 Lean el siguiente fragmento de Fernando Savater.

En rigor, la narración terrorífica es el cuento por excelencia, la historia prototípica que esperamos escuchar cuando nos sentamos con las orejas bien abiertas a los pies de alguien frente al resplandor temblón del fuego: es lo que por antonomasia merece ser contado. Se trata de un género que elude la declamación o el ditirambo, prefiriendo decantarse por el susurro; en esto revela su entronque con la esencia primordial del cuento, modalidad expresiva, fundamentalmente nocturna, reñida con lo altisonante, tanto como con lo doctrinal. [...] Una vez bajada la voz, en el casi silencio expectante que pueblan los crujidos extraños de las cosas mal dormidas, ¿cómo resistir la tentación de evocar los fantasmas que no nos abandonan, de blasfemar muy bajito contra la razón y su orden, de hacer presente el pánico elemental que la jornada laboriosa o el miedo a la locura nos impulsan a disimular durante el día? Por un momento suspendemos la hipocresía salutífera que nos certifica como sensatos y emprendedores ciudadanos de estados sustentados en el progreso de la ciencia y volvemos a vernos como realmente somos: habitantes de lo improbable, vecinos de la nada, protagonistas de una pesadilla de tal desolación y desamparo que el único medio de conservar la cordura es intentar olvidar, en lo posible, nuestra mísera condición.

Savater, Fernando, *La infancia recuperada*, Madrid, Editorial Taurus, 1979, pp. 145 - 146.

- a) Determinen el tema acerca del cual Savater toma postura. Luego, identifiquen cuál es la posición que sostiene el escritor español. Escriban, para terminar, una oración que sintetice **tema** y **posición**. Pueden comenzar así: *En el fragmento de La infancia recuperada, Savater se pregunta... Al respecto, sostiene que...*
- b) ¿Están de acuerdo con la opinión de Savater? Justifiquen.
- c) Relean la última oración del fragmento de Savater y comenten si han vivido alguna **experiencia** en la que se hayan sentido “habitantes de lo improbable, vecinos de la nada, protagonistas de una pesadilla”.
- d) ¿Recuerdan **cuentos** o **películas de terror**? Mencionen sus títulos y narren brevemente sus argumentos. ¿Sintieron terror al leerlos o al verlas? Justifiquen sus respuestas.
- 2 Subrayen, en la siguiente lista, las palabras que pueden relacionarse con la **literatura** o el **cine de terror**.

*oscuridad – espectro – belleza – sombrío – sereno – inquietud – fantasma – desconocido – agradable – mágico – oculto – vampiro – bondad – monstruo – transformación – atractivo – repugnante – amoroso – inexplicable – asombro – angustia – tranquilidad*

- 3 Elaboren con un compañero una **definición** de la literatura de terror, teniendo en cuenta las actividades anteriores. Recuerden que las definiciones se organizan, en general, con la siguiente estructura: Término a definir (en este caso *Literatura de terror*), verbo que funciona como nexos (*ser, denominar, llamar, comprender*), definición propiamente dicha (se parte del concepto general, *relatos, narraciones*, por ejemplo, y luego se presenta aquello que de particular tiene la literatura de terror).



## Palabra de expertos

### Introducción

EMILSE SALUSSOGLIA

### ILUMINISMO, NEOCLASICISMO

Las primeras obras que pueden incluirse en el género literatura de terror, tal como se la entiende en la actualidad, se produjeron a fines del siglo XVIII. Coinciden con el surgimiento del Romanticismo, movimiento cultural que reaccionó contra el rigor intelectualista que dominó durante gran parte del siglo XVIII.

El XVIII es conocido como el siglo de la Ilustración, del Iluminismo o de las Luces. La Ilustración fue un movimiento intelectual basado en el Racionalismo, doctrina filosófica que sostenía que solo por medio de la razón se podía acceder a las llamadas “verdades universales”, dicho de manera sencilla, aquellos principios, leyes o ideas generales que rigen los procesos naturales y sociales.

El afán universalista del conocimiento impulsó a los estudiosos a interesarse por las disciplinas más dispares: matemática, física, química, lenguas extranjeras, economía, literatura.

Se los llamó *ilustrados* o *enciclopedistas* ya que, hacia 1750, Denis Diderot (1713-1784) supervisó la publicación de la *Enciclopedia*, una obra monumental que intentaba sistematizar todo el conocimiento acumulado hasta entonces.

Otra teoría sostenía que el conocimiento del mundo exterior podía lograrse a través de los sentidos, la experiencia y la observación. Esta doctrina se llamó Empirismo, palabra derivada del griego y que significa “propio de la experiencia”.

La aplicación metódica de criterios racionales y de la experimentación posibilitó el avance de las ciencias y sustituyó las creencias y explicaciones sobrenaturales o mágicas por respuestas racionales. La invención del telescopio y del microscopio permitió observar directamente los fenómenos, investigarlos y describirlos<sup>1</sup>.

Con la razón, el hombre accedía al conocimiento no sólo del mundo externo sino también de su propia conciencia moral que le indicaba qué era lo bueno y lo correcto. La confianza en la razón permitía contemplar con optimismo el presente y el futuro, y alcanzar la felicidad general lograda por la realización de acciones moralmente valiosas.

El estilo artístico que expresó los principios de la Ilustración fue el Neoclasicismo (*neo* significa “nuevo”, “reciente”).

---

1 Algunos de los descubrimientos y los científicos que los realizaron son: El astrónomo y físico italiano Galileo Galilei (1564-1642), quien reafirmó por medio de la observación la teoría copernicana, e investigó la rotación de la Tierra. Johannes Kepler (1571-1630), astrónomo alemán, formuló las leyes del movimiento de los planetas en torno del sol. Isaac Newton (1642-1727), físico, matemático y astrónomo inglés, formuló la ley gravitacional universal. En el campo de las ciencias naturales, el médico sueco Carl von Linné (1707-1778) describió, clasificó y denominó millares de plantas y animales. Antoine Lavoisier (1743-1794) fue el creador de la química como ciencia. Al médico inglés Edward Jenner (1749-1823) se debe el descubrimiento de la vacuna antivariólica. El médico y físico italiano Luigi Galvani (1737-1798) creía que existía una forma de electricidad animal al observar que los músculos de una rana desollada se contraían en contacto con un escalpelo. La afirmación fue rebatida por el físico italiano Alessandro Volta (1745-1827) quien sostenía la hipótesis de una electricidad originada por el contacto entre dos metales. A esta controversia se debió la creación de la pila eléctrica. Estos experimentos están presentes en la creación de *Frankenstein*, de Mary Shelley.

Para los artistas neoclásicos el arte debía manifestar regularidad en la forma y belleza en las proporciones. Por eso imitaban los modelos prestigiosos de la antigüedad grecolatina y estudiaban y aplicaban sus reglas de composición, como la uniformidad métrica en poesía, la división estricta de géneros, la aplicación de la regla de las tres unidades<sup>2</sup> en el arte dramático.

Es un arte “del buen gusto”, es decir discreto, exquisito, y regido por criterios convencionales y objetivos.

Valora los temas de la tradición grecolatina y su mitología, que entró en colisión con el universalismo cristiano.

## ROMANTICISMO

Hacia fines del siglo XVIII, nuevas condiciones políticas y sociales promueven cambios en la dirección de las artes, que se manifiestan en el movimiento romántico.

El Romanticismo se inició en Inglaterra, luego se extendió por Alemania y Francia y, un poco más tarde, por Italia y España.

El nombre del movimiento deriva de *romanz*, término del francés antiguo con que se designaba a las lenguas derivadas del latín, las lenguas romance. El romance medieval era un relato, generalmente en verso. Estos romances medievales tenían un carácter pintoresco e imaginativo, plagados de heroicos caballeros e inefables magos, que facilitó su difusión por la Inglaterra del siglo XVIII. La palabra “romantic” se convirtió en sinónimo de

---

2 **Regla de las tres unidades dramáticas:** *Unidad de acción:* la obra dramática debía representar un solo suceso, pues la obra trágica clásica no admite episodios secundarios. *Unidad de lugar:* la acción debía ocurrir en un único espacio. *Unidad de tiempo:* la duración de la representación debía ser equivalente a la duración de los hechos de la realidad.

*improbable, imaginativo, falso* y se asoció con una renovación del gusto por los temas góticos.

En Alemania el término se aplicó a ciertas cualidades que hasta entonces no se consideraban artísticas, como el valor de la imaginación. En ese país, “romántico” se relacionó además con el presente político, con los nuevos movimientos sociales que se estaban gestando, determinados por las revoluciones políticas en América (1776) y en Francia (1789) y por la revolución industrial, que transformó las costumbres tradicionalmente agrarias de vastos sectores de la población.

Los románticos y los ilustrados compartían la idea de que los conceptos universales de verdad y justicia debían estar al alcance de todos los hombres. Pero los románticos reaccionaron contra el exceso de racionalismo en que se había basado la Ilustración, y en consecuencia se distanciaron del estilo artístico que la expresaba: el Neoclasicismo y su cultura intelectualista.

El paso de la cultura intelectualista del Neoclasicismo a la cultura emocional del Romanticismo ha sido descrito como un cambio de gusto. Pero los gustos no cambian si no hay un público que los acepte.

Y ese público es, a fines del siglo XVIII, la burguesía, que por primera vez se expresa con opinión propia, independiente de los intereses de la aristocracia. La revolución industrial, que comienza en Inglaterra hacia 1780, había preparado el camino ascendente de la burguesía.

En el arte, esa tendencia es paralela a la del derecho del autor a expresar sentimientos subjetivos y hacer del lector un testigo del conflicto íntimo de su alma. El individualismo es una reacción contra la mecanización de la vida y de la cultura representada por el Racionalismo.

La razón como forma de conocimiento y de acercamiento a la realidad es desplazada por la emoción y el sentimiento. La subjetividad se convierte en un nuevo medio para interpretar la realidad –como antes la razón lo había sido para los ilustrados- y en un vehículo más seguro de contacto entre el artista y el público.

Las duras condiciones de vida, la miseria de los obreros explotados por los prósperos burgueses industriales provocan inquietud, melancolía y solidaridad en los artistas románticos. La noche, la soledad y la nostalgia de un mundo lejano, desconocido, se convierte en un tema poético.

Para los ilustrados, la razón permitía acceder al conocimiento del mundo físico. Pero los románticos encontraban el mundo complejo e impenetrable, y reconocían sus propias limitaciones para entender la inmensidad del universo. *Sublime* fue el término que forjaron para referirse a lo impenetrable, a la naturaleza y a todo lo que inspirara un temor reverencial.

Los viajes que los jóvenes de familias inglesas ricas hacían a Italia o a Francia para conocer el pasado clásico, constituían un acercamiento a la idea de lo sublime. Sublimes son las ruinas que mostraban la antigüedad clásica como fuente de poder primitivo y no un modelo de perfección formal, como para los neoclásicos. La sensación sublime es un acto creativo subjetivo. El individuo crea su propio universo de impresiones y las proyecta sobre el objeto. Los objetos visibles aluden a aspectos invisibles, concepto que la filosofía alemana describió como “el lado oscuro de nuestra experiencia”.

La inmensidad, la oscuridad, la irregularidad de los paisajes montañosos o de la arquitectura gótica permitían gozar sensaciones sublimes que eran al mismo tiempo la experiencia directa de

la limitada capacidad humana por comprender, y la conciencia concreta de su propia mortalidad.

La sensación, y no la razón, vincula al hombre con la naturaleza. Wordsworth<sup>3</sup> decía: “El mundo externo se adecua a la mente”, es decir que el paisaje será grandioso o siniestro si el individuo lo percibe como grandioso o siniestro.

El sentimentalismo o emocionalismo tomó en Rousseau<sup>4</sup> el carácter de una abierta rebelión. Su expresión “Volvamos a la naturaleza” significaba, por un lado, la valoración del hombre honrado y simple que vive modestamente, una sublimación del hombre en estado natural, y por otro, el rechazo de una evolución que había conducido a la desigualdad social. En las artes se manifestó como alejamiento del estricto racionalismo hacia el libre estado natural, y hacia un pasado que podía ser objeto de reinterpretación.

Dice Arnold Hauser<sup>5</sup>: “Antes de Rousseau un poeta hablaba de sí mismo indirectamente. Después de Rousseau apenas habla de otra cosa que de él mismo”.

La literatura se hace confesional. Goethe<sup>6</sup> decía que sus obras eran “fragmentos de una gran confesión”.

---

3 **Wordsworth, William:** poeta inglés (1770 -1850). Publicó *Baladas líricas* (1798) verdadero manifiesto del Romanticismo inglés. Cantó su amor a la naturaleza con palabras sencillas y pintorescas en oposición a las formas retóricas de los poetas neoclásicos.

4 **Rousseau, Jean-Jacques:** escritor y filósofo suizo en lengua francesa (1712-1778). Publicó el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755) donde formula la tesis del noble salvaje y ataca la maldad y corrupción de la humanidad civilizada. Otras obras: *La nueva Eloísa* (novela, 1761); *Emilio* (1762); *El contrato social* (1762). Influyó decisivamente entre los escritores románticos por su afirmación del yo y de los sentimientos, frente a la razón.

5 Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Debate, 1998.

6 **Goethe, Johann Wolfgang von:** escritor, político y erudito alemán (1749-1832). Obras: *Los sufrimientos del joven Werther* (1774); *Los años de aprendizaje de Wilhem Meister* (1796); *Fausto* (1808); *Poesía y verdad* (1811-1833).

La manía de la introspección y de la autoadmiraación en literatura alimenta la idea de que una obra es más convincente y verdadera cuanto más subjetivamente se expresa el autor en ella. El propio yo se convierte en medida y árbitro de la realidad. Todo cuanto esté fuera del yo tiene vida propia o es una proyección –una creación– de la conciencia.

Esta tensión y otras, como instinto-razón, naturaleza-cultura, pasado-presente, historia-eternidad, soledad-sociedad permanecen irresueltas en la conciencia del artista, y en ocasiones se manifiesta literariamente en la figura del otro yo o del yo desdoblado. El doble es la materialización de la realidad que el romántico no puede dominar, pero que lo atrae con fuerza irresistible. Por eso el romántico ensalza los instintos oscuros, inconscientes y busca en ellos la satisfacción que no puede darle el intelecto. Es la fuente del culto a lo misterioso, lo raro y lo grotesco, lo horrible y lo fantasmal, lo diabólico y lo macabro, lo grotesco y lo perverso.

La libertad suprema de la imaginación se materializó como rechazo hacia la preceptiva, es decir, a las reglas de composición neoclásicas. La cultura del sentimiento conduce a un concepto nuevo de lo poético. Ceden los antiguos criterios de buen gusto. La audacia es un ideal artístico que se manifiesta, por ejemplo, en la mezcla de prosa y verso o en la ruptura de las unidades de tiempo y lugar. Si los artistas neoclásicos privilegiaban la copia como procedimiento, los románticos impusieron la originalidad como fundamento del arte.

La exigencia es conmovér, subyugar, trastornar. Se busca lo extraordinario y novedoso. De aquí surgen las primeras novelas históricas y los relatos de terror.

El Romanticismo, con sus paisajes sombríos y su concepción sublime de la naturaleza, su atracción por las ruinas y el pasado gótico

medieval, su rechazo de la preceptiva neoclásica, su culto del yo, pero también el desgarramiento del yo, produjo una enorme cantidad de obras literarias, una de cuyas variantes fue la literatura de terror.

El origen de la literatura de terror debe buscarse en los mitos antiguos, en leyendas, en relatos folklóricos.

La irracionalidad, reprimida durante el Iluminismo, quedó en la memoria colectiva en forma de figuras prohibidas –demonios, fantasmas, vampiros–. Las raíces más cercanas la vinculan con la literatura de la irracionalidad y el terror, llamada gótica.

Suele considerarse como inicio de la literatura de terror la novela gótica de Horace Walpole, *El castillo de Otranto*, publicada en 1764. Esta primera etapa de la novela gótica se extiende hasta 1821, año de la publicación de *Melmoth, el vagabundo*, de Charles Maturin.

Simplificando, las características de la novela gótica en este primer período son:

- Tramas complejas.
- Las acciones suceden en tiempos lejanos y países exóticos para los lectores.
- Los espacios privilegiados son el castillo medieval y los oscuros paisajes románticos.
- Los protagonistas suelen encarnarse en un antihéroe demoníaco y una heroína increíblemente pura.

Otras novelas góticas representativas: *El barón inglés* (1777), de Clara Reeve, *Los misterios de Udolpho* (1749), de Ann Radcliffe y *El monje* (1796), de Matthew G. Lewis, considerada por Coleridge “un veneno para la juventud” a causa de los desmanes sexuales del monje católico. *Frankenstein* (1818), de Mary Shelley y *El vampiro* (1819) de John Polidori cierran esta etapa.



## REALISMO Y NATURALISMO

Hacia 1830, nuevos cambios, nacidos del extraordinario avance de las ciencias, transforman el pensamiento y la sociedad europeos.

Así como el racionalismo había modificado el rumbo del pensamiento del siglo XVIII, es la expansión científica la que promueve los cambios en el siglo XIX.

Grandes descubrimientos en el campo de la electricidad y el magnetismo permiten la invención de aparatos –el teléfono, el fonógrafo, la lámpara eléctrica- que mejoran las condiciones de vida, las comunicaciones y los transportes.

En el campo de la medicina, el descubrimiento de vacunas –antirrábica, antidiftérica- y el aislamiento del bacilo de Koch, redundan en beneficios para la salud. Disminuye la mortalidad y aumenta la población en toda Europa.

La clase social que aprovecha e impulsa la expansión científica es la burguesía, el sector más dinámico desde la Revolución Industrial. Con el desarrollo de las máquinas, la burguesía invierte su capital en la industria, cuyo progreso afianza el prestigio y el poder burgueses.

Al mismo tiempo, la clase trabajadora –el proletariado- se rebela contra las duras condiciones laborales, la explotación, las dificultades de ascenso social y la miseria en las grandes ciudades. Comienza la lucha entre patrones y obreros, quienes empiezan a desarrollar conciencia de clase.

La realidad social se ha vuelto particularmente interesante y la literatura necesita mostrarla. Por eso, el gusto romántico por la evocación del pasado desaparece.

Se llamó Realismo al movimiento estético que se originó a mediados del siglo XIX y cuyo objeto era la representación fiel

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
no suelta. De una erección en que debía ir toda la po-

de la realidad social de la época. Los autores concebían su producción como *documento*.

Honoré de Balzac<sup>7</sup>, uno de los autores más representativos del movimiento, decía que sus esfuerzos intentaban “explorar la atmósfera social en sus más íntimos aspectos”.

La expresión de esos “íntimos aspectos” se manifestará aún más en la segunda etapa del Realismo, el Naturalismo, que se caracterizó por intentar aplicar los principios de las ciencias a la descripción artística de la realidad.

El Realismo y el Naturalismo constituyen una reacción contra el Romanticismo, que se advierte esencialmente en que el personaje de la novela naturalista ya no es un individuo aislado y solitario, como para los románticos, sino que se define socialmente.

Escritores como Gustave Flaubert<sup>8</sup> y Guy de Maupassant<sup>9</sup> describen la nueva sociedad y la critican. Émile Zola<sup>10</sup>, el más importante de los escritores naturalistas, traslada a la novela el método de las ciencias naturales: en esencia, si la medicina podía a través de la descripción de síntomas, determinar y luego curar enfermedades, era factible aplicar estos principios a la literatura, que pasaría a ocuparse de la sociedad como si se tratara de un organismo vivo –y enfermo.

---

7 **Balzac, Honoré de:** escritor francés (1799-1850). Obras: *La piel de zapa* (1831); *Louis Lambert* (1832); *Eugenie Grandet* (1832); *La comedia humana* (1842). La extensa obra de Balzac influyó en la literatura realista y naturalista de la época.

8 **Flaubert, Gustave:** escritor francés (1821-1851). Uno de los grandes maestros del realismo. Obras: *Madame Bovary* (1857); *Salambó* (1862); *La educación sentimental* (1869).

9 **Maupassant, Guy de:** escritor francés (1850-1893). Obras: *Bola de sebo* (1888); *La pequeña Roque* (1886); *Bel ami* (1885); *Pierre et Jean* (1888).

10 **Zola, Émile:** escritor francés (1840-1902). Obras: *La novela experimental* (1880); *Renée* (1880); *Germinal* (1888); *Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio* (1871-1893); *Naná* (1880).

La novela de terror de este período se caracteriza por referir a un mundo semejante al real, verosímil para el lector; sin embargo un suceso sobrenatural e inexplicable altera el orden de ese mundo, que puede entenderse como otra estrategia para cuestionar y conmover el optimismo del mundo ordenado de los poderosos, y para denunciar los efectos destructores que la sociedad industrial ejerce sobre los individuos.

## LA ERA VICTORIANA

En 1837 se inicia el reinado de Victoria I en Inglaterra. Este período, que se extiende hasta la muerte de la soberana en 1901, se conoce como “época victoriana”.

La sociedad victoriana es ordenada, respetuosa de las reglas; cree en la responsabilidad y en la voluntad. La firme autoridad impuesta por la reina dominó tanto la razón como la emoción de la sociedad.

La vida pública debía reflejar los valores de orden y honestidad. La vida privada también estaba reglamentada. El respeto por las normas, la religiosidad y la austeridad constituían el ideal del caballero –el *gentleman*– de la época. Dos novelistas lo retratan en los protagonistas de sus novelas: Phileas Fogg en *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873), de Julio Verne, y el doctor Henry Jekyll en *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886), de Robert Stevenson.

Para imponer su cosmovisión, la sociedad victoriana recurrió por un lado al control y por otro al silencio. Todo lo que no se ajustara a esos principios debía ser acallado y reprimido pues lo diferente era considerado malo, reprensible.

Lo malo estaba representado por los pobres, los locos, los negros, los criminales, las prostitutas.

Tabla de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
no suelta. De una procesión en que debía ir toda la po-

La novela realista de la época, la llamada “novela social” –Dickens, por ejemplo– representaba sin embargo la vida de los desgraciados y desposeídos. Muchos de estos relatos realistas incorporaban elementos no realistas que reelaboraban algunos temas góticos. Este realismo fantástico<sup>11</sup> es el que se advierte en numerosas obras, no sólo de Dickens, sino también de las hermanas Brontë y de Balzac.

La literatura de terror se atreve a nombrar con nombre y apellido aquello que no debía ser nombrado. En este sentido, constituye una literatura contestataria, militante, y no meramente alternativa o escapistista. Representa el anhelo por un orden social distinto, más justo.

Para lograr la armonía del mundo, el relato de terror victoriano recurre a la fantasía. Con ella se supera la realidad limitada y contradictoria de la sociedad victoriana. El equilibrio se alcanza en el nivel sobrenatural. Autores representativos de esta tendencia son: Lewis Carroll, George Mac Donald, Arthur Machen, Charles Kingsley.

En suma, la literatura de terror en la época victoriana expresa los conflictos entre el individuo y la moral social. Lo hace a través del enfrentamiento y la denuncia, como en las obras del “realismo fantástico”, y a través de la búsqueda de la armonía y del orden cósmicos como en las obras de la “alta fantasía”, según la denominación de Rosemary Jackson.

## LO FANTÁSTICO

El diccionario define la palabra “fantástico” como “lo que no tiene realidad, quimérico, fingido, irreal”. El concepto “fantástico” se relaciona pues, con los de *real* e *imaginario*.

---

11 Jackson, Rosmary, *Fantasy, Literatura y subversión*. Buenos Aires, Catálogos, 1986, p.137.

Muchos estudiosos han intentado definir lo fantástico. Uno de ellos, Tzvetan Todorov<sup>12</sup> dice:

En un mundo que es el nuestro, el que conocemos, sin diablos, sílfides ni vampiros se produce un acontecimiento imposible de explicar por las leyes de ese mismo mundo familiar. El que percibe el acontecimiento debe optar por una de las dos soluciones posibles: o bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de la imaginación, y las leyes del mundo siguen siendo lo que son, o bien el acontecimiento se produjo realmente, es parte integrante de la realidad, y entonces esta realidad está regida por leyes que desconocemos. O bien el diablo es una ilusión, un ser imaginario, o bien existe realmente como los demás seres, con la diferencia de que rara vez se lo encuentra.

Lo fantástico ocupa el tiempo de esa incertidumbre. En cuanto se elige una de las dos respuestas, se deja el terreno de lo fantástico para entrar en un género vecino: lo extraño o lo maravilloso. Lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce más que las leyes naturales, frente a un acontecimiento sobrenatural.

El relato fantástico se caracteriza por presentar un mundo real, habitado por personas reales, que de pronto se encuentran ante lo inexplicable.

Según la definición de Todorov, un fenómeno extraño puede ser explicado de dos maneras: por causas sobrenaturales o por causas naturales. La posibilidad de vacilar crea el efecto fantástico.

---

<sup>12</sup> Todorov, Tzvetan, *Introducción a la literatura fantástica*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta de una posesión en que debía ir toda la po-

La incertidumbre, tanto del lector como de los personajes, es la cualidad determinante del relato fantástico y lo distingue de los géneros próximos:

El relato maravilloso, en el cual la irrupción de fuerzas misteriosas o sobrenaturales –hadas, magos, duendes– son aceptadas sin perturbación tanto por los personajes como por los lectores.

El relato extraño, donde los hechos narrados, por más insólitos, absurdos o extraordinarios que parezcan, admiten una explicación natural.

## LO SINIESTRO

La literatura fantástica transforma lo conocido en desconocido; más que introducir algo nuevo, saca luz de lo que debe permanecer oculto. Para que resulte siniestro un suceso, un objeto, una persona, no debe ser nuevo o extraño, sino familiar. De manera que lo siniestro es una especie de retorno o aparición de algo conocido, pero transformado.

Sigmund Freud<sup>13</sup> considera que el terror, el espanto, provienen precisamente de ese entorno, al que el padre del psicoanálisis denomina siniestro: “Lo siniestro sería aquella suerte de espanto que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás”.

Considera que toda cosa siniestra representa un tabú cultural. Los tabúes son prohibiciones que una cultura impone para mantener su continuidad. Los tabúes del incesto y de la muerte son los más importantes para Freud.

---

13 Freud, Sigmund, “Lo siniestro”, en *Obras Completas*, Barcelona, Biblioteca Nueva, Editorial Losada, 1997.

La literatura de terror permite que esos deseos prohibidos se manifiesten por medio de formas sustitutas. Por ejemplo, el vampiro representa simbólicamente los deseos eróticos reprimidos.

Con frecuencia se relaciona el temor con lo fantástico. Sin embargo el miedo no es una condición necesaria. No todos los relatos fantásticos son al mismo tiempo terroríficos, no todo cuento de terror es al mismo tiempo fantástico.

## CARACTERÍSTICAS DEL RELATO DE TERROR

En términos generales, la literatura de terror constituye una subclase dentro de la literatura fantástica, con la cual comparte la cualidad de la vacilación o ambigüedad, y algunos temas<sup>14</sup> –metamorfosis, identidades dobles–, pero además, agrega características propias:

- Interés por lo secreto, desconocido, la magia, el mundo de ultratumba.
- Los espacios favoritos son ruinas, castillos tenebrosos, lugares subterráneos.
- Disolución de límites entre lo real y lo irreal.
- Introducción de lo inesperado, que puede ser un lugar u objeto familiar.
- Estados psicológicos anormales.

Esta enumeración permite ingresar en los temas de la literatura fantástica de terror. Los términos *desconocido*, *disolución*, *inesperado*, *anormal* expresan, por oposición, la existencia de otro ámbito *conocido*, *íntegro*, *normal*. La dificultad para delimitar lo cierto de lo falso, lo real

---

14 **Tema:** objeto de un discurso. Idea fundamental que se quiere comunicar.

Tabla de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
resuelta de una posesión en que debía ir toda la ro-

de lo no real según el conocimiento del sujeto, se asocia con la vacilación, condición que caracteriza al género fantástico según Todorov.

El mismo autor propone una clasificación organizada alrededor de dos grupos de temas:

- Los que expresan la relación del hombre con el mundo. Todorov los llama *temas del yo*.
- Los que expresan la relación del hombre con los demás hombres. Todorov los llama *temas del tú*.

Los temas del primer grupo se refieren a cómo percibimos, cómo conocemos, cómo vemos el mundo material. Hay una relación entre conocimiento y mirada, es decir, cómo la conciencia percibe los objetos.

En el ámbito de lo fantástico se borran los límites entre el espíritu y la materia. Aunque se conocen estos límites, se los transgreden, como sucede, por ejemplo, en las metamorfosis.

Los temas de este primer grupo son: las metamorfosis, los dobles, la ausencia de fronteras entre el sujeto y el objeto, y las transformaciones del tiempo y del espacio.

El segundo grupo de temas está centrado en la relación del hombre con los demás seres humanos, de modo que ya no se trata de un observador aislado sino que procura identificar al otro. El otro es distinto del yo que observa, y por ser distinto y desconocido, se lo asocia con lo malo. Por eso este grupo de temas se relaciona con la oposición Bien-Mal. Lo malo varía según las épocas: algunas veces se identifica con la raza negra o los inmigrantes, otras con los obreros que protestan, o los homosexuales o las prostitutas. La manera de identificar al otro, es decir, cómo se lo nombra, vincula la obra con su contexto y revela la cosmovisión social de una época.



La relación del hombre con los demás seres humanos se realiza por medio del lenguaje, que organiza las relaciones humanas, y a través del deseo sexual.

En la literatura fantástica de terror, el deseo sexual se expresa mediante formas excesivas, con las cuales se reacciona ante lo prohibido –tabú–: el incesto, la homosexualidad, la muerte y temas relacionados con ella –necrofilia, vampirismo–. La crueldad y la violencia también se relacionan con el deseo.

En forma general, el diablo se asocia con el sexo y los vampiros con el amor a los muertos –necrofilia–. Aunque no hay una correspondencia exacta, las figuras son compatibles. Además, debido a su carácter polisémico<sup>15</sup>, estas figuras adquieren diferentes sentidos según los autores y las épocas.

Por su parte, Rosemary Jackson agrupa los temas en cuatro áreas: invisibilidad, transformaciones, dualismo, oposición entre el Bien y el Mal.

Los agentes, a su vez, permiten la expresión de los temas agrupados por áreas. Estos agentes son: fantasmas, sombras, vampiros, hombres-lobo, dobles, identidades divididas, monstruos, caníbales, indiferenciación genérica (o sexual).

El cuadro siguiente sintetiza la clasificación de Jackson. Los tres primeros temas se relacionan con los del primer grupo de Todorov (*yo*); el cuarto, con el segundo grupo (*tú*), que Jackson denomina *no-yo*.

---

15 **Polisemia** (del gr. *polys*, mucho y *séma*, señal): propiedad semántica por la cual las palabras adquieren diversidad de significados.

Tábula de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa  
no suelta. De una posesión en que debía ir toda la ro-

<b>Temas</b>	<b>Agentes</b>
Invisibilidad	fantasmas, sombras, entes
Transformaciones	hombres lobo, monstruos, caníbales
Dualismo	reflejos, espejos, identidades divididas, dobles, retratos
Oposición BIEN-MAL	vampiros, bestias, espectros, demonios, brujos

Es probable que lo que causaba terror en el siglo XIX hoy no nos asuste. No se trata de negar la existencia de miedos, pero la sociedad actual los expresa con otros agentes: sida, clones, criaturas o fuerzas que trastornan el espacio y el tiempo reales, e incluso con formas más sutiles de vampirismo como la manipulación o la apropiación de la voluntad y de la inteligencia con fines ideológicos, políticos o económicos.

Los cuentos que integran esta antología intentan mostrar la variedad temática del género.

# [ El vampiro ]



reduc  
sivas  
parece  
méd  
srent  
sola



**John William Polidori** nació en 1795 y murió en 1821. Médico de origen italiano y secretario personal de Lord Byron, tuvo una vida breve y desgraciada que terminó en suicidio a la edad de veintiséis años. La historia cuenta una extraña reunión en Villa Diodati, Suiza, en 1816, donde los Shelley –Mary y Percy–, Lord Byron y Polidori se entretenían, entre otras cosas, leyendo y narrando historias de terror. El producto del encuentro está en las obras: *Frankenstein*, de Mary Shelly y “El Vampiro”, de John Polidori.

ar roj-  
os, los  
a ame  
anta bá-  
e cosa  
toda la  
relando

Sucedió que durante la vida disipada del invierno londinense, apareció en varias de las fiestas de los lugares de moda, un noble, más notable por su singularidad que por su jerarquía.

Observaba la alegría que lo rodeaba, como si no pudiera participar de ella. Aparentemente, solo atraían su atención la leve sonrisa de la belleza, que él sojuzgaba con una mirada que atemorizaba a aquellos corazones donde reinaba la ligereza. Las mujeres que experimentaban esta sensación de pánico no podían explicar de dónde provenía: algunas la atribuían a su mirada gris, que al fijarse sobre el rostro, parecía no penetrar hasta lo más recóndito del corazón, sino que caía sobre la mejilla como un rayo de plomo descargado sobre la piel, sin poder penetrarla. Su originalidad hacía que fuera invitado a todas las casas: todos deseaban verlo, y aquellos que ya se habían acostumbrado a las emociones violentas y sentían ahora el peso del tedio, se alegraban de que apareciera algo capaz de volver a acaparar su atención.

A pesar del tinte sepulcral de su rostro, que nunca adquiriría mejor color, ni siquiera por el rubor que producen la modestia o las fuertes emociones de la pasión, sus rasgos eran hermosos y muchas mujeres en busca de notoriedad, disputaban por llamar su atención o, al menos obtener algún signo de lo que podría llamarse afecto.

Lady Mercer, quien se había convertido en objeto de burla de todos los círculos sociales desde su casamiento, se lanzó a conquistarlo e hizo todo lo posible, excepto usar un traje de bufón, para atraerlo. Fue en vano. Cuando se paraba frente a él, aunque sus ojos se posaban aparentemente sobre los de ella, parecía que no la veía. Finalmente su inquebrantable falta de pudor fracasó y debió abandonar la batalla. Pero aunque las mujeres libertinas no ejercieran la menor influencia ante sus ojos, el sexo femenino no le era indiferente: aunque cuidaba las apariencias y tenía la precaución de hablar solamente con la esposa pura y la hija inocente, unos pocos sabían que eventualmente se había entregado a alguna mujer. Tenía, sin embargo, la reputación de hechizar con sus palabras. Quizás porque su conversación permitía olvidar el temor que inspiraba, o porque conmovía por su aparente desprecio por el vicio, lo cierto es que todo el tiempo se encontraba rodeado tanto por aquellas mujeres que constituyen el orgullo de su sexo, como por aquellas que lo ensucian con sus vicios.

Por la misma época, vino a Londres un joven caballero llamado Aubrey. Era huérfano, sus padres habían muerto cuando aún era un niño, y tenía una única hermana y una gran fortuna. También fue abandonado por sus tutores, quienes pensaban que su simple deber era cuidar su fortuna, por lo que delegaron la importante tarea de educarlo y formarlo en subalternos a sueldo. Aubrey cultivó más su imaginación que su juicio. Es por eso que poseía ese romántico sentido del honor y el candor que, cada día, lleva a la ruina a tantos jóvenes inexpertos aprendices de sombrereros. Creía que todo el mundo simpatizaba con la virtud y pensaba que el vicio había sido introducido por la Providencia simplemente por el contraste pintoresco

de la escena, como se lee en las novelas: a los ojos de Aubrey, la miseria de un mendigo se reducía a la manera en que vestía, a la disposición de sus ropajes, que si bien podían ser igual de cálidos que los de un hombre común, se adaptaban mejor a la mirada del pintor por sus pliegues irregulares y los parches de variados colores. Pensaba, en una palabra, que los sueños de los poetas eran las realidades de la vida. Era atractivo, sincero y rico. Por esas razones, desde su entrada en sociedad, se vio rodeado por numerosas madres que disputaban por demostrar cuál de ellas describía con menos sinceridad la languidez o la vivacidad de sus candidatas. Sus hijas, mientras tanto, por el brillo de sus rostros cuando él se acercaba, y el destello de sus ojos cuando les dirigía la palabra, pronto lo llevaron a engañarse acerca de sus propios méritos y su talento. Tanto se apegaba a la ficción de sus horas solitarias, que se sorprendió al descubrir que, excepto la llama de las velas que vacila, no por la presencia de un fantasma, sino por falta de pabilo<sup>1</sup>, no existían en la vida real fundamentos para ese montón de agradables escenas y descripciones contenidas en aquellos volúmenes en los que había basado sus estudios. Hallando, de algún modo, cierta compensación en su vanidad, estaba a punto de renunciar a sus sueños, cuando el extraordinario ser que acabamos de describir se atravesó en su vida.

Lo observó, pero resultaba imposible descubrir el carácter de ese hombre totalmente encerrado en sí mismo, quien apenas daba otras señales de su observación de las cosas que lo rodeaban, que la aceptación de su existencia, evitando todo contacto con ellas. Esa

---

1 **Pabilo:** mecha que está en el centro de la vela.

imposibilidad permitió que su imaginación dibujase cualquier cosa que alentara su propensión a las ideas extravagantes. Pronto convirtió a este personaje en un héroe de novela y se dispuso a ver en él al producto de su fantasía. Comenzó a ser su amigo, tuvo con él muchas atenciones y tan lejos llegó su consideración hacia él, que era percibida por todos. Gradualmente comprendió que los asuntos de Lord Ruthven eran embarazosos, y pronto supo, por los preparativos que se llevaban a cabo en la residencia de la calle..., que estaba por salir de viaje. Ansioso por conseguir información acerca de este singular personaje, quien, hasta ahora, sólo había estimulado su curiosidad, Aubrey informó a sus tutores que había llegado el momento de realizar su viaje; el mismo que durante muchas generaciones había sido considerado necesario para que los jóvenes dieran rápidos pasos en la carrera del vicio hasta encontrarse en igualdad de condiciones con las personas mayores, impidiendo que parecieran inocentes caídos del cielo cuando ciertas intrigas escandalosas eran tratadas como tema de burla o de orgullo, según el grado de habilidad desplegado cuando se los comentaba. Los tutores dieron su consentimiento. Inmediatamente Aubrey mencionó sus propósitos a Lord Ruthven y se sorprendió cuando éste le propuso que viajaran juntos. Se sintió halagado al recibir semejante signo de estima de este hombre, que aparentemente, no tenía nada en común con los demás, y aceptó feliz la invitación. Algunos días después ya habían cruzado el mar.

Hasta ese momento, Aubrey no había tenido oportunidad de estudiar el carácter de Lord Ruthven y comenzó a comprender que, aunque era testigo de la mayoría de sus acciones, los resultados ofrecían diferentes conclusiones respecto de los motivos aparentes de su conducta. Su compañero derrochaba generosidad: el holgazán, el va-



gabundo y el mendigo recibían de su mano más de lo necesario para satisfacer sus necesidades más perentorias. Pero Aubrey no podía evitar darse cuenta de que no era a los honestos, reducidos a la indigencia por la fatalidad, a quienes beneficiaba con sus limosnas; echaba a estos de su puerta con sonrisas mal disimuladas. Pero cuando el inmoral acudía a él pidiendo algo, no para aliviar sus necesidades sino para revolcarse aún más en su lujuria, para hundirse más profundo en la iniquidad<sup>2</sup>, siempre era despedido con dádivas suntuosas. Sin embargo, Aubrey atribuía tal actitud a la persistencia de las personas viciosas que siempre obtienen provecho donde la timidez de los indigentes virtuosos no lo logra. Existía otra característica en la caridad de Lord Ruthven, que lo impresionaba aún más: todos los que se veían beneficiados, llegaban inevitablemente a la conclusión de que la caridad venía acompañada de algún tipo de maldición, porque todos eran conducidos al cadalso<sup>3</sup>, o se hundían en lo más bajo de su miseria. En Bruselas y otras ciudades que visitaron, Aubrey se sorprendió de la aparente avidez con que su compañero buscaba los lugares más elegantes dedicados al vicio. Cuando entraba, se lanzaba con decisión a la mesa de faraón<sup>4</sup>, donde apostaba con éxito invariable, excepto cuando su contrincante era algún conocido tahúr<sup>5</sup>, en cuyo caso perdía más de lo que había ganado. Pero siempre conservaba su mirada imperturbable, con la que habitualmente observaba lo que le rodeaba: no sucedía así, en cambio, cuando se enfrentaba a un joven novato o

---

2 **Iniquidad:** maldad, injusticia grande.

3 **Cadalso:** tablado que se levanta para la ejecución de la pena de muerte.

4 **Faraón:** juego de naipes parecido al monte, y en el cual se emplean dos barajas.

5 **Tahúr:** jugador que hace trampas.

el desafortunado padre de una familia numerosa; entonces, su deseo parecía ser la ley de la fortuna. Dejaba de lado la aparente imposibilidad de su mente y sus ojos centelleaban con más fuego que los del gato que juega con un ratón moribundo entre sus garras. Al abandonar cada ciudad, dejaba tras de sí al joven que había sido rico, arrancado del círculo donde antes lucía, maldiciendo, en la soledad del calabozo, el destino que lo había arrastrado a caer bajo la influencia de este demonio, mientras el padre se sentaba frenético en medio del silencio de sus hijos hambrientos, sin siquiera un centavo de la que había sido su inmensa fortuna, para al menos satisfacer las presentes ansias de sus hijos. Sin embargo, Lord Ruthven no obtenía ganancias de la mesa en apuestas, porque inmediatamente perdía, ante cualquier arruinador de vidas, hasta la última moneda que acaba de arrebatarse al compulsivo puño del inocente: esto podía ser el resultado de cierto grado de conocimiento del juego que, sin embargo, no era suficiente para enfrentar la astucia de los más experimentados. A menudo Aubrey hubiera deseado manifestarle esto a su amigo, y rogarle que renunciara a un tipo de caridad y de placer que provocaba la ruina de todos y que no le generaba ninguna ganancia a él. Pero lo fue posponiendo, esperando cada día que su amigo le diera alguna oportunidad de hablarle franca y abiertamente; sin embargo, esto nunca sucedió. Mientras Lord Ruthven viajaba en su carruaje y a pesar de estar en medio de los más variados, ricos y salvajes escenarios de la naturaleza, se mantenía siempre igual: su mirada hablaba menos que sus labios y, a pesar de estar junto al objeto de su curiosidad, Aubrey no obtenía ninguna gratificación más que el deseo vano, la constante ansiedad por romper aquel misterio que, en su exaltada imaginación, comenzaba a tener la apariencia de algo sobrenatural.

Pronto llegaron a Roma y, durante algún tiempo, Aubrey perdió de vista a su compañero. Para el momento en que dejó de verlo, Lord Ruthven asistía diariamente a las reuniones matinales de una condesa italiana mientras él se dedicaba a la búsqueda de monumentos en alguna otra ciudad casi desierta. Mientras se ocupaba en ese pasatiempo, llegaron cartas de Inglaterra, que abrió con ávida impaciencia: la primera era de su hermana, que no contenía otra cosa que afecto; las otras eran de sus tutores; y la más reciente de ellas lo sorprendió particularmente: si ya antes poblaba su imaginación la idea de que algún poder maligno residía en su compañero, la carta le dio las razones suficientes para terminar de creerlo. Sus tutores insistían en que abandonase de inmediato a su amigo y le advertían que su carácter era terriblemente vicioso y que poseía un irresistible poder de seducción, lo que volvía sus hábitos disolutos<sup>6</sup> aún más peligrosos. Se había descubierto que su desprecio por las mujeres licenciosas<sup>7</sup> no se originaba en un rechazo por esa cualidad, sino que requería, para satisfacer completamente sus deseos, que su víctima, la compañera de su pecado, fuera arrastrada desde el punto más alto de la intacta virtud, hasta el abismo más profundo de la infamia y la degradación. Se supo, en resumen, que todas las mujeres que había pretendido, aparentemente atraído por su virtud, después de su partida, se habían quitado sus máscaras, exponiendo públicamente, sin escrúpulos, la completa deformidad de su lujuria.

Aubrey se dispuso a abandonar a aquel cuyo carácter no había mostrado aún ni un punto brillante sobre el que valiera la pena posar

---

6 **Disoluto:** entregado a los vicios.

7 **Licencioso:** libre, atrevido.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola

sus ojos. Decidió inventar algún pretexto plausible para abandonarlo repentinamente, proponiéndose, mientras tanto, observarlo más de cerca y no dejar que se le escapara ni el más mínimo detalle. Se introdujo en su mismo círculo social, y pronto se dio cuenta de que Lord Ruthven estaba intentando abusar de la inexperiencia de la hija de la mujer cuya casa visitaba frecuentemente. En Italia, es poco común que las jóvenes que aún no se han casado se presenten en sociedad. Por esa razón Lord Ruthven se veía obligado a llevar a cabo sus planes en secreto. Pero Aubrey lo seguía en todas sus intrigas y pronto descubrió que habían hecho una cita, que seguramente terminaría con la ruina de la inocente aunque irreflexiva joven. Sin perder tiempo, Aubrey entró al departamento de su compañero y lo interrogó abruptamente acerca de sus intenciones para con la joven, informándole al mismo tiempo que sabía que tenía una cita con ella esa misma noche. Lord Ruthven respondió que sus intenciones eran las que se suponía que cualquiera tendría en una ocasión como aquella, y conminado a responder si pensaba casarse con ella, simplemente se rió. Aubrey se marchó e inmediatamente escribió una nota que decía que desde aquel momento se veía obligado a abandonar a Lord Ruthven en lo que restaba del viaje. Le ordenó a su criado que buscara otro apartamento y se dirigió a la madre de la joven para comunicarle lo que sabía, no solo respecto de su hija sino también sobre la personalidad de Lord Ruthven. Logró que la cita fracasara. Al día siguiente, Lord Ruthven simplemente envió a su criado para que notificara a Aubrey que estaba de acuerdo con la separación, sin embargo no dio indicios de que sospechara que sus planes habían fracasado por culpa de Aubrey.

Al abandonar Roma, Aubrey se dirigió a Grecia y, atravesando la península, pronto se encontró en Atenas. Allí se instaló en la casa

de un griego y enseguida se dedicó a buscar los rastros marchitos de la antigua gloria en los monumentos que, avergonzados de exhibir las proezas de los hombres libres ante un pueblo de esclavos, se escondían bajo el suelo protector o bajo una espesa capa de colorido musgo. Vivía bajo el mismo techo que Aubrey un ser tan hermoso y delicado, que podría haber sido el modelo perfecto para el pintor que quisiera retratar sobre el lienzo el paraíso prometido por el profeta Mahoma, excepto porque sus ojos expresaban demasiadas cosas como para que alguien creyera que ella pudiera ser una de aquellas celestiales mujeres sin alma. Cuando ella danzaba en el llano, o apenas rozaba con la punta de los pies la ladera de la montaña, cualquiera pensaría que una gacela era poca cosa comparada con su belleza. ¿Quién, sino un epicúreo<sup>8</sup>, preferiría la mirada animada de la primera, al mirar somnoliento aunque lujurioso del animal? El suave andar de Ianthe a menudo lo acompañaba, cuando Aubrey salía en búsqueda de antigüedades, y a menudo, la inconsciente joven, entregada a la persecución de una mariposa de Kashmere, mostraba toda la belleza de su cuerpo, moviéndose como si flotara en el viento ante la ansiosa mirada del joven, quien olvidaba por completo las letras casi borrosas por el paso del tiempo, que acababa de descifrar sobre la superficie de un mármol, al contemplar su figura de sílfide. Muchas veces, mientras revoloteaba a su alrededor, sus largas trenzas exhibían, al rayo del sol, una amplia gama de colores, tan evanescente, delicada,

---

8 **Epicúreo:** entregado a los placeres. El adjetivo, empleado en el cuento como sustantivo, proviene del nombre del filósofo ateniense **Epicuro** (341-270 a.C.), fundador del sistema llamado *epicureísmo*, que promueve la búsqueda de la felicidad —a la que se arriba mediante un placer sereno—, la supresión del dolor, del temor a los dioses y a la muerte.

brillante y ágil, que servía a Aubrey de excusa suficiente como para olvidarse por completo de las antigüedades y dejar escapar de su mente la frase que antes había considerado de vital importancia para una interpretación adecuada de cierto pasaje de Pausanias<sup>9</sup>. Pero ¿para qué intentar describir los encantos que todos pueden sentir, pero que nadie puede apreciar? Era toda inocencia, juventud y belleza, sin contacto alguno con los multitudinarios salones y las sofocantes fiestas. Mientras él dibujaba aquellas ruinas, de las que deseaba guardar un recuerdo para sus horas futuras, Ianthe permanecía de pie junto a él y observaba los mágicos trazos de su lápiz mientras retrataba los paisajes de su lugar natal; luego le describía las danzas que solía realizar, y con el colorido de su memoria joven, le narraba una boda que recordaba haber presenciado en su infancia. Más tarde le relataría los cuentos que tanto la habían impresionado desde su niñez, las historias sobrenaturales que le había contado su nodriza. Su sinceridad y aparente convencimiento acerca de lo que narraba, despertaban el interés de Aubrey. A menudo, cuando ella le relataba la historia del vampiro viviente, quien se veía obligado, a alimentarse de la vida de una joven para prolongar su existencia durante los meses siguientes, Aubrey sentía que se le helaba la sangre, aunque intentara burlarse de esas vanas y horribles fantasías. Pero Ianthe le citaba los nombres de algunos viejos que habían detectado la presencia de un vampiro entre ellos aunque tarde, tiempo después de que muchas de sus hijas fueran halladas con la marca del apetito del monstruo. Al encontrarlo tan incrédulo, ella le rogaba que le

---

9 **Pausanias:** viajero, geógrafo e historiador griego del siglo II.

creyera porque se decía que aquellos que se atrevían a dudar de su existencia, indefectiblemente debían enfrentar pruebas que los obligaban, con dolor y pesar, a creer. Ianthe le describió detalladamente la apariencia de los vampiros, y su horror fue creciendo al oír una descripción casi exacta de Lord Ruthven.

Sin embargo insistía en tratar de persuadirla de que no podía haber verdad en sus temores, aunque en su interior reconocía muchas coincidencias con aquellos sucesos que lo habían impulsado a creer en los poderes sobrenaturales de Lord Ruthven.

Aubrey comenzó a sentirse cada vez más atraído hacia Ianthe. Su inocencia, tan distinta de las virtudes fingidas de aquellas mujeres entre las cuales había intentado encontrar el espíritu novelesco que buscaba, ganó su corazón y, mientras se burlaba de la idea de un joven de costumbres inglesas casado con una joven griega sin educación, se sentía cada vez más apegado a esa figura casi mágica que veía junto a él. A veces intentaba alejarse de Ianthe y planeaba excursiones en búsqueda de antigüedades, resuelto a no regresar hasta no completarla. Pero siempre le resultaba imposible fijar su atención en las ruinas que lo rodeaban, dado que sólo guardaba en su mente la imagen de la única dueña de sus pensamientos. Ianthe ignoraba el amor que él sentía y se comportaba siempre como el mismo ser inocente e infantil que él había conocido. Parecía no poder separarse de él sin sentir pesar; pero esto se debía a que no tenía a nadie más que la acompañara a sus lugares favoritos por los que paseaba mientras Aubrey trabajaba en bocetar o tratar de descubrir algún fragmento que hubiera escapado a la destructora mano del tiempo. Ianthe apeló al testimonio de sus padres acerca del tema de los vampiros, y ambos confirmaron su existencia, palideciendo de horror con solo oír

su nombre. Poco tiempo después, Aubrey se decidió a emprender una de esas excursiones que lo mantendría ocupado durante algunas horas; cuando oyeron el nombre del lugar al que se dirigiría, todos le rogaron que no regresara de noche, porque debía atravesar un bosque en el que ningún griego permanecería, bajo ningún concepto, después de la caída del sol. Lo describieron como la morada de los vampiros en sus orgías nocturnas y le dieron las más malignas razones para convencerlo de que no se atravesara en su camino. Aubrey tomó a la ligera sus recomendaciones y trató de reírse de semejantes ideas, pero cuando los vio estremecerse frente a su desprecio por aquel poder superior o infernal, cuyo solo nombre bastaba para helarles la sangre, hizo silencio.

A la mañana siguiente, Aubrey emprendió su excursión sin compañía alguna. Se sorprendió al ver la melancólica expresión en la cara del padre de Ianthe y lo inquietó notar que sus burlas sobre la existencia de aquellos horribles monstruos les hubieran inspirado semejante terror. Cuando estaba a punto de marcharse, Ianthe se acercó a su caballo y le rogó seriamente que regresara antes de que la noche permitiera que estos seres desataran su poder. Él lo prometió. Estaba, sin embargo, tan ocupado en su búsqueda, que no percibió que la luz del día pronto llegaría a su fin, y que en el horizonte se veía uno de esos cúmulos que, en los climas cálidos, se transforma rápidamente en una tremenda masa que vierte toda su ira sobre el inocente campo. Montó su caballo, decidido a apresurarse para recuperar el tiempo perdido: pero era demasiado tarde. El crepúsculo es, en los climas del sur, algo desconocido: el sol se pone inmediatamente y la noche comienza. Antes de que hubiera recorrido una gran distancia, el poder de la tormenta se desató. El eco de los truenos se oía sin descanso. La espesa lluvia





se abría paso entre el follaje, y los rayos azules y punzantes parecían caer a sus pies. De pronto, su caballo se espantó y lo arrastró con una rapidez fatal hacia el interior del bosque enmarañado. Finalmente, el caballo fatigado, se detuvo y notó, a la luz de los relámpagos que se encontraba junto a un cobertizo<sup>10</sup>, cubierto casi completamente por la masa de hojas muertas y la maleza que lo rodeaban.

Descendió del caballo y se acercó, con la esperanza de encontrar a alguien que lo guiara de vuelta a la ciudad o al menos conseguir reparo hasta que terminara la tormenta. Mientras se acercaba, los truenos se silenciaron por un instante, permitiéndole oír los aterradores gritos de una mujer, intercalados con una risa sofocada, exultante y casi continua. Aubrey estaba espantado, pero el rugido de un nuevo trueno, justo encima de su cabeza, lo armó de valor, y con un esfuerzo repentino forzó la entrada del cobertizo. Se halló en una oscuridad impenetrable: el ruido, sin embargo, lo guió. Aparentemente, no habían notado su presencia. A pesar de sus llamados, los sonidos continuaron y no obtuvo respuesta alguna. De pronto, se topó con alguien que inmediatamente lo detuvo. Luego una voz gritó:

—¡Nuevamente me molestas!—, a lo que siguió una carcajada. Aubrey se sintió aferrado por alguien cuya fuerza parecía sobrehumana: decidido a vender su vida al mayor precio posible, luchó, pero en vano: fue elevado en el aire y arrojado con enorme fuerza contra el piso. Su enemigo se arrojó sobre él, se arrodilló sobre su pecho y ya había colocado las manos alrededor de su garganta cuando el resplandor de varias linternas, penetrando a través del agujero que ser-

---

10 **Cobertizo:** sitio cubierto ligera o rústicamente para resguardar de la intemperie personas, animales o efectos.

vía de ventana durante el día, lo perturbó. Se puso de pie al instante, abandonó su presa y cruzó velozmente la puerta. Pronto el sonido que hicieron las ramas cuando se sumergió en el bosque, dejó de oírse. La tormenta se había calmado y Aubrey, que no podía moverse, pronto fue escuchado por las personas que estaban afuera. Entraron. La luz de sus antorchas iluminó los muros embarrados, y de ellos se desprendían copos de hollín y paja que cayeron sobre cada individuo. Instigados por Aubrey, se dispusieron a buscar a la mujer que lo había atraído con sus gritos. Fue abandonado nuevamente en la oscuridad. Pero cuando regresaron, experimentó el más profundo horror al distinguir, a la luz de las antorchas que una vez más se acercaban, la etérea forma de su amada, en el cuerpo sin vida que traían en brazos. Cerró sus ojos, esperando que todo fuera una pesadilla, producto de su imaginación perturbada. Pero al abrirlos, volvió a ver la misma figura que yacía a su lado. No había color en sus mejillas, ni siquiera en sus labios. Sin embargo aún había algo de paz en su rostro, semejante a la que habitaba en ella cuando vivía. Sobre su cuello y su pecho había sangre, y sobre su garganta se veían las marcas de los colmillos que habían abierto la vena. Los hombres señalaban hacia allí, gritando simultáneamente, presos del horror:

—¡Un vampiro! ¡Un vampiro!

Pronto improvisaron una litera y Aubrey se acostó junto a aquella que había sido la causa de visiones tan brillantes y mágicas, y que ahora yacía, con la flor de la vida que había muerto con ella. Aubrey no podía pensar, su mente estaba confundida, parecía evitar toda idea y refugiarse en el vacío. Sostenía en su mano, casi inconscientemente, una daga de diseño extraño que había hallado en el cobertizo. El cortejo pronto se topó con otros aldeanos que venían en busca de

una muchacha a quien su madre daba por perdida. Los lastimeros gritos que lanzaban a medida que se acercaban a la ciudad, fueron para los padres el presagio de alguna terrible catástrofe. Sería imposible describir el dolor que sintieron; pero cuando averiguaron la causa de la muerte de su hija, miraron a Aubrey y señalaron el cuerpo sin vida. No pudieron hallar consuelo y ambos murieron de pena.

Aubrey tuvo que permanecer en cama, víctima de una violenta fiebre, y a menudo deliraba. Cuando esto le sucedía, llamaba a Lord Ruthven y a Ianthe con una inexplicable combinación de palabras con las que parecía rogar a su compañero que se separara de su amada. Otras veces, le lanzaba un montón de imprecaciones y lo maldecía como el causante de la destrucción de Ianthe. Casualmente Lord Ruthven se encontraba en Atenas por aquel entonces. Logró enterarse de la situación de Aubrey y, por algún secreto motivo, se instaló en la misma casa donde él vivía y se dedicó a cuidarlo constantemente. Cuando se recuperó del delirio, se estremeció de horror al ver esa imagen que asociaba con la de un vampiro. Pero Lord Ruthven, con amables palabras, expresaba arrepentimiento por los hechos que habían causado su separación y gracias a las atenciones, dedicación y cuidados que le prestaba, Aubrey volvió a acostumbrarse pronto a su presencia. Lord Ruthven parecía cambiado: ya no era aquel ser indiferente que tanto había impresionado a Aubrey. Sin embargo, cuando su recuperación comenzó a ser más rápida, volvió gradualmente a pensar como antes y no percibía en él diferencia alguna con el hombre que había sido, excepto porque a veces se sorprendía al darse cuenta de que lo miraba fijamente, con ojos penetrantes y una sonrisa maliciosa jugando en sus labios. No sabía por qué, pero esa sonrisa lo atrapaba. Durante la última etapa de su recuperación,

Lord Ruthven se entretenía en observar las ondas desprolijas formadas por la fresca brisa marina o en seguir con la vista la marcha de los astros que, como nuestro mundo, giran alrededor del sol inmóvil. En realidad, parecía desear sustraerse a la vista de los demás.

El equilibrio mental de Aubrey, a causa del shock, era muy débil y su elasticidad de espíritu, que tanto lo caracterizaba, ahora parecía haberse ido para siempre. Se había convertido en amante de la soledad y el silencio, al igual que Lord Ruthven, pero por mucho que deseara estar a solas, su mente no podía hallar soledad en Atenas: si la buscaba en las ruinas que solía frecuentar, la sombra de Ianthe caminaba a su lado; si la buscaba en los bosques, creía ver sus luminosos pasos vagando en la espesura, buscando la modesta violeta; luego, dándose vuelta repentinamente, aparecía ante su salvaje imaginación su pálido rostro, su garganta lastimada y una dócil sonrisa sobre sus labios. Finalmente decidió evitar los lugares donde cada detalle despertaba amargas asociaciones en su mente. Le propuso a Lord Ruthven, a quien creía que no debía abandonar por todos los cuidados que aquel le había brindado durante su enfermedad, que visitaran aquellos lugares de Grecia que aún no habían visto. Viajaron en todas direcciones y fueron en busca de todos los sitios que pudieran tener algún interés arqueológico. Pero aunque se movieron continuamente de lugar en lugar, ninguno de los dos parecía prestarle demasiada atención a lo que pasaba frente a ellos. Escucharon muchas historias sobre robos, pero comenzaron a tomar más a la ligera estos testimonios porque consideraban que eran solo la invención de algunas personas cuyo único interés consistía en fomentar la generosidad de aquellos a los que defendían de supuestos peligros. Como resultado de su negligencia sobre aquellos consejos, emprendieron

dieron un viaje con un número muy pequeño de guardias para que los guiaran, más que como defensa. Sin embargo, al entrar en un estrecho desfiladero<sup>11</sup>, en cuyo fondo corría el lecho de un torrente entre grandes masas rocosas precipitándose en los precipicios vecinos, tuvieron razones para lamentar su imprudencia: apenas habían penetrado en aquel estrecho paso cuando empezaron a escuchar el silbido de las balas muy cerca de sus cabezas y el eco que repetía los sonidos de numerosas armas de fuego. Al instante sus guardias se alejaron, se parapetaron detrás de las rocas y comenzaron a abrir fuego hacia donde provenían los disparos. Lord Ruthven y Aubrey, siguiendo su ejemplo, se protegieron por un momento detrás de una curva del desfiladero. Pero pensando en la vergüenza que sentirían si fueran atrapados por uno de los enemigos que los incitaría a avanzar insultándolos, o en que podrían quedar expuestos a una masacre inevitable si alguno de los ladrones trepara sobre sus cabezas y los tomara por la espalda, decidieron avanzar en busca del enemigo. Pero en cuanto abandonaron la roca, Lord Ruthven recibió un tiro en el hombro y quedó tendido en el suelo. Aubrey corrió a asistirlo, sin preocuparse del peligro que corría. Pronto se sorprendió al ver los rostros de los ladrones que lo rodeaban; los guardias, al ver que Lord Ruthven había sido herido, arrojaron sus armas y se rindieron inmediatamente.

Prometiéndole una gran recompensa, Aubrey los convenció de que llevaran a su amigo herido a una cabaña vecina; convino con ellos un rescate y ya no lo molestaron con su presencia. Se limitaron a custodiar la entrada mientras esperaban el regreso de su camarada con la suma prometida, para lo cual llevaba una orden de pago.

---

11 **Desfiladero:** paso estrecho entre montañas.

Las fuerzas de Lord Ruthven decaían rápidamente: al cabo de dos días agonizaba y la muerte parecía avanzar a grandes pasos. Su conducta y su aspecto no habían cambiado. Parecía no tener conciencia del dolor que sentía, como tampoco había tenido antes conciencia de lo que sucedía a su alrededor. Pero hacia el anochecer del último día lucía intranquilo y a menudo clavaba sus ojos en Aubrey, quien era inducido a asistirlo incluso más allá de la usual buena fe.

—¡Ayúdame! —decía— ¡Puedes hacer más que eso! No me refiero a la vida, veo el fin de mi existencia como vería el fin del día que transcurre; pero puedes salvar mi honor, el honor de tu amigo.

—¡Cómo! ¡Dime cómo! —respondió Aubrey—. Haría cualquier cosa.

—No necesito mucho... Mi vida se extingue rápidamente... No puedo explicártelo por completo..., pero si pudieras ocultar todo lo que sabes de mí, mi honor se vería libre de mancha en boca de todos..., y si durante algún tiempo se desconociera mi muerte en Inglaterra...

—No se sabrá.

—¡Júralo! —gritó el hombre agonizante, incorporándose con gran violencia—. Júralo por todo lo que tu alma venera, por todo lo que tu naturaleza teme, jura que por un año y un día no dirás lo que sabes acerca de mis crímenes o mi muerte a ningún ser humano, bajo ningún concepto, sin importar lo que suceda o lo que llegues a ver.

Sus ojos parecían salirse de las órbitas.

—¡Lo juro! —dijo Aubrey—. Lord Ruthven se hundió en su almohada con una horrible carcajada y dejó de respirar.

Aubrey se retiró a descansar, pero no durmió. Las circunstancias sobre su relación con este hombre ocupaban por completo su mente, sin que supiera por qué. Cuando recordaba su pro-

mesa, un temblor helado recorría su cuerpo, como si presintiera que algo horrible lo aguardaba. A la mañana siguiente se levantó temprano. Iba a entrar a la habitación donde había dejado el cuerpo, cuando se encontró con uno de los ladrones que le informó que el cadáver ya no estaba allí, porque después de que Aubrey se retirara de la habitación, él y sus camaradas lo transportaron hasta la cima de una colina cercana, de acuerdo a la promesa que habían hecho a Lord Ruthven: debían exponerlo al primer rayo de luna que brillara después de su muerte. Aubrey, sorprendido, llevó consigo a algunos de los hombres, decidido a enterrarlo en el mismo lugar donde yacía. Pero cuando llegó a la cima, no encontró rastro alguno del cuerpo ni de sus ropas, aunque los ladrones juraron que aquella era la roca sobre la que habían dejado el cuerpo. Durante algún tiempo su mente se paseó por numerosas conjeturas, pero finalmente regresó, convencido de que los ladrones habían sepultado el cuerpo para apoderarse de sus ropas.

Harto de un país en el que se había topado con tan terribles desgracias y en el que todo contribuía a aumentar la supersticiosa melancolía que se había apoderado de su pensamiento, decidió abandonar Grecia, y pronto llegó a Esmirna. Mientras esperaba un velero que lo condujera a Otranto o Nápoles, se dispuso a ordenar los efectos personales de Lord Ruthven, que ahora él llevaba consigo. Entre otras cosas, había un estuche que contenía numerosas armas de ataque, diseñadas para asegurar la muerte de la víctima. Había varios puñales y alfanjes<sup>12</sup>. Mientras los giraba entre sus manos y

---

12 **Alfanje:** especie de sable, corto y corvo, con filo solamente por un lado, y por los dos en la punta.



examinaba sus curiosas formas, con gran sorpresa descubrió una envoltura, decorada con el mismo estilo que el puñal que había hallado en el cobertizo fatal. Se estremeció y se apresuró por encontrar más pruebas. Buscó el arma y su horror creció al descubrir que cabía perfectamente, a pesar de su forma especial, en el estuche que sostenía en su mano. Sus ojos no necesitaban más certezas y aparentemente no podían despegarse del objeto, aunque aún deseaba no creerlo; pero la singular forma, los variados colores sobre la empuñadura y el estuche, eran igualmente esplendorosos en uno y otro y, para no dejar lugar a dudas, había algunas gotas de sangre sobre ambas partes.

Abandonó Esmirna y, camino a casa, en Roma, buscó información sobre la joven que había intentado salvar de las artes de seducción de Lord Ruthven. La situación de los padres era desastrosa, habían perdido su fortuna y no habían sabido nada de su hija desde la partida de Lord Ruthven. Aubrey se sentía al borde de la desesperación ante tantos horrores; tenía miedo de que la joven también hubiera sido víctima de quien había destruido a Ianthe. Se volvió malhumorado y silencioso, y su única preocupación consistía en aumentar la velocidad de los postillones<sup>13</sup>, como si intentara salvar la vida de algún ser querido. Llegó a Calais; una brisa, que parecía obedecer a sus designios, pronto lo acercó a las costas de Inglaterra. Se apresuró a regresar a la mansión paterna y allí pareció perder, entre los abrazos y las caricias de su hermana, todo recuerdo del pasado. Si antes había ganado su afecto con sus caricias infantiles, ahora que la mujer empezaba a aparecer en ella, era aún una mejor compañera.

---

13 **Postillón:** mozo que iba a caballo, delante de las postas para guiar a los caminantes.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola

*Miss Aubrey* no tenía aquella gracia que cautiva las miradas y los aplausos en las reuniones sociales. No había nada en ella del brillo que sólo existe en la intensa atmósfera de un salón repleto de gente. Sus ojos azules nunca se encendían por la liviandad que excita a los espíritus bajos. Tenían, sin embargo, un melancólico encanto que parecía provenir no del infortunio, sino de algún sentimiento interior que indicaba un alma consciente de que existe una región superior. No caminaba con ese paso ligero que se descarría, que hasta una mariposa o una flor son causa suficiente para atraerlo; su andar era tranquilo y reflexivo. Cuando estaba sola, su rostro nunca se iluminaba con sonrisas de placer; pero cuando su hermano le demostraba afecto e intentaba olvidar en su presencia aquellas penas que ella sabía que destruían su descanso, ¿quién hubiera cambiado su sonrisa por la sonrisa de la voluptuosidad? Sus ojos, su rostro, parecían entonces jugar a la luz de su propia esfera. Por aquel entonces tenía solo dieciocho años y aún no había sido presentada en sociedad porque sus tutores consideraron que debían esperar hasta que el hermano regresara del continente, cuando se convertiría en su protector. Decidieron entonces que la próxima fiesta, que ya estaba cerca, sería la elegida para la presentación. *Aubrey* hubiera preferido permanecer en la mansión paterna para seguir alimentando la melancolía que le invadía. No lograba interesarse por las frivolidades de los extraños de moda, pues su mente aún se encontraba conmocionada por los sucesos de los que había sido testigo. Sin embargo, decidió sacrificar su propio bienestar para proteger a su hermana. Pronto llegaron a la ciudad y se prepararon para el día siguiente, el que había sido anunciado como el día de la fiesta.

Se había reunido una gran multitud. Había pasado largo tiempo desde la última fiesta, y todos los que estaban ansiosos por codearse con la nobleza se apresuraron a asistir. Aubrey estaba allí con su hermana. En un momento, mientras se encontraba solo, de pie en un rincón, totalmente abstraído de todo cuanto lo rodeaba, apegado al recuerdo de que la primera vez que había visto a Lord Ruthven había sido en ese mismo salón, sintió de pronto que alguien lo tomaba con fuerza del brazo, y una voz que conocía muy bien sonó en su oído:

—Recuerda tu promesa.

Apenas tuvo coraje para darse vuelta, paralizado ante la vista de un espectro que lo haría pedazos. Vio, a corta distancia, la misma figura que había llamado su atención, en ese mismo lugar, el día que había sido presentado en sociedad. Lo miró hasta que sus piernas casi se negaron a sostener su propio peso. Se vio obligado a sostenerse del brazo de un amigo y, abriéndose paso entre la multitud, se arrojó al interior de su carruaje y fue llevado a casa. Se paseaba por la habitación con pasos nerviosos, tomándose la cabeza con ambas manos, como si temiera que sus pensamientos fueran a escaparse. La imagen de Lord Ruthven seguía frente a sus ojos, los hechos se agrupaban en desorden: el puñal, su promesa. Intentaba salir de la confusión, no podía creer que fuera cierto, ¡se había levantado de la muerte! Pensaba que su imaginación había creado la imagen que ahora permanecía en su mente. Era imposible que fuera real. Finalmente logró convencerse de retornar a la vida en sociedad. Aunque intentó preguntar por Lord Ruthven, el nombre no lograba salir de sus labios y no pudo obtener información. Algunas noches después fue en compañía de su hermana a una reunión en casa de un pariente cercano. Dejó a su hermana bajo el cuidado de una mujer mayor y se

retiró a un rincón alejado. Allí se entregó a los pensamientos que lo devoraban. Cuando notó que los invitados se estaban marchando, se levantó y se dirigió a otro salón donde encontró a su hermana rodeada de varias personas, con las que parecía mantener una animada conversación. Intentó abrirse paso para acercarse a ella. Cuando pidió permiso a un hombre que estaba de espaldas, éste de dio vuelta y le reveló aquellos rasgos que Aubrey más aborrecía. Se precipitó hacia adelante, tomó a su hermana por un brazo y, con paso apresurado, la obligó a ir hacia la calle. En la puerta, los numerosos lacayos que esperaban a sus amos le impedían pasar. Mientras intentaba abrirse paso, volvió a oír aquella voz susurrando muy cerca:

—¡Recuerda tu promesa!

No se atrevió a volver la cabeza y, arrastrando a su hermana, pronto llegaron a casa.

Aubrey se encontraba al borde la locura. Si antes su mente se había obsesionado con una sola idea, cuánto más ahora, que la certeza de que el monstruo había vuelto a la vida pensaba sus pensamientos. Ya no prestaba atención a las atenciones de su hermana, y era inútil que ella le pidiera explicaciones sobre su comportamiento. Sólo logró articular unas cuantas palabras que la aterrorizaron. Cuando más pensaba, más se confundía. Su promesa lo hacía temblar: ¿tenía que permitir al monstruo seguir adelante, causando la ruina con su solo aliento, poniendo en peligro a los que amaba, sin tratar de evitarlo? Su propia hermana podría haber sido tocada por él. Pero incluso si decidiera romper su promesa y divulgar sus sospechas, ¿quién le creería? Llegó a pensar en valerse de su propia mano para liberar al mundo del malvado, pero recordaba que ya había burlado la muerte. Permaneció en ese estado durante días. Se

encerró en su habitación, sin atender a nadie, y solo comía cuando su hermana venía a verlo, con los ojos llenos de lágrimas, rogándole que se sobrepusiera por amor a ella. Finalmente, incapaz de soportar la quietud y la soledad por más tiempo, abandonó su casa, vagó por las calles, tratando de huir de la imagen que lo obsesionaba. Ya no se preocupaba por cómo iba vestido y deambulaba, expuesto tanto al sol del mediodía como a la humedad de la medianoche. Ya estaba casi irreconocible. Al principio regresaba a su casa al anochecer, pero finalmente se tiraba a descansar donde la fatiga lo dominase. Su hermana, preocupada por su seguridad, contrató personas para que lo siguieran, pero pronto lograba despistarlos con más rapidez que una idea fugaz escapa de la mente. Sin embargo, su conducta pronto cambió. Preocupado por la idea de que con su ausencia dejaba a todos los amigos a merced de un malvado, cuya presencia desconocían, decidió regresar a la vida social para vigilarlo de cerca, empeñado en prevenir, a pesar de su promesa, a todos aquellos con los que Lord Ruthven tratara de intimar. Pero cuando ingresaba en algún salón sus miradas acechantes y sospechosas eran tan evidentes y sus temblores involuntarios tan visibles, que su hermana finalmente se vio obligada a rogarle que se abstuviera de frecuentar, aunque fuera por amor a ella, el círculo social que tanto lo afectaba. Cuando sus tutores percibieron que las reconvenciones de su hermana eran inútiles, consideraron que debían intervenir, y, temiendo que su mente se alienara, pensaron que era tiempo de volver a ejercer la autoridad que los padres de Aubrey les habían conferido.

Ansiosos por salvarlo del daño y el sufrimiento que había acumulado diariamente en sus vagabundeos, y de evitar que se expu-

siera ante los ojos de todos los signos de lo que comúnmente se llama locura, contrataron un médico para que se instalara en la casa y cuidara constantemente de él. Aubrey casi ni se dio cuenta, tan obsesionada estaba su mente con un único tema. Su incoherencia llegó a ser tan grande que finalmente fue confinado a su habitación. Allí podía permanecer acostado durante días, sin que nadie lograra que se levantase. Se lo veía extenuado, había perdido mucho peso y sus ojos habían adquirido un lustre vidrioso. Los últimos restos de conciencia y de afecto que le quedaban los exhibía cuando entraba su hermana. A veces temblaba de espanto y tomaba las manos de *Miss Aubrey* con una mirada que la afligía profundamente. Deseaba que ella no lo tocara.

—¡Oh, no lo toques! ¡Si aún sientes algo de amor por mí, no te acerques a él!

Sin embargo, cuando ella le preguntaba a quién se refería, su única respuesta era:

—¡Es verdad, es verdad!—, y volvía a hundirse en un estado del cual ni siquiera ella podía sacarlo. Esta situación duró varios meses. Sin embargo, gradualmente, mientras el año transcurría, sus incoherencias se fueron haciendo menos frecuentes y su mente se deshizo de parte de su oscuridad. Sus tutores observaban que, varias veces al día, contaba con los dedos de la mano un número definido, y luego sonreía.

El tiempo ya casi había expirado cuando, cerca del último día del año, uno de sus tutores entró a la habitación para hablar con el médico sobre el melancólico estado de Aubrey, y lo molesta que resultaba la situación ya que *Miss Aubrey* iba a casarse al día siguiente. Esto llamó instantáneamente la atención de Aubrey. Preguntó ansiosamente con quién. Feliz ante esta señal de regreso de lucidez,

su tutor mencionó el nombre del Conde de Marsden. Pensando que se trataba de un joven conde con el que él habría sido presentado en alguna reunión de sociedad, Aubrey se sintió satisfecho y los sorprendió aún más al expresar sus deseos de estar presente en la boda y de ver a su hermana. Ellos se negaron, pero en pocos minutos *Miss Aubrey* estaba junto a él. Aparentemente, había vuelto a ser sensible a su adorable sonrisa porque la abrazó con fuerza contra su pecho y besó su mejilla, húmeda por las lágrimas que fluían al sentir que su hermano le demostraba cariño nuevamente. Comenzó a hablar con su calidez habitual y la felicitó por su matrimonio con una persona tan distinguida y exitosa. De pronto vio que su hermana llevaba un medallón sobre el pecho. Al abrirlo, se sorprendió horriblemente al ver el retrato del monstruo que tanto había influido en su vida, durante tanto tiempo. Le arrancó el retrato en un raptó de ira y lo pisoteó. Cuando ella le preguntó por qué había destrozado el recuerdo de su futuro esposo, él la miró como si no la comprendiera. Luego estrechó sus manos y la miró con una expresión frenética de desesperación, le rogó que le jurara que nunca se casaría con aquel monstruo porque él... Pero no pudo continuar, sentía que aquella voz volvía a obligarlo a recordar su promesa. Comenzó a mirar a su alrededor, creyendo que Lord Ruthven se encontraba cerca, pero no vio a nadie. Mientras tanto, los tutores y el médico que habían oído todo y creían que no era más que el regreso a su locura, entraron a la fuerza y lo apartaron de inmediato de *Miss Aubrey*, a quien obligaron a dejar el lugar. Aubrey se puso de rodillas frente a ellos, les imploró, les suplicó que retrasasen la ceremonia, al menos por un día. Los tutores, que atribuyeron este hecho a la locura que imaginaban que se había apoderado de su mente, lo tranquilizaron y se fueron.

Al día siguiente de la fiesta de presentación de *Miss Aubrey*, Lord Ruthven había solicitado verla, pero este permiso le fue rehusado como a todos los demás. Cuando se enteró de la enfermedad de Aubrey, comprendió rápidamente que era él la causa; pero cuando supo que se lo consideraba loco, casi no pudo disimular su alegría y placer frente a los que le habían proporcionado tal información. Se apresuró a presentarse en la casa de su antiguo compañero y, con atenciones constantes y pretendiendo afecto por el hermano y gran interés en su futuro, consiguió ganarse el corazón de *Miss Aubrey*. Nadie podía resistir su poder. Su lengua tenía numerosos peligros y aventuras para contar. Se definía a sí mismo como un individuo que no simpatizaba con ningún ser de la Tierra, excepto con ella, a quien finalmente se le declaró. Le decía que desde que la había conocido, su existencia había comenzado a tener valor, si es que él merecía disfrutar de su hermosa voz. Era tan eficaz en la práctica del arte de la serpiente, o quizás fue el designio del destino, que logró ganarse su afecto. La extinción de una antigua rama de su familia le había legado el título de Conde de Marsden. Obtuvo una importante embajada, lo cual sirvió de excusa para apresurar la boda –a pesar del delicado estado de Aubrey–, que debería realizarse sin falta el día anterior a su partida hacia el continente.

Cuando Aubrey fue dejado solo por el médico y sus tutores intentó sobornar a los sirvientes, pero fue inútil. Pidió papel y pluma, y le fueron dados. Escribió una nota a su hermana rogándole que, si valoraba su propia felicidad, su propio honor y el honor de sus padres que ahora yacían en la tumba pero que una vez la sostuvieron entre sus brazos considerándola su esperanza y la esperanza de la casa, retrasara, al menos durante unas horas, la boda sobre la que



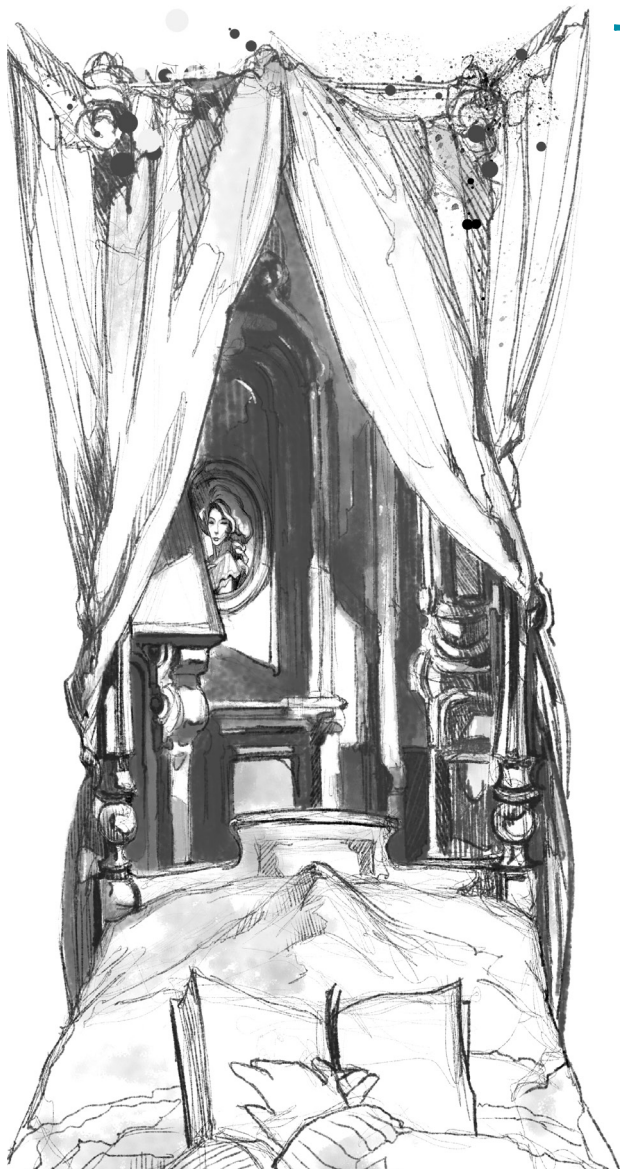
arrojaba las peores maldiciones. Los sirvientes prometieron entregarla pero se la dieron al médico, quien decidió que era mejor no alterar más a *Miss Aubrey* con lo que consideraba las locuras de un maniático. La noche transcurrió sin descanso para los atareados habitantes de la casa. Aubrey escuchaba, con un horror más fácil de concebir que de describir, los ruidos de los preparativos. La mañana llegó, y el sonido de los carruajes irrumpió en sus oídos. Aubrey estaba casi frenético. La curiosidad de los sirvientes pronto los hizo descuidar su vigilancia. Se fueron alejando poco a poco, dejándolo bajo el cuidado de una indefensa anciana. Pronto tuvo una oportunidad: de un salto estuvo fuera de la habitación y en un momento se encontró en el salón donde todos estaban reunidos. Lord Ruthven fue el primero en verlo. Inmediatamente se acercó, lo tomó de un brazo y lo sacó de la habitación, sin hablar, furioso. Al pie de la escalera, Lord Ruthven le susurró al oído:

—Recuerda tu promesa, y debes saber que, si tu hermana no se casa conmigo hoy mismo, será deshonrada. ¡Las mujeres son frágiles! —Diciendo esto, lo empujó hacia sus vigilantes que, alertados por la anciana, habían venido a buscarlo. Aubrey ya no podía sostenerse. La ira que no pudo descargar le había roto un vaso sanguíneo. Fue llevado a su cama. Nada le dijeron a su hermana, quien no estaba presente cuando él entró, y el médico tenía miedo de preocuparla. El matrimonio fue celebrado y los novios abandonaron Londres.

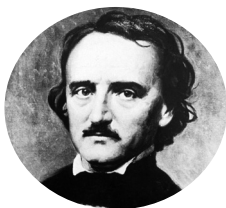
La debilidad de Aubrey aumentaba; la sangre perdida dejaba ver los síntomas de la cercanía de la muerte. Mandó a llamar a los tutores de su hermana, y pasada la medianoche, relató serenamente la historia que el lector ya conoce. Murió inmediatamente después.

Los tutores viajaron apremiados para proteger a *Miss Aubrey*, pero cuando llegaron ya era demasiado tarde. Lord Ruthven había desaparecido, y la joven había saciado la sed de un VAMPIRO.

# [ El retrato oval ]



predica  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola



**Edgar Allan Poe** nació en Boston en 1809. Hijo de actores ambulantes, quedó huérfano a los dos años y fue adoptado por John Allan, un rico terrateniente de Richmond. Su vida agitada e inestable lo llevó sucesivamente a la Universidad de Virginia, a empleos diversos y a la Academia Militar de West Point. En busca de fortuna, se trasladó a Nueva York donde comenzó su carrera como escritor. En 1843 obtuvo un premio por su cuento “El escarabajo de oro”. Un año más tarde publicó “El gato negro”. Por esa época era propietario de un periódico en Broadway, y publicó su poema “El cuervo”, donde reacciona contra el lirismo romántico. El casamiento con su prima Virginia Clemm le proporcionó algunos momentos de felicidad y calma, pero la muerte de la joven en 1847 lo sumió en la desesperación. Dueño de un temperamento poderoso, irritable pero pobre, buscó en el alcohol el olvido de su vida signada por la muerte de los seres amados y la miseria. Poseía una amplia cultura. Esto le permitió escribir, hacia el final de su vida, *Eureka*, un ensayo sobre el universo material y espiritual. Su narrativa incluye una novela fantástica, *Aventuras de Arthur Gordon Pym*, y algunos cuentos célebres: “El pozo y el péndulo”, “La caída de la casa Usher”, “Los crímenes de la calle Morgue” y “La carta robada”, entre muchos otros. Estos dos últimos títulos lo ubican en la historia de la literatura como el creador del género policial. Poe se interesó por los aspectos formales del cuento, problemas que expuso en el “Método de composición”. Murió solo y olvidado en 1849.

**E**l castillo en el cual mi criado había decidido entrar a la fuerza, para evitar que yo, que me encontraba desesperadamente herido, pasara la noche al aire libre, era uno de esos grandes edificios, mezcla de tenebrosidad, melancolía y grandeza que desde hace tanto tiempo fruncen el ceño entre los Apeninos, no menos en la realidad como en la fantasía de *Mistress Radcliffe*<sup>1</sup>. A juzgar por su apariencia, había sido recientemente abandonado en forma temporal. Nos instalamos en una de las habitaciones más pequeñas y menos suntuosamente amuebladas. Estaba ubicada en una torre remota del castillo. El decorado era opulento, aunque andrajoso y antiguo. Sus paredes estaban recubiertas de tapices y adornadas con diversos y variados trofeos heráldicos<sup>2</sup>, junto con una inusual cantidad de pinturas modernas encuadradas en marcos dorados con lujosos arabescos<sup>3</sup> de oro. Sentí un profundo interés por aquellas pinturas –que colgaban no solo de la superficie principal de las paredes, sino también

---

1 **Radcliffe, Ann** (1764-1823): escritora inglesa, pionera de la novela gótica. En sus obras describe lugares siniestros, exóticos y misteriosos. Obras: *La novela del bosque* (1791), *Los misterios de Udolfo* (1794).

2 **Heráldico**: perteneciente o relativo a los blasones o escudos de nobleza.

3 **Arabesco**: dibujo de adorno, compuesto de combinaciones de figuras geométricas, follajes y cintas.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tabla

de los numerosos recovecos que la bizarra arquitectura del castillo requería— a causa, quizás, de mi incipiente delirio. Le pedí entonces a Pedro que cerrara los pesados postigos de la habitación —ya era de noche—, que encendiera los altos candelabros ubicados junto a la cabecera de mi cama y que abriera de par en par las cortinas de terciopelo negro que envolvían el lecho. Deseaba que Pedro hiciera todo eso para resignarme, si no podía dormir, a contemplar las pinturas y a leer atentamente un pequeño volumen que habíamos hallado sobre la almohada y que contenía la crítica y la descripción de cada obra.

Durante un largo, muy largo rato, leí, y devotamente, con sincera devoción, observé los cuadros. Las horas transcurrieron rápida y gloriosamente, y llegó la profunda medianoche. No me agradaba la posición del candelabro<sup>4</sup> y estirando mi mano, con gran dificultad, para evitar molestar a mi criado que dormía, lo ubiqué de tal forma que su luz diera de lleno sobre el libro.

Pero esta acción produjo un efecto completamente imprevisto. Los rayos de las numerosas velas —eran muchas—, cayeron sobre un nicho de la habitación que hasta entonces había permanecido oculto en las sombras que proyectaba una de las columnas de la cama. Entonces vi un cuadro, vivamente iluminado, que hasta aquel momento me había pasado inadvertido. Era el retrato de una joven que apenas comenzaba a ser mujer. Miré la pintura rápidamente, y luego cerré mis ojos. Por qué hice tal cosa, al principio fue inexplicable incluso para mí. Pero mientras mis párpados permanecían cerrados,

---

4 **Candelabro:** utensilio que sirve para mantener derechas las velas o candelas, con dos o más brazos.

busqué en mi mente la razón. Fue un movimiento impulsivo para ganar tiempo y pensar –para asegurarme de que mi visión no me había engañado–, para calmar y dominar mi fantasía y volver a observarla más certera y serenamente. Luego de algunos momentos volví a mirar fijamente la pintura.

No podía dudar, ni lo hice, de lo que entonces vi; el primer resplandor de las velas sobre el lienzo disipó el soñoliento estupor que arrebatava mis sentidos, y me devolvió a la vigilia.

El retrato, ya lo he dicho, era de una joven. Ilustraba solo su cabeza y sus hombros y estaba pintado con el estilo que técnicamente se denomina *vignette*<sup>5</sup>; al estilo de las cabezas favoritas de Sully<sup>6</sup>. Los brazos, el busto e incluso los extremos de su radiante cabellera se fundían imperceptiblemente en la vaga aunque profunda sombra que componía el fondo del conjunto. El marco era ovalado, lujosamente dorado y afiligranado de arabescos. Como pieza de arte, nada podía ser más admirable que la pintura en sí. Pero no habían sido ni la ejecución del trabajo ni la inmortal belleza lo que tan repentinamente me había conmovido. Mucho menos que mi fantasía, sacudida de su duermevela, hubiera confundido aquella cabeza con la de una persona viva. Noté enseguida que las peculiaridades del diseño, el estilo *vignette* y el marco, habrían disipado instantáneamente semejante idea, incluso hubieran evitado una distracción momentánea. Meditando seriamente sobre estas cuestiones, permanecí, quizás durante una hora, entre sentado y acostado, con la vista fija sobre el retrato. Finalmente, satisfecho con el

---

5 **Vignette** (viñeta): dibujo o estampa que se pone para adorno en el principio o el fin de los libros y capítulos.

6 **Sully, Thomas** (1783-1872): pintor inglés, famoso por sus retratos.

verdadero secreto del efecto que producía en mí, me acosté de espaldas sobre la cama: el encantamiento de la pintura consistía en una *absoluta semejanza con la vida* en su expresión, que al principio me estremeció y finalmente me desconcertó, me dominó y me espantó. Con profundo y reverente temor, volví a poner el candelabro en su posición original. Cuando la causa de mi profunda agitación desapareció de mi vista, busqué ansiosamente el volumen que contenía el análisis de las pinturas y su historia. Di vuelta las páginas hasta encontrar el número que designaba al retrato oval. Allí leí las imprecisas y singulares palabras que siguen:

“Era una joven de extrañísima belleza y no menos amable que llena de alegría. Maldita la hora en que amó y se casó con el pintor. Él, apasionado, estudioso, austero, ya tenía una esposa en su Arte; ella, una joven de rara belleza y no menos amable que llena de alegría: toda luz y sonrisas y traviesa y cariñosa como un pequeño ciervo, amaba y era afectuosa con todas las cosas. Odiaba solo el Arte, que era su rival; temía solo a la paleta, los pinceles y otros instrumentos hostiles que la privaban de la presencia de su amante. Fue terrible para ella oír al pintor hablar de su deseo de retratar incluso a su joven esposa. Pero era humilde y obediente y posó dócilmente durante varias semanas en la oscura y elevada habitación de la torre, donde la luz solo iluminaba el lienzo desde arriba. Pero él, el pintor, ponía todo su talento en la obra que avanzaba hora tras hora, día tras día. Y era un hombre apasionado, salvaje y caprichoso que se perdía en fantasías; es por eso que no *quería* ver que la luz fantasmal que caía sobre la solitaria torre marchitaba la salud y el espíritu de su esposa, que se consumía a los ojos de todos, excepto los suyos. Sin embargo, ella sonreía siempre, sin quejarse, porque veía que el pintor



—que tenía mucho renombre—, experimentaba un ferviente placer en su tarea y se esmeraba día y noche en el retrato de la que tanto amaba, pero que cada día se encontraba más débil y desanimada. Y, en verdad, cualquiera que contemplaba el retrato hablaba en voz baja de su semejanza, como de una imponente maravilla y prueba no solo del poder del pintor, sino del profundo amor que sentía por aquella a quien retrataba tan prodigiosamente bien. Pero luego de un tiempo, cuando la obra ya estaba casi terminada, ya no se admitía a nadie dentro de la torre porque el pintor había enloquecido en el ardor de su trabajo y rara vez levantaba los ojos del lienzo, ni siquiera para mirar el rostro de su esposa. Y no *quería* ver que los colores que desparramaba sobre el lienzo, los arrancaba de las mejillas de la que se sentaba frente a él. Y cuando ya habían pasado varias semanas, y quedaba muy poco que hacer, excepto por un toque sobre los labios y una pincelada en los ojos, el espíritu de la joven vaciló, como una llama a punto de extinguirse. Y el toque y la pincelada fueron hechos, y por un instante el pintor se detuvo extasiado frente al trabajo que acababa de terminar. Pero un momento después, mientras aún contemplaba el retrato, se estremeció, se puso pálido, y gritó horrorizado con voz desgarrada, ‘¡en verdad esto es *la vida* misma!’ y volvió bruscamente el rostro hacia su amada: *¡estaba muerta!*”



# [ La casa del juez ]



predica  
ativas  
parece  
incréd  
drent  
Tahola?



**Bram Stoker** nació en 1847, en Dublin, Irlanda. Su pasión por el teatro le permitió conocer a Henry Irving, quien se convertiría más tarde en una influencia estética y sentimental decisiva. En 1871 leyó *Carmilla*, de Sheridan Le Fanu, declarado modelo de su famosa novela *Drácula*, publicada en 1897. Ha escrito además, *El misterio del mar*, *Recuerdos de H. Irving*, *Las puertas de la vida*, *La dama de la mortaja* y una serie de relatos reunidos bajo el título *El huésped de Drácula* (1914), que incluye “La casa del juez”. Murió en Londres en abril de 1912.

ar roj-  
os, los  
a ame  
anta bá-  
e cosa  
toda la  
relando

Cuando la fecha de sus exámenes se acercaba, Malcolm Malcomson decidió retirarse a algún lugar, donde pudiera estudiar tranquilamente. Temía los atractivos de la costa, y temía también la absoluta soledad del campo, pues conocía desde hacía mucho tiempo sus encantos, y por eso resolvió encontrar algún pequeño pueblo, sin demasiadas pretensiones, donde nada lo distrajera. Se abstuvo de pedir sugerencias a sus amigos, porque pensaba que le recomendarían algún lugar ya conocido por ellos, donde él tendría, por lo tanto, compromisos. Como Malcomson quería evitar a sus propias amistades, menos aún deseaba relacionarse con los amigos de sus amigos. Entonces decidió buscar un lugar por sí mismo. Empacó un bolso de viaje con algo de ropa y con todos los libros que necesitaba, y luego compró un pasaje para el primer nombre desconocido que observó en el horario de trenes.

Cuando luego de tres horas de viaje descendió en Benchurch, se sintió satisfecho de haber borrado tan bien sus huellas, como para estar seguro de que tendría una serena ocasión para continuar sus estudios. Caminó hasta la única posada del pequeño y somnoliento lugar, donde pasó la noche. En Benchurch funcionaba un mercado, y cada tres semanas el pueblo se llenaba de gente, pero los veintiún días restantes era tan atractivo como un desierto. Malcomson reco-

rió el lugar al día siguiente de su llegada, para tratar de encontrar un alojamiento más aislado aún que el que ofrecía la apacible posada “El buen viajero”. Un solo lugar le llamó su atención, que ciertamente satisfacía sus agrestes ideas sobre la tranquilidad. En realidad no era tranquilidad la palabra más apropiada para aplicar a aquel sitio. Desolación era el único término que podía describir adecuadamente su aislamiento. Era una antigua casa de estilo jacobino<sup>1</sup> sólidamente construida, con sólidos aleros y ventanas inusualmente pequeñas, emplazadas a mayor altura de lo que solían estar en ese tipo de casas, y estaba rodeada por un muro de ladrillos alto y macizo. En verdad, si se la examinaba con atención, parecía más una fortaleza que una vivienda ordinaria. Pero todas esas cosas complacieron a Malcolmson. “Este”, pensó, “es el sitio preciso que estaba buscando, y si tuviera la oportunidad de alojarme aquí, sería feliz”. Su alegría aumentó en cuanto se dio cuenta, sin lugar a dudas, de que la casa estaba deshabitada.

En la oficina del correo obtuvo el nombre del agente inmobiliario, que se sorprendió extrañamente por su afán de alquilar una parte de la vieja casa. El señor Carnford, abogado y agente inmobiliario del pueblo, era un cordial y anciano caballero, y confesó francamente que estaba encantado de que alguien quisiera vivir en la casa.

—Para ser honesto —dijo—, sería feliz, en bien de los dueños de la casa, permitiendo que alguien viviera allí gratis, incluso por

---

1 **Estilo jacobino:** nombre que se le da a un estilo arquitectónico que corresponde a la segunda fase del Renacimiento en Inglaterra, posterior al estilo isabelino. Su nombre se debe al rey Jacobo I de Inglaterra, con cuyo reino se asocia (1603-1625). Se hace mucho uso de columnas y pilastras, arcadas de arco circular, y techos planos con parapetos.

años, tan solo para que la gente del lugar se acostumbrara a verla habitada. Ha estado tanto tiempo vacía que cierta clase de prejuicio absurdo se ha divulgado sobre la casa, y que alguien la habite sería la mejor manera de acallarlos... aunque se trate —agregó mirando disimuladamente a Malcolmson— de un estudiante como usted, que desea tranquilidad por algún tiempo.

Malcolmson pensó que no era necesario interrogar al agente sobre el “absurdo prejuicio”; sabía que podría conseguir más información sobre el asunto, si la pedía, en otros lugares. Pagó su alquiler por tres meses, el señor Carnford le entregó el recibo y los datos de una anciana que tal vez estuviera dispuesta a ocuparse de la atención de la casa, y se marchó con las llaves en el bolsillo. Luego fue a encontrarse con la posadera, una señora alegre y bondadosa, y le pidió consejo sobre las cosas y provisiones que necesitaría. Ella levantó las manos escandalizada cuando Malcolmson comentó dónde iba a instalarse.

—¡No en la Casa del Juez! —dijo empalideciendo mientras hablaba. Él le explicó dónde se encontraba la residencia, y le dijo que no sabía su nombre. Cuando finalizó la explicación, ella contestó:

—¡Ay, estoy segura..., seguramente es ese lugar! ¡La Casa del Juez!

Malcolmson le pidió que le hablara del lugar, por qué lo llamaban así, y qué tenía la gente de Benchurch contra la casa. La posadera le contó que en el pueblo la llamaban así porque la casa había sido, hacía ya muchos años —cuántos no sabía, porque ella provenía de otra parte del país, pero pensaba que debían ser cien años o más—, la residencia de un juez, muy temido por la severidad de sus sentencias y la hostilidad con que trataba a los prisioneros durante las sesiones del tribunal. Por qué la gente aborrecía la casa, no se lo pudo decir.

Lo había preguntado a menudo, pero nadie le dio una respuesta concreta. Sin embargo todos percibían que allí había algo, y agregó que ella no se quedaría sola en la casa ni por todo el dinero del Banco de Drinkwater. Luego se disculpó con Malcolmson por sus perturbadoras palabras.

—Está muy mal, señor, en mi opinión, que un joven caballero como usted, si me perdona lo que voy a decir, vaya a vivir allí solo. Si usted fuera mi hijo, por favor no se ofenda, no dormiría en esa casa una sola noche, aunque yo misma tuviera que ir allí, y hacer sonar la enorme campana que cuelga del techo.

Las palabras de la buena señora fueron tan serias y bienintencionadas que Malcolmson, aunque un tanto divertido, se conmovió. Le dijo amablemente cuánto apreciaba su interés en él, y agregó:

—Querida señora Witham, no debe usted preocuparse por mí. Un hombre que está estudiando para rendir el Tripos<sup>2</sup> de matemática tiene demasiado para pensar como alterarse por alguno de esos “algo” misteriosos, y su trabajo es tan exacto y prosaico que no le permite ocupar ningún rincón de su mente con misterios de ninguna clase. ¡La Progresión Armónica, las Permutaciones y Combinaciones, y las Funciones Elípticas<sup>3</sup>, ya son suficientemente misteriosas para mí!

Mientras la señora Witham se encargaba amablemente de conseguir las cosas que Malcolmson iba a necesitar, él fue a buscar a la anciana mujer que el agente le había recomendado. Cuando llegó a

---

2 **Tripos:** competiciones matemáticas de Cambridge, correspondientes al examen final de la universidad, optativo para quienes hubieran obtenido honores en Matemática.

3 **Progresión Armónica, Permutaciones, Combinaciones, Funciones Elípticas:** temas de estudio de matemática.



la Casa del Juez con la anciana, un par de horas más tarde, la señora Witham lo estaba esperando en persona, acompañada por varios hombres y muchachos que cargaban bultos, y un tapicero que llevaba una cama en un carro, porque ella le dijo que aunque las mesas y las sillas podían llegar a estar en buenas condiciones, una cama que tal vez no hubiera sido ventilada en cincuenta años no era lugar apropiado para que huesos jóvenes descansaran sobre ella. La señora Witham mostraba una evidente curiosidad por ver el interior de la casa. Recorrió el lugar, aunque era tan inocultable su temor por los “algo”, que ante el más leve sonido se aferraba a Malcolmson, de quien no se separó ni por un instante.

Después de examinar la casa, Malcolmson decidió instalarse en el gran salón comedor, que era suficientemente amplio para todas sus necesidades. La señora Witham, con la ayuda de la criada, la señora Dempster, se dedicó a acomodar las cosas. Cuando todas las canastas fueron llevadas al interior de la casa y las cosas desempacadas, Malcolmson vio que la generosa y previsora señora Witham había traído de su propia cocina provisiones suficientes para varios días. Antes de irse le expresó toda clase de buenos deseos; y cuando cruzaba la puerta, se dio vuelta y dijo:

—Y quizás, señor, como la habitación es grande y hay tantas corrientes de aire, sería bueno poner de noche uno de esos grandes biombos alrededor de su cama..., aunque, para ser sincera, yo me moriría si tuviera que quedarme encerrada aquí con toda clase de... “cosas” que asomarían sus cabezas por los costados o desde arriba, y me mirarían.

El cuadro que ella misma evocaba fue demasiado para sus nervios, y huyó sin poder evitarlo.

En cuanto la posadera desapareció, la señora Dempster inspiró con gesto de superioridad y aseguró que ella no se asustaba no ni de todos los espectros del reino.

—Le voy a decir lo que es, señor —dijo—. Los espectros son cosas de toda clase y especie, ¡excepto espectros!: ratas y ratones, y escarabajos; y puertas que crujen, y tejas flojas, y vidrios que se rompen, y antiguas manijas de cajones que quedan levantadas cuando uno tira de ellas y después caen en medio de la noche. ¡Mire el revestimiento de madera de la habitación! Es viejo... ¡Tiene cientos de años! ¿Cree que no hay ratas y escarabajos allí? ¿Imagina, señor, que no van a aparecer? Las ratas son los espectros, se lo aseguro. ¡Y no se le ocurra otra cosa!

—¡Señora Dempster —dijo Malcolmson con seriedad, mientras le hacía una cortés reverencia—, usted es más sabia que un “Senior Wrangler”!<sup>4</sup> Y déjeme decirle que, como muestra de aprecio por la indudable salud de su mente y de su corazón, voy a dejarle la posesión de esta casa cuando me vaya, y permitiré que se quede aquí durante los dos meses restantes del alquiler, ya que cuatro semanas me bastarán para terminar de preparar mis exámenes.

—¡Muchas gracias, señor! —contestó ella—, pero no puedo dormir fuera una sola noche. Vivo en el hogar de caridad Greenshow’s, y si no durmiera en mi habitación una sola noche, perdería todo derecho de vivir allí. Las reglas son muy estrictas y hay demasiadas personas esperando una vacante como para que corra ese riesgo. Si no fue-

---

4 **Senior Wrangler:** denominación dada a los mejores estudiantes de matemática que habían finalizado el tercer año con honores. El primero de la promoción era el “Senior Wrangler”, el segundo el “Second Wrangler”.

ra por eso, señor, me encantaría instalarme aquí y atenderlo durante todo el tiempo que dure su estadía.

—Mi buena mujer —se apresuró a decir Malcolmson—, he venido aquí para estar solo, y créame que estoy agradecido al difunto Greenshow por haber dejado tan organizada su admirable obra de caridad, de tal manera que estoy obligado a rechazar la oportunidad de caer en semejante tentación. ¡Ni el mismo San Antonio podría ser más estricto que yo sobre este punto!

La anciana se rió agriamente.

—Ah, ustedes los jóvenes caballeros no temen nada; y estoy segura de que tendrá acá toda la soledad que quiera.

Luego se puso a hacer la limpieza, y al anochecer, cuando regresó de su caminata —siempre llevaba un libro para estudiar cuando paseaba—, Malcolmson encontró la habitación limpia y ordenada, un fuego ardiendo en el viejo hogar, la lámpara encendida, y la mesa tendida para la cena, con la excelente comida de la señora Witham.

—Esto es vida, realmente —dijo, mientras se frotaba las manos.

Después de cenar, llevó la bandeja hasta la otra punta de la gran mesa de roble, sacó sus libros, agregó madera fresca al fuego, acomodó su lámpara y se enfrascó en un período intenso de trabajo.

Avanzó sin detenerse hasta alrededor de las once, cuando se detuvo por un momento para acondicionar el fuego y la lámpara, y para prepararse una taza de té. Siempre le había gustado el té, y durante toda su vida de estudiante se había quedado hasta tarde trabajando y tomando té. Estos recreos eran para él un gran lujo, y los disfrutaba con una sensación de delicioso, voluptuoso descanso. El renovado fuego saltaba y centelleaba, arrojando extrañas y hermosas sombras por toda la amplia y antigua habitación; y mientras bebía



su té caliente, disfrutó la sensación de estar aislado del resto de sus semejantes. Fue entonces cuando comenzó a percibir, por primera vez, el ruido que estaban haciendo las ratas.

“Seguramente”, pensó, “no pueden haber hecho tanto ruido mientras estuve estudiando. Si lo hubieran hecho, me habría dado cuenta”. En ese preciso momento, cuando aumentó, se convenció a sí mismo de que el ruido era reciente. Indudablemente, al principio las ratas estaban asustadas por la presencia de un extraño, por la luminosidad del fuego, por la lámpara. Pero luego se volvieron más audaces, y ahora estaban divirtiéndose entre ellas, como de costumbre.

¡Qué ocupadas estaban! ¡Escuchen atentamente qué extraños ruidos! ¡Arriba y abajo detrás del revestimiento de madera, sobre el cielo raso, debajo del piso corroían, roían, escarbaban! Malcolmson se sonrió al recordar lo que le había dicho la señora Dempster: “¡Los espectros son las ratas, se lo aseguro, y las ratas son los espectros!”. El té comenzó a hacer su efecto de estímulo intelectual y nervioso, entonces Malcolmson se alegró de que aún tenía ante sí una larga etapa de trabajo antes de que terminara la noche, y con la sensación de seguridad que eso le daba, se permitió el lujo de echar un buen vistazo por la habitación. Tomó su lámpara y recorrió el lugar preguntándose por qué una antigua casa tan exquisita y hermosa había sido abandonada durante tanto tiempo. Los grabados sobre el roble del revestimiento eran admirables, y los marcos de puertas y ventanas lucían valiosos y bellos. Había además algunas pinturas antiguas sobre las paredes, pero como estaban cubiertas por una capa espesa de polvo y suciedad, no pudo distinguir ningún detalle, aunque levantó su lámpara lo más alto que pudo sobre su cabeza. Aquí y allá, mientras recorría el salón, vio algunas grietas o agujeros taponados

momentáneamente por la cara de una rata, con sus ojos centelleando por la luz de la lámpara, pero al instante desaparecía, seguida de un chillido y el ruido de una huida.

Pero la cosa que más llamó su atención fue la cuerda de la enorme campana de alarma que había en el techo, que colgaba en un rincón de la habitación, a la derecha del fuego. Arrimó al hogar una gran silla de roble, que tenía un alto respaldo tallado, y se sentó a beber su última taza de té. Cuando la terminó avivó el fuego y volvió a su trabajo, sentado en la cabecera de la mesa, con el fuego a su izquierda. Por un momento las ratas lo distrajeran algo con sus permanentes corridas, pero enseguida se acostumbró al ruido, como uno se habitúa al tic-tac de un reloj, o al sonido del mar; y se sumergió tanto en su trabajo que nada en el mundo tenía importancia, excepto el problema que trataba de resolver.

De pronto alzó la vista. El problema estaba aún sin resolver. Se percibía en el aire esa sensación que precede al amanecer, tan temida por quienes mantienen dudosas vidas nocturnas. El ruido de las ratas había cesado. Más precisamente, le pareció que acababa de interrumpirse, y fue justamente el silencio lo que lo distrajo. El fuego se había consumido, pero aún arrojaba una profunda luminosidad rojiza. Cuando Malcolmson miró hacia allí, se sobresaltó a pesar de su *sang froid*.<sup>5</sup>

En la gran silla de roble ubicada a la derecha del hogar, vio sentada una rata enorme que lo miraba intensamente, sin quitarle de encima sus ojos malignos. Hizo un movimiento para espantarla,

---

5 **Sang froid:** “sangre fría”. En francés en el original. Expresión que significa “serenidad, frialdad”, se aplica a la persona que no se conmueve fácilmente.

pero la rata no se inmutó. Entonces simuló arrojarle algo. Tampoco así se movió, pero mostró furiosa sus grandes dientes blancos, y sus crueles ojos brillaron vengativos a la luz de la lámpara.

Malcolmson estaba asombrado. Agarró el atizador<sup>6</sup> de hierro del hogar y corrió hacia la rata para matarla. Pero antes de que pudiera dar el golpe, la rata, con un chillido que sonó como la concentración del odio, saltó al piso y trepando rápidamente por la cuerda de la campana desapareció en la oscuridad, por donde la luz de la lámpara no alcanzaba a iluminar. Al instante, por extraño que parezca, las ruidosas corridas de las ratas detrás del revestimiento recomenzaron.

Después de esto, Malcolmson ya no lograría concentrarse en su problema, y como el estridente canto de un gallo le avisó que se aproximaba la mañana, se fue a la cama.

Dormía tan profundamente que ni siquiera escuchó a la señora Dempster cuando entró para arreglar la habitación. Se despertó recién cuando, luego de haber ordenado el lugar y de prepararle el desayuno, lo llamó golpeando suavemente el biombo que rodeaba la cama. Todavía estaba un poco cansado después de una intensa noche de trabajo, pero la taza de té cargado lo despejó y, tomando su libro, se fue a hacer su caminata matinal. Se llevó además algunos sándwiches por si decidía no regresar hasta la hora de la cena. Encontró un lugar sereno entre los olmos, en las afueras del pueblo, donde pasó la mayor parte del día estudiando su *Laplace*<sup>7</sup>.

---

6 **Atizador:** instrumento que sirve para remover el fuego.

7 **Laplace:** se refiere a la obra de Pierre Simon de Laplace (1749-1827), matemático francés cuya contribución a la ciencia fue de gran importancia.

De regreso fue a visitar a la señora Witham, para agradecerle su amabilidad. Cuando lo vio venir, a través de los rombos de vidrio de la ventana de su balcón, salió a recibirlo y lo invitó a pasar. Lo estudió cuidadosamente con la mirada y luego sacudió su cabeza mientras decía:

—No debe exagerar con sus estudios, señor. Está usted más pálido esta mañana de lo que debería. Las altas horas de la noche y hacer trabajar tanto el cerebro no es bueno para ningún hombre. Pero, dígame, señor, ¿cómo pasó la noche? Bien, espero. ¡Ay, señor!, me alegré cuando la señora Dempster me contó esta mañana que estaba usted bien y que dormía profundamente cuando ella llegó.

—Oh, estuve bien —contestó sonriendo—. Los “algo” no me preocuparon, hasta ahora. Solo las ratas, y le confieso que han hecho de mi casa un parque de diversiones. Hay una, malvada, parecía un viejo demonio, que se sentó en la silla que yo había acomodado junto al fuego, y que no se fue hasta que intenté golpearla con el atizador. Recién entonces trepó por la cuerda de la campana de alarma y se escapó por algún recoveco de la pared o del techo. No pude ver por dónde, estaba demasiado oscuro.

—¡Que la misericordia de Dios nos ampare! —dijo la señora Witham—. Un viejo demonio sentado en una silla junto al fuego. ¡Tenga cuidado, señor! ¡Tenga cuidado! Toda broma encierra algo de verdad.

—¿Qué quiere usted decir?, no la comprendo.

—¡Un viejo demonio! El viejo demonio tal vez. Señor, no tiene usted por qué reírse —Malcolmson no había podido contener una sincera carcajada—. Ustedes los jóvenes piensan que pueden reírse de las cosas que hacen temblar a los viejos. ¡No se preocupe, señor!



¡No se preocupe! ¡Quiera Dios que usted pueda reírse siempre! ¡Eso es lo que le deseo! —y ante la cara de placer del joven, la buena mujer se llenó de alegría, y sus temores se alejaron por un momento.

—¡Oh, por favor perdóneme! —dijo Malcolmson—. No piense que soy descortés. ¡Pero la idea de que el viejo demonio en persona estaba sentado en la silla anoche es demasiado para mí! —y al pensarlo se rió de nuevo. Luego se fue a su casa a cenar.

Esa noche los movimientos de las ratas empezaron más temprano; en realidad habían empezado antes de que él llegara, y solo se interrumpieron mientras su aún novedosa presencia las distrajo. Después de la cena se sentó un rato a fumar junto al fuego; y después, una vez que desocupó la mesa, se puso a trabajar. Esa noche las ratas lo desconcentraron más que la noche anterior. ¡Cómo correteaban de arriba abajo, por debajo y por encima! ¡Cómo chirriaban, escarbaban, roían! ¡Cómo, a medida que se volvían más audaces, salían de las bocas de sus agujeros y de las grietas y de las rajaduras del revestimiento hasta que sus ojos brillaban como pequeñas lámparas que reflejaban el movimiento de la luz del fuego! Pero para él, ya acostumbrado a las ratas, sus ojos no eran malvados, solo sus juegos lo desconcentraban. A veces las más audaces se atrevían a incursionar por el piso o a lo largo de las molduras del revestimiento. De vez en cuando, cada vez que lo distraían, Malcolmson hacía un ruido para asustarlas, golpeando la mesa con su mano o emitiendo un furioso “shh, shh”, y entonces las ratas huían directo a sus agujeros.

Así transcurrió la primera parte de la noche; y a pesar del ruido, Malcolmson fue sumergiéndose más y más en su trabajo.

De pronto se detuvo, cautivado, como la noche anterior, por una repentina sensación de silencio. No se escuchaba ni levemente

roer, chillar o escarbar. Había un grave silencio de tumba. Recordó el extraño suceso de la noche anterior, y miró instintivamente hacia la silla ubicada cerca del fuego. Y entonces, una muy extraña sensación lo estremeció.

Allí, al lado del hogar, en la gran silla de roble de alto respaldo tallado, estaba sentada la misma enorme rata, penetrándolo fijamente con sus ojos malignos.

Impulsivamente tomó lo que tenía más cerca, un libro de logaritmos, y se lo arrojó, con mala puntería, y la rata ni se inmutó. Entonces se repitió la escena del atizador de la noche anterior, y nuevamente la rata, perseguida de cerca, trepó rápidamente por la cuerda de la campana. Una vez más, extrañamente, luego de la fuga se reanudaron al instante los ruidos de la comunidad de ratas. En esta ocasión, como en la anterior, Malcolmson tampoco pudo ver por qué parte de la habitación había desaparecido la rata, porque la pantalla verde de su lámpara dejaba en penumbras la mayor parte del lugar, y porque el fuego casi se había consumido.

Mirando su reloj vio que era cerca de la medianoche, y sin arrepentirse por el pequeño entretenimiento que acababa de protagonizar, alimentó el fuego y se preparó su taza de té. Había completado buena parte del trabajo, y pensó que se había ganado el derecho de fumarse un cigarrillo. Así que se sentó frente al fuego en la gran silla de roble tallado para disfrutarlo. Mientras fumaba comenzó a pensar que le gustaría saber por dónde habría desaparecido la rata, ya que tenía ciertas ideas para el día siguiente, no del todo desvinculadas con una trampa para ratas. Encendió otra lámpara y la ubicó de manera que iluminara bien el rincón de la pared que estaba a la derecha del hogar. Luego tomó todos los libros que tenía consigo

ar roj-  
os, los  
a ame  
anta bá-  
e cosa  
toda la  
estando

y los puso al alcance de su mano para arrojárselos al asqueroso bicho. Finalmente colocó la cuerda de la campana sobre la mesa, y sujetó el extremo con la lámpara. Mientras la sostenía con sus manos no pudo evitar sentir su flexibilidad, en especial tratándose de una cuerda tan gruesa y en desuso. “Se podría colgar a un hombre con ella”, pensó. Cuando terminó los preparativos, miró a su alrededor y dijo muy satisfecho:

—Esta vez, mi amigo, creo que podremos aprender algo sobre ti.

Recomenzó entonces su trabajo, y aunque se sintió un poco molesto al principio por el ruido de las ratas, pronto se abandonó a sus proposiciones y problemas.

Nuevamente, algo muy cercano lo devolvió a la realidad. Esta vez no había sido solamente el repentino silencio lo que le llamó la atención. Hubo un leve movimiento de la cuerda, y también de la lámpara. Sin perturbarse, se cercioró de que la pila de libros estuviera al alcance de su mano, y luego dirigió sus ojos a lo largo de la cuerda. Entonces vio cómo la enorme rata se dejaba caer desde la cuerda sobre la silla de roble, y se sentaba mirándolo fijamente, echando fuego por los ojos. Tomó un libro con la mano derecha, apuntó con cuidado y se lo arrojó. Con un veloz movimiento la rata saltó hacia un costado esquivando el proyectil. Agarró entonces otro libro, y un tercero, y se los arrojó uno tras otro, en vano. Finalmente, mientras se ponía de pie y balanceaba un libro para tirárselo, la rata chilló. Parecía asustada por primera vez. Esto hizo que Malcolm se sintiera más impaciente que nunca por golpearla. El libro voló e impactó en la rata con un resonante golpe. Esta chilló aterrorizada, y lanzando a su perseguidor una mirada de terrible malevolencia, trepó por el respaldo de la silla,

dio un gran salto hasta la cuerda de la campana y trepó rápida como la luz. La lámpara se tambaleó por la repentina tensión de la soga, pero era pesada y no se volcó. Malcolmson mantuvo sus ojos en la rata y la vio, por la luz de la segunda lámpara, saltar hasta una moldura del revestimiento y desaparecer a través de un agujero en uno de los grandes cuadros que colgaban de la pared, oscurecidos e invisibles por la capa de polvo y mugre que los cubría.

—Ya miraré detenidamente la morada de mi amigo por la mañana— dijo el estudiante, mientras recogía sus textos—. El tercer cuadro a partir del hogar, no lo olvidaré.

A medida que levantaba los libros uno por uno, comentaba.

—No le interesa *Secciones cónicas*, ni *Oscilaciones cicloidales*, ni los *Principios*, ni los *Principia*, ni *Cuaternarias*, ni *Termodinámica*. ¡Veamos ahora el libro que logró su propósito!

Malcolm lo levantó y lo observó. Cuando lo hizo se sobresaltó, y una repentina palidez se esparció por su rostro. Miró con inquietud a su alrededor y sintió un escalofrío, mientras murmuraba:

—¡La Biblia que me regaló mi madre! ¡Qué extraña coincidencia!

Cuando se sentó para seguir trabajando, las ratas reanudaron sus maniobras detrás del revestimiento. Ya no lo molestaban; de alguna manera se sentía acompañado con su presencia. Pero ya no pudo seguir con su trabajo, y después de esforzarse en dominar el tema que lo ocupaba, perdió toda esperanza y se fue a dormir cuando los primeros rayos del sol se insinuaron a través de la ventana.

Durmió profundamente pero intranquilo, y soñó mucho; y cuando la señora Dempster lo despertó, tarde, en la mañana, lucía enfermo, y por algunos minutos pareció no darse cuenta exactamente de dónde estaba. Su primer pedido sorprendió un poco a la señora.

—Señora Dempster, mientras yo esté fuera hoy, quisiera que tome la escalera y que desempolve, o mejor que lave aquellos cuadros —especialmente aquel, el tercero desde el hogar—. Quiero ver qué representan.

Malcolmson trabajó en sus libros hasta el crepúsculo bajo la serena sombra de los olmos, y la alegría del día anterior volvió a medida que la tarde avanzaba y veía que sus lecturas avanzaban. Había conseguido solucionar todos los problemas que lo tenían desconcertado, y en ese estado de júbilo fue a visitar a la señora Witham a “El buen viajero”. En la acogedora sala de estar encontró a la posadera acompañada por un extraño, que le fue presentado como el doctor Thomhill. La señora Withman estaba intranquila, y este hecho, combinado con la serie de preguntas con que lo embistió el doctor, hicieron que Malcolmson llegara a la conclusión de que la presencia de Thomhill no era accidental. Por eso, sin más preámbulos dijo:

—Doctor Thomhill, contestaré con gusto cualquier pregunta que quiera hacerme, si me responde usted una antes.

El doctor pareció sorprenderse, pero sonrió y contestó de inmediato:

—De acuerdo. ¿Qué quiere preguntarme?

—¿Le pidió la señora Witham que viniera a verme y a hacerme advertencias?

El doctor Thomhill se desconcertó por un momento y la señora Witham miró para otra parte, con sus mejillas enrojecidas. Pero el doctor era un hombre franco y listo, y por eso contestó abiertamente:

—Así es, pero no quería que usted lo supiera. Supongo que mi torpe apresuramiento lo hizo sospechar. La señora Witham me dijo que no le gustaba la idea de que viviera completamente solo en esa

casa, y que pensaba que usted tomaba demasiado té cargado. De hecho, me pidió que tratara de persuadirlo de dejar el té y de acostarse demasiado tarde. Yo también fui un estudiante responsable en mis buenos tiempos, y supongo que por eso me tomo la libertad de aconsejarlo, sin ofenderlo, como colega y no como un completo extraño.

Con una alegre sonrisa Malcolmson extendió su mano.

—¡Chóquela!, como dicen en América —exclamó—. Le agradezco su amabilidad y también a la señora Witham, y su amabilidad merece una retribución de mi parte. Prometo no tomar más té cargado —no más té hasta que me lo autorice— y acostarme esta noche a más tardar a la una. ¿Conformes?

—¡Excelente! —dijo el doctor—. Y ahora cuéntenos todo lo que observó en la vieja casa.

Así lo hizo Malcolmson, relatando detalladamente todo lo que había sucedido durante las dos últimas noches. A cada momento era interrumpido por alguna exclamación de la señora Witham, hasta que finalmente, cuando contó él episodio de la Biblia, las emociones reprimidas de la posadera encontraron desahogo en un grito agudo. Y no se recompuso hasta que no terminó un vaso cargado con más brandy que agua. El doctor Thornhill escuchaba con preocupación creciente. Cuando el relato terminó, y la señora Witham ya se sentía mejor, preguntó:

—¿La rata siempre trepó por la cuerda de la campana de alarma?

—Siempre.

—Supongo que usted sabe —dijo el doctor luego de una pausa— qué es esa cuerda.

—¡No!

—Es —dijo el doctor lentamente— la cuerda que usaba el verdugo con todas las víctimas del rencor del Juez.

En ese momento se vio interrumpido por otro grito de la señora Witham, y nuevas medidas fueron tomadas para que se recobrara. Malcolmson miró su reloj, y como se acercaba la hora de la cena, se marchó antes de su completa recuperación.

Cuando la señora Witham volvió en sí nuevamente, atacó prácticamente al doctor y le cuestionó, muy enojada, qué pretendía al poner esas horribles ideas en la mente del pobre joven.

—Ya tiene suficientes cosas en qué pensar, como para trastornarlo con otras —agregó. El doctor Thornhill replicó:

—¡Mi querida señora, no fue ésa mi intención! Yo quería dirigir y fijar su atención en la cuerda de la campana. Es posible que esté bajo un estado de alta sobreexcitación, y que haya estado estudiando demasiado, aunque estoy obligado a decir que parece un joven tan saludable, mental y físicamente, como el que más... Pero entonces las ratas..., y esa insinuación sobre el demonio...

El doctor sacudió la cabeza y continuó:

—Tendría que haberme ofrecido a acompañarlo y pasar la noche con él, pero estoy seguro de que se habría ofendido. Debe sufrir por la noche algún extraño temor o alucinación; y si eso le sucede, quiero que tire de la soga. Tan solo como está, eso nos serviría de aviso, de modo que pudiéramos llegar a tiempo para ayudarlo. Me quedaré levantado hasta tarde esta noche y mantendré atentos mis oídos. No se alarme si Benchurch recibe una sorpresa antes del amanecer.

—Oh, doctor, ¿qué dice?, ¿qué quiere decir?

—Que posiblemente, en realidad, muy probablemente, escuchemos la gran campana de alarma de la casa del Juez esta noche —y el doctor se retiró, produciendo sobre la señora Witham un efecto tan profundo como el que podría sospecharse.

Malcolmson llegó a la casa un poco más tarde de lo acostumbrado, y la señora Dempster ya se había ido. Las reglas del hogar de caridad Greenhow no estaban hechas para ser desdeñadas. Se alegró de ver el lugar limpio y ordenado, un fuego acogedor y la lámpara lista. La noche estaba más fría de lo que podría esperarse en abril, y un fuerte viento soplaba con tan creciente intensidad que prometía tormenta durante la noche. Por algunos minutos el ruido de las ratas se detuvo, pero tan pronto como se acostumbraron a su presencia, se reinició. Se alegró de escucharlas, porque se sintió una vez más acompañado, pero su pensamiento volvió al extraño hecho de que solo interrumpían sus ruidos cuando la otra –la enorme rata de ojos malignos– aparecía en escena. Solamente la lámpara de lectura estaba encendida, y su pantalla verde dejaba el techo y la parte alta del salón en penumbras, así que la acogedora luz del fuego que se derramaba por el piso e iluminaba el mantel tendido sobre el extremo de la mesa resultaba cálida y afable. Malcolmson se sentó a cenar con buen apetito y espíritu alegre. Después de la comida y de un cigarrillo, se sentó a trabajar dispuesto a no permitir que nada lo distrajera, pues recordó lo que le había prometido al doctor. Así que se concentró para aprovechar su tiempo lo mejor posible.

Por alrededor de una hora trabajó sin inconvenientes, pero luego sus pensamientos comenzaron a desviarse de los libros. Las extrañas circunstancias que lo rodeaban, los estímulos sobre sus sentidos físicos y la susceptibilidad de sus nervios no podían negarse. Entonces el viento se convirtió en un vendaval y el vendaval en tormenta. La antigua casa, sólida como era, parecía estremecerse desde los cimientos, y la tormenta bramaba y se enfurecía a través de sus chimeneas, sus misteriosos aleros, produciendo extraños,



sobrenaturales sonidos en los cuartos vacíos y por los corredores. Hasta la enorme campana del techo debía sentir la fuerza del viento pues la cuerda subía y bajaba levemente, como si la campana se moviera un poco de tanto en tanto, y la flexible cuerda golpeaba sobre el piso de roble produciendo un sonido duro y ahuecado.

Al escucharlo, Malcolmson recordó las palabras del doctor: “Es la cuerda que usaba el verdugo con las víctimas del rencor del Juez”. Fue hacia el rincón del hogar y tomó la cuerda en sus manos para observarla. Parecía poseer un interés mortal, y mientras permaneció allí, se perdió en especulaciones sobre quiénes habrían sido las víctimas, y sobre el horrendo deseo del Juez de tener tan pavorosa reliquia ante sus ojos. Las oscilaciones de la campana aún levantaban la cuerda una y otra vez. Pero de pronto la sensación fue diferente... Un temblor, como si algo se estuviera moviendo a lo largo de la cuerda.

Alzando instintivamente la vista, Malcolmson vio a la enorme rata bajando lentamente hacia él, clavándole una mirada de odio. Soltó la cuerda y retrocedió maldiciendo entre dientes, entonces la rata trepó nuevamente la cuerda y desapareció. Al instante, Malcolmson percibió que el ruido de las ratas, que se había interrumpido por un momento, recomenzaba.

Todo esto lo dejó pensando, y recordó que aún no había investigado la guarida de la rata, ni observado los cuadros como se lo había propuesto. Encendió la otra lámpara, que no tenía pantalla, y llevándola en alto, se paró frente al tercer cuadro a la derecha del hogar, el lugar por donde había visto desaparecer a la rata la noche anterior.

Al mirar por primera vez el cuadro retrocedió tan repentinamente que casi dejó caer la lámpara, y una palidez mortal se derramó

por su rostro. Sus rodillas titubearon, gruesas gotas de sudor rodaron por su frente y tembló como una hoja. Pero era joven y resuelto. Se recompuso, y tras una pausa de pocos segundos avanzó nuevamente, alzó la lámpara y examinó la pintura que, sin polvo y lavada, se distinguía claramente.

Era el retrato de un juez ataviado con su toga escarlata y piel de armiño. Su expresión era dura e impiadosa, maligna, sagaz y vengativa, tenía una boca sensual, y una rojiza nariz, ganchuda y afilada como el pico de las aves rapaces. Un color cadavérico cubría su rostro. Los ojos tenían un brillo particular y una expresión terriblemente perversa. En cuanto los miró, Malcolmson se quedó helado, porque en ellos vio la réplica exacta de los ojos de la enorme rata. La lámpara casi cae de sus manos. Vio a la rata espiándolo a través de la abertura de la esquina del cuadro con sus ojos malignos y percibió al mismo tiempo la súbita interrupción del ruido de las otras ratas. Sin embargo, se armó de valor y continuó observando el cuadro. El Juez estaba sentado en una gran silla de roble de alto respaldo tallado, a la derecha de un gran hogar de piedra. En el rincón una cuerda colgaba desde el techo cuyo extremo descansaba enrollado en el piso. Con un sentimiento cercano al horror, Malcolmson reconoció que la escena representaba el mismo salón donde se encontraba, y miró a su alrededor aterrado, como si esperara hallar una presencia extraña detrás de sí. Miró entonces hacia el rincón del hogar, y con un alarido dejó caer la lámpara de sus manos.

Allí, en el sillón del Juez, con la cuerda colgando detrás, estaba sentada la rata, con la misma mirada maligna del juez, ahora intensificada por un magnetismo diabólico. Salvo por los rugidos de la tormenta, el resto era absoluto silencio.

La caída de la lámpara hizo volver a Malcolmson en sí. Afortunadamente era de metal, y por eso el aceite no se volcó. Sin embargo, la necesidad de impedir que se derramara calmó a la vez la tensión de sus nervios. Luego de apagar la lámpara se tomó el rostro con ambas manos y trató de reflexionar por un momento: “Esto no puede ser”, se dijo. “Si sigo así me volveré totalmente loco. ¡Basta! Le prometí al doctor que no tomaría el té. ¡En verdad, él tenía toda la razón! Mis nervios deben estar desquiciados. Es curioso que no lo haya notado. Nunca me sentí mejor en mi vida. Pero todo está bien ahora, y no actuaré como un tonto de nuevo.”

Entonces se preparó un buen vaso de brandy con agua y, decidido, se sentó a trabajar.

Más o menos una hora más tarde, inquieto por una repentina quietud, levantó la vista del libro. Afuera, el viento aullaba y rugía más fuerte que nunca, y la lluvia se descargaba como olas contra las ventanas, golpeando los vidrios como piedras de granizo. Pero adentro no se oía ruido alguno, salvo el eco del viento contra la gran chimenea, y de tanto en tanto, cuando alguna pausa en la tormenta lo permitía, como un chistido cuando algunas gotas de lluvia que encontraban su rumbo por la chimenea golpeaban sobre las brasas. El fuego se consumía y ya no ardía, aunque derramaba una luz rojiza. Malcolmson prestó atención y entonces escuchó un casi imperceptible chirrido, muy débil. Venía del rincón donde colgaba la cuerda, y pensó que era la sogá al arrastrarse sobre el piso, movida hacia arriba y hacia abajo por las oscilaciones de la campana. Pero al mirar hacia arriba, entrevió en la tenue luz a la enorme rata agarrada de la cuerda, royéndola. La cuerda ya estaba roída casi por completo, y podía verse el color más claro de los hilos internos que quedaban expuestos.

El trabajo fue terminado mientras observaba, y el extremo de la cuerda cayó estrepitosamente sobre el piso de roble. La enorme rata permaneció por un instante, como una borla, colgada del cabo superior de la cuerda, que ahora comenzaba a oscilar de un lado a otro. Malcolmson sintió por un instante otra contracción de dolor, al darse cuenta de que ahora, toda posibilidad de pedir ayuda al mundo exterior había sido literalmente cortada. Pero una intensa furia desplazó al miedo, y Malcolmson le arrojó a la rata el libro que estaba leyendo. Iba bien dirigido, pero antes de que el proyectil pudiera alcanzarla, la rata se dejó caer, golpeando el piso con un ruido sordo. Malcolmson se lanzó al instante hacia ella, pero la rata desapareció, rápida como una flecha, en la oscuridad de las sombras del salón. Malcolmson sintió que su trabajo había terminado por esa noche, y decidió allí y entonces variar la monotonía de sus estrategias para cazar a la rata. Quitó entonces la pantalla verde de la lámpara para asegurarse de una mejor iluminación, y cuando lo hizo, las tinieblas de la parte superior del salón se retiraron, y bajo la nueva luz, intensa en comparación con la oscuridad anterior, las pinturas resaltaron con insolencia. Justo frente a donde estaba parado, Malcolmson se encontró con el tercer cuadro a la derecha del hogar. Se frotó los ojos sorprendido, y entonces el terror comenzó a invadirlo.

Un sector importante del centro del cuadro estaba despintado, había una mancha irregular que dejaba ver el lienzo virgen, tan claro como cuando fue montado en el marco. El resto estaba igual que antes, con la silla, el rincón del hogar, la cuerda, pero la figura del Juez había desaparecido.

Casi pasmado por el terror, Malcolmson se dio vuelta lentamente, y comenzó a temblar y a sacudirse, en estado de parálisis. Sus fuer-

zas parecían abandonarlo por completo, y era incapaz de cualquier acción o movimiento, incluso de pensar. Sólo podía ver y escuchar.

Allí, en la gran silla de roble de alto respaldo tallado estaba sentado el Juez, vestido con su toga escarlata y piel de armiño, sus malvados ojos clavándole una mirada vengativa, y una sonrisa triunfal en su boca resuelta y cruel. Entre sus manos dejaba ver una capucha negra. Malcolmson sintió que su sangre se detenía, como ocurre en momentos de extremo suspenso. Los oídos le zumbaban. Sin embargo alcanzaba a escuchar los aullidos y el gemir de la tempestad, y abriéndose camino en la tormenta, llegaron las campanadas de las doce de la noche sonando desde la plaza del mercado. Permaneció inmóvil por un tiempo que parecía no tener fin, como una estatua, con los ojos abiertos, horrorizados, sin respiración. Mientras sonaban las campanadas, la sonrisa de triunfo se intensificaba en la expresión del Juez, y con la última, la que indicaba la medianoche, se calzó la capucha negra.

Lenta y deliberadamente, el Juez abandonó su sillón y levantó la cuerda que esperaba en el piso. La deslizó entre sus manos, como si disfrutara tocarla, y luego comenzó a hacer un nudo en la punta, que se transformó en un lazo. Lo ajustó y lo probó en su pie, tirando con fuerza hasta que estuvo satisfecho, y luego le hizo un nudo corredizo, que colgaba de su mano. Comenzó entonces a moverse alrededor de la mesa, desde el lado opuesto a Malcolmson, manteniendo sus ojos sobre él hasta que pasó a su lado cuando, con un movimiento repentino, se paró frente a la puerta. Malcolmson comenzó a darse cuenta de que estaba atrapado, y trató de pensar qué debía hacer. Había cierta fascinación en los ojos del Juez, que nunca se desprendieron de los suyos, y él tenía, forzosamente, que mirarlo. Vio que el Juez se acercaba –manteniéndose entre él y la puerta–, levantaba el lazo y se lo arro-

jaba para atraparlo. Con esfuerzo, logró moverse rápidamente hacia un costado, y vio cómo la cuerda lo rozaba y golpeaba enseguida sobre el piso de roble. Nuevamente el Juez le arrojó la cuerda tratando de enlazarlo, sin quitarle de encima ni por un instante sus ojos malignos. Cada vez con un mayor esfuerzo el estudiante lograba evadirlo. La escena se repitió varias veces: el Juez parecía no desanimarse ni desconcertarse nunca, como juega un gato con un ratón. Desesperado, Malcolmson echó una rápida mirada a su alrededor. La luz de la lámpara brillaba, por lo que había bastante luz en el salón. En las bocas de los agujeros, en las grietas, en las rajaduras del revestimiento veía ojos de ratas; y este hecho, meramente material, le otorgó un instante de bienestar. Miró a su alrededor y vio que la cuerda que colgaba desde la campana estaba saturada de ratas. Cubrían cada pulgada, y más y más ratas surgían del pequeño agujero circular de donde emergía la cuerda, hasta que por el peso, la campana comenzó a oscilar.

¡Escuchen! Osciló hasta que el badajo tocó la campana. El sonido fue muy leve, porque la campana recién comenzaba a mecerse, pero el movimiento se incrementaría.

Al sonar la campana, el Juez, que había mantenido sus ojos fijos sobre Malcolmson, miró hacia arriba y un horrible gesto de diabólico enojo se imprimió en su rostro. Sus ojos brillaban como brasas ardientes, y golpeó el piso con el pie, produciendo un ruido que hizo temblar la casa. El terrible estruendo de un trueno resonó cuando el juez alzó nuevamente la cuerda, mientras las ratas continuaban corriendo hacia arriba y hacia abajo por la cuerda, como si trabajaran contra el tiempo.

Esta vez, en lugar de arrojárselo, el Juez se fue moviendo hacia la víctima, abriendo el lazo a medida que se aproximaba. Cuando

estuvo más cerca, su sola presencia pareció exhalar una fuerza paralizante y Malcolmson quedó rígido como un cadáver. Sintió que los helados dedos del Juez tocaban su cuello mientras ajustaba la cuerda. El lazo apretaba..., y apretaba. Entonces el Juez, tomando en sus brazos el cuerpo rígido del estudiante, lo levantó y lo paró sobre la silla de roble, y parándose junto a él, levantó su mano y agarró la punta de la cuerda de la campana que pendía del techo. En cuanto alzó su mano, las ratas huyeron chillando y desaparecieron por el agujero del techo.

Tomó el extremo del lazo que ceñía el cuello de Malcolmson, la ató a la soga que colgaba del techo, bajó de la silla y la empujó.

Cuando la campana de alarma de la Casa del Juez comenzó a sonar, enseguida se reunió una multitud. Aparecieron luces y antorchas de todo tipo, mientras una multitud silenciosa se apresuraba por llegar al lugar. Golpearon con fuerza la puerta, pero no hubo respuesta. Entonces la derribaron e irrumpieron en el gran salón, encabezados por el doctor.

Del extremo de la cuerda de la gran campana de alarma colgaba el cuerpo del estudiante, y en el rostro del retrato del Juez se dibujaba una sonrisa malévol.





# [ La catacumba ] nueva ]



predica  
ativas  
parece  
incréd  
drent  
Tahola?



**Arthur Conan Doyle** nació en Edimburgo, Escocia, en 1859. Estudió medicina y ejerció su profesión en Portsmouth. En esa época comenzó a escribir historias policiales y publicó, en 1887, “Un estudio en escarlata”, en donde aparece por primera vez el detective Sherlock Holmes, protagonista de la serie de relatos reunidos en *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), y *El perro de los Baskerville* (1902). Cuando adquirió prestigio como autor de relatos policiales, abandonó definitivamente la práctica médica. Es autor también de obras teatrales y de la novela histórica *Rodney Stone* (1896). Se interesó por el ocultismo y el espiritismo, que orientaron su escritura hacia temas vinculados con lo fantástico y el terror, de los que proporcionan muestra numerosos relatos y la novela *El parásito* (1895). Por sus trabajos sobre los conflictos en Sudáfrica y su actuación en la Primera Guerra Mundial se le concedió el título de *Sir*. Murió en Sussex en 1930.

ar roj-  
os, los  
a ame  
anta bá-  
e cosa  
toda la  
religión

—Querido Burger —dijo Kennedy— quisiera que confiara en mí.

Los dos célebres especialistas en antigüedades romanas se encontraban sentados en la confortable habitación de Kennedy, que miraba al Corso<sup>1</sup>. La noche era fría, y ambos habían acercado sus sillas a la defectuosa estufa italiana que creaba a su alrededor una atmósfera más bien sofocante que cálida. Afuera, bajo las brillantes estrellas del cielo invernal, se extendía la Roma moderna, con su larga hilera doble de lámparas eléctricas, los cafés brillantemente iluminados, los veloces carruajes y una densa multitud desfilando por las veredas. Pero dentro, en la suntuosa habitación del rico y joven arqueólogo inglés, solo se percibía a la Roma antigua. Frisos rajados y gastados por el tiempo colgaban de las paredes, antiguos bustos grises de senadores y soldados con sus cabezas de luchadores y sus rostros duros y crueles, asomaban desde los rincones. Sobre la mesa central, entre un montón de inscripciones, fragmentos y adornos, se alzaba la famosa reconstrucción de las Termas de Caracalla<sup>2</sup>

- 
- 1 **Corso:** el narrador se refiere a la vía del Corso, una gran calle comercial que sale de la *piazza del Popolo*, al norte de la parte antigua de Roma, para alcanzar la plaza de España.
  - 2 **Termas de Caracalla:** amplio complejo de baños de la Roma Imperial. Fueron construidas en la ciudad de Roma entre 212 y 216 d.C. Actualmente, las extensas ruinas de estas termas son una atracción turística importante.

que Kennedy había realizado, y que tanto interés y admiración había despertado al ser expuesta en Berlín. Del techo pendían ánforas y sobre la lujosa alfombra turca roja se veían diversas rarezas desparrramadas. Y entre todas ellas no había una sola que careciera de la más impecable autenticidad, además de su insuperable singularidad y valor; porque Kennedy, a pesar de tener poco más de treinta años, gozaba de gran reputación en Europa en esta rama especial de la investigación, y disponía además de una gran fortuna que, o bien puede resultar un obstáculo fatal para la energía de un estudioso o, si su determinación es fiel a sus propósitos, le proporciona una gran ventaja en la carrera hacia la fama. El capricho y el placer habían seducido y apartado frecuentemente a Kennedy de sus estudios, pero su mente era incisiva y capaz de largos y concentrados esfuerzos, que culminaban en agudos estados de desfalleciente indolencia. Su hermoso rostro de frente alta y clara, su nariz agresiva y la forma de su boca, algo indolente y sensual, conformaban un perfecto conjunto que equilibraba fuerza y debilidad.

De un tipo muy distinto de hombre era su acompañante, Julius Burger. Llevaba en sus venas una curiosa mezcla de sangre: un padre alemán y una madre italiana que le heredaron el vigor propio del norte y el suave encanto característico del sur. Unos ojos azules teutónicos iluminaban su rostro moreno bronceado y, por encima de ellos, se elevaba una frente cuadrada, maciza, con un friso de espesos rulos rubios que la enmarcaban. Su fuerte y firme mentón lucía completamente rasurado, y su compañero comentaba con frecuencia lo mucho que se parecía a los antiguos bustos romanos que espiaban desde las sombras en los rincones de su habitación. Bajo su arrogancia alemana se esbozaba al mismo tiempo un dejo de sutileza mediterránea, pero su son-

risa era tan honesta y los ojos tan francos, que todos comprendían que era solo una marca de sus ancestros que no se reflejaba realmente sobre su carácter. En edad y reputación se encontraba al mismo nivel que su compañero inglés, pero su vida y su trabajo habían sido mucho más difíciles. Doce años atrás había llegado a Roma como estudiante pobre, y había sobrevivido desde entonces de pequeñas becas que la Universidad de Bonn le otorgaba para sus estudios. Lenta, dolorosamente y con extraordinaria tenacidad, guiado por una sola idea, había escalado peldaño a peldaño la escalera de la fama, llegando a ser miembro de la Academia de Berlín, y había razones para creer que pronto sería promovido a la cátedra de la más importante de las universidades alemanas. Sin embargo, la concentración de sus propósitos, que lo había elevado al mismo nivel que el rico y brillante investigador inglés, también lo había colocado infinitamente por debajo de él en todo lo que excediera el ámbito del trabajo. Burger nunca dispuso de un descanso en sus estudios para dedicarse a la vida social. Únicamente cuando hablaba de su especialidad su rostro se llenaba de vida y expresión. El resto del tiempo permanecía silencioso y avergonzado, demasiado consciente de sus propias limitaciones en otros temas, impaciente durante las conversaciones banales, que son el refugio convencional para aquellos que carecen de ideas.

Burger y Kennedy se trataron durante algunos años, y así su relación maduró poco a poco hasta convertirse en una verdadera amistad entre estos dos tan diferentes rivales. La base y el origen de esa situación residían en el hecho de que, cada uno en su especialidad, eran los únicos de su generación con los conocimientos y el entusiasmo suficientes para apreciar al otro. Los intereses y objetivos en común los habían puesto en contacto, de manera que ambos se

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola

sentían atraídos por el saber del otro. Y a estas razones, con el tiempo se le habían ido sumando otras. A Kennedy le divertían la franqueza y la simplicidad de su rival. A Burger, en cambio, le fascinaban la brillantez y vivacidad que habían convertido a Kennedy en uno de los hombres más populares de la sociedad romana. Digo que lo “habían” convertido, porque en aquel momento el joven inglés se sentía algo ensombrecido. Un asunto amoroso, cuyos detalles nunca llegaron a conocerse, revelaron en Kennedy una falta de sentimientos y una dureza de corazón que conmovieron a muchos de sus amigos.

Sin embargo, en los círculos de estudiantes y de artistas solteros que frecuentaba, no existía sobre estos asuntos un código de honor muy rígido, y aunque algunos pueden haber sacudido la cabeza o encogido los hombros al referirse a la fuga de dos y al regreso de uno solo, el sentimiento que predominaba era de simple curiosidad y quizá de envidia, pero no de reprobación.

—Escuche, Burger —dijo Kennedy, mirando con dura expresión el plácido rostro de su compañero—, me gustaría que confiara en mí.

Mientras hablaba, señaló una alfombra extendida sobre el suelo. Encima de ella había una pequeña canasta, de las que se usan para recolectar frutas, larga y de poca profundidad, hecha de mimbre ligero como se acostumbra en la *campagna*<sup>3</sup>. Dentro de la canasta se amontonaba una pila de objetos: piezas rotuladas, inscripciones rotas, mosaicos agrietados, papiros desgarrados, herrumbrosos adornos de metal que a cualquier inexperto podrían producirle la sensación de que habían sido extraídos del tacho de basura, pero que un especialista reconocería de inmediato como únicos en su clase. Aquel mon-

---

3 **Campagna:** la palabra significa “el campo”, “las afueras”. En italiano en el original.

tón de objetos variados que contenía la canasta de mimbre proporcionaba ni más ni menos que uno de aquellos eslabones faltantes en la cadena del desarrollo social que tanto interesan a los estudiosos. El alemán los había traído, y el inglés los contemplaba ávidamente.

—Yo no interferiré con su hallazgo, pero realmente me agradecería oír acerca de él —continuó, mientras Burger encendía premeditadamente un cigarro—. Se trata, evidentemente, de un descubrimiento de gran importancia. Estas inscripciones tendrán repercusión en toda Europa.

—¡Por cada uno de los objetos que hay aquí, se encuentran millones allí! —dijo el alemán—. Hay tantos que una docena de sabios dedicarían toda la vida a su estudio y de esa forma se construirían una reputación tan sólida como el *Castel Sant'Angelo*<sup>4</sup>.

Kennedy permaneció meditando con la fina frente arrugada y sus dedos jugueteando con el largo e inmaculado bigote.

—¡Burger, usted mismo se ha delatado! —dijo finalmente—. Sus palabras solo pueden referirse a una cosa. Usted ha descubierto una catacumba<sup>5</sup> nueva.

—No tenía dudas de que usted ya había arribado a esa conclusión al examinar los objetos.

—Bien, ciertamente los objetos parecían indicarlo, pero sus últimas observaciones lo confirman. No existe lugar, excepto

---

4 **Castel Sant'Angelo:** monumento romano situado en la orilla derecha del río Tíber, enfrente del *pons Aelius* (actual puente de San Ángel), a poca distancia de la Ciudad del Vaticano. Iniciado por el emperador Adriano en el año 135 para ser su mausoleo personal y familiar, fue terminado por Antonino Pío en el 139.

5 **Catacumbas:** subterráneos en los cuales los primitivos cristianos, especialmente en Roma, enterraban a sus muertos y practicaban las ceremonias del culto.

una catacumba, que pueda contener una reserva de reliquias tan enorme como la que usted describe.

—Así es. No hay misterio. En efecto, he descubierto una catacumba nueva.

—¿Dónde?

—Ése es mi secreto, querido Kennedy. Solo diré que su ubicación es tal que no existe ni una chance en un millón de que alguien la descubra. Pertenece a una época distinta de todas las catacumbas conocidas, y estaba reservada para sepultar a los cristianos de más elevada condición. Es por eso que los restos y las reliquias son completamente diferentes de todo lo conocido hasta ahora. Si yo ignorara su saber y su energía, mi amigo, no vacilaría en contárselo todo bajo juramento de guardar secreto. Pero en estas circunstancias, pienso que debo preparar primero mi propio informe sobre el tema antes de exponerme a una competencia tan formidable.

Kennedy amaba su especialidad casi obsesivamente, con un amor al que le era fiel en medio de todas las distracciones que se le presentan a un joven rico y sin compromisos. Era ambicioso, pero su ambición estaba subordinada al simple gozo abstracto y al interés por todo aquello relacionado con la vida y la historia de la ciudad. Anhelaba ver el nuevo mundo subterráneo que su compañero había descubierto.

—Escuche, Burger —dijo con ansiedad—, le aseguro que puede depositar en mí la más absoluta confianza en este asunto. Nada me induciría a escribir acerca de ninguna cosa que vean mis ojos sin su expreso permiso. Comprendo perfectamente lo que siente y me parece natural, pero no tiene nada que temer de mí. En cambio, si usted no me cuenta, realizaré investigaciones sistemáticas al respecto, y



sin la menor duda llegaré a descubrir de qué se trata. En ese caso, por supuesto, haré uso de mi descubrimiento de la forma que quiera, dado que no tendré ningún compromiso con usted—. Burger observaba su cigarro pensativamente y sonriendo.

—Amigo Kennedy —dijo—, he notado que cuando necesito información sobre algún tema, usted no siempre está dispuesto a suministrármela.

—¿Cuándo me ha planteado alguna pregunta a la que yo no haya contestado? Recuerde, por ejemplo, cuando le proporcioné material para su monografía sobre el templo de las vestales.

—Bueno, pero no se trataba de un asunto de mucha importancia. ¡Me pregunto si usted me respondería una pregunta sobre algo íntimo! Esta catacumba nueva es algo muy íntimo para mí, y tengo derecho a esperar algún signo de confianza a cambio.

—No imagino hacia dónde se dirige usted —contestó el inglés—, pero si lo que quiere decir es que usted responderá a mis preguntas sobre la catacumba si yo contesto las suyas, puedo asegurarle que lo haré.

Burger se recostó cómodamente en su sofá, y lanzó al aire un árbol de humo azul.

—Muy bien —dijo—, cuénteme todo acerca de su relación con *miss* Mary Saunderson.

Kennedy se puso de pie de un salto y clavó una mirada de irritación en su impasible compañero.

— ¿De qué demonios habla? —exclamó—. ¿Qué clase de pregunta es ésta? Esto debe ser una broma, pero nunca ha hecho una peor.

—No, no estoy bromeando —contestó simplemente Burger—. No estoy realmente interesado en los detalles del asunto. No sé mucho

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola

acerca del mundo, las mujeres, la vida social y ese tipo de cosas, y un incidente de tal magnitud tiene fascinación de lo desconocido para mí. Lo conozco a usted, y la conocía a ella de vista. Llegué incluso a hablar con ella una o dos veces. Me gustaría muchísimo oír de sus propios labios qué ocurrió exactamente entre ustedes.

—No le diré una sola palabra.

—Está bien. Fue solo un capricho mío para ver si usted era capaz de revelar un secreto con la misma facilidad con que espera que yo le cuente el mío sobre la catacumba nueva. Usted no podría, y yo no esperaba que lo hiciera. Pero ¿por qué habría de esperar que yo revelara el mío? Bueno, el reloj de San Juan está dando las diez. Es tiempo de que vuelva a mi casa.

—No, Burger. Aguarde un momento —exclamó Kennedy—. Es un capricho ridículo de su parte querer saber acerca de un viejo asunto amoroso que ha sido enterrado hace meses. Ya sabe que al hombre que besa a una mujer y lo cuenta lo consideramos el mayor de los cobardes y de los villanos.

—Ciertamente lo es —dijo el alemán, recogiendo su canasta de antigüedades—, cuando divulga cualquier cosa sobre alguna relación que nadie conocía. Pero en este caso, como bien sabe usted, hablamos de un asunto que se ha vuelto público y comentado en toda Roma. Por lo tanto, no perjudica en nada a *miss* Mary Saunderson si discute este tema conmigo. Aun así, respeto sus escrúpulos. ¡Buenas noches!

—Espere un momento, Burger—dijo Kennedy, apoyando su mano sobre el brazo del otro—. Tengo un interés vivísimo en esa catacumba y no me rendiré tan fácilmente. ¿Quisiera hacerme alguna otra pregunta? ¿Algo no tan excéntrico esta vez?

—No, no. Usted se ha negado y no hay más que hablar —contestó Burger con la canasta bajo el brazo—. Tiene usted mucha razón en no contestar, y yo también la tengo. Así que una vez más, mi querido amigo Kennedy, ¡buenas noches!

El inglés observó a Burger cruzar la habitación. Ya tenía la mano sobre el picaporte cuando Kennedy se dirigió a él con el aspecto de un hombre que intenta hacer lo mejor posible algo que no puede ser evitado.

—Aguarde, viejo amigo —dijo—. Creo que se está comportando en forma ridícula, pero aun así, si esta es su condición, supongo que debo someterme a ella. Odio decir cualquier cosa sobre una mujer; pero, como usted dice, la historia se conoce en toda Roma, y no creo que pueda contarle algo que usted no sepa ya. ¿Qué es lo que quería saber?

El alemán volvió a aproximarse a la estufa, y dejando en el suelo la canasta, se hundió en su sofá una vez más.

—¿Puedo servirme otro cigarro? —preguntó—. ¡Muchas gracias! Nunca fumo mientras trabajo, pero disfruto mucho más una charla cuando estoy bajo la influencia del tabaco. A propósito de aquella mujer con la que tuvo su pequeña aventura, ¿qué ha sido de ella?

—Está en casa con su familia.

—Oh, ya veo, ¿en Inglaterra?

—Sí.

—¿En qué parte de Inglaterra? ¿Londres?

—No, en Twickenham.

—Tendrá que saber disculpar mi curiosidad, mi querido Kennedy, y atribuirle a mi ignorancia del mundo. No hay duda de que es algo simple persuadir a una joven para que se fugue con

usted por tres semanas y luego devolverla a sus familiares en..., ¿cómo dijo que era el nombre del lugar?

—Twickenham.

—Eso es, Twickenham. Pero es algo que está tan lejos de mi propia experiencia, que no puedo ni siquiera imaginarme cómo lo hizo. Por ejemplo, si usted hubiese amado a esa joven, su amor difícilmente podría desaparecer en tres semanas, por lo tanto, asumo que no la amaba en absoluto. Pero si no la amaba, ¿para qué hizo usted semejante escándalo, que le ha hecho daño a usted y la ha arruinado a ella?

Kennedy contemplaba malhumorado el rojo de la estufa y dijo:

—Es una forma lógica de verlo, ciertamente —dijo—. Amor es un concepto muy amplio y representa una muy variada gama de sentimientos. Ella me gustó y..., bueno, usted dijo que la ha visto..., sabe todo lo encantadora que era. Pero aun así, estoy dispuesto a admitir mirando hacia el pasado, que nunca la amé realmente.

—Entonces, mi querido Kennedy, ¿por qué lo hizo?

—Por lo que había en aquello de aventura.

—¡Cómo! ¿Tanta afición tiene usted a las aventuras?

—¿Dónde estaría la variedad de la vida sin ellas? Fue solo por aventura que empecé a cortejarla. En mis tiempos perseguí mucha caza mayor, pero le aseguro que no hay caza como la de una bella mujer. También existía el incentivo de la dificultad porque, como era la acompañante de *lady* Emily Rood, era casi imposible verla a solas. Por encima de todos los otros obstáculos que me atraían escuché, de sus propios labios y en los primeros momentos, que estaba comprometida.

—¡*Mein Gott*!<sup>6</sup> ¿Con quién?

—Ella no dio nombres.

—Yo no creo que nadie esté enterado de ese detalle. Ese hecho hace la historia más atractiva, ¿no es así?

—Bueno, le dio algo de sabor. ¿No le parece?

—Le he dicho que ignoro por completo esas cuestiones.

—Mi querido camarada, usted recordará por lo menos que la manzana que hurtaba del árbol de su vecino siempre parecía más dulce que la que caía del suyo. Y después supe que yo le importaba a ella.

—¿Así? ¿De pronto?

—¡Oh, no! Me llevó por lo menos tres meses. Pero al fin la conquisté. Comprendió que la separación judicial de mi esposa me impedía comportarme con ella como correspondía. Pero igualmente vino conmigo, y pasamos un tiempo estupendo mientras la relación duró.

—Pero ¿qué pasó con el otro hombre?

Kennedy se encogió de hombros.

—Supongo que se trata de la supervivencia del más apto —respondió—. Si él hubiese sido el mejor de los dos, ella no lo habría abandonado. ¡Dejemos el tema, ya he tenido suficiente!

—Solo otra pregunta. ¿Cómo es que se deshizo de ella a las tres semanas?

—Bueno, ya nos habíamos enfriado un poco, usted me entiende. Ella se negó, bajo cualquier circunstancia, a reencontrarse con los que la conocían en Roma. Roma es algo necesario para mí y yo ya estaba decidido a volver a mi trabajo. Por lo tanto, había una cau-

---

6 ***Mein Gott!***: expresión que significa “¡Mi Dios!”. En alemán, en el original.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dient  
Tahola

sa inevitable de separación. Luego, su padre se presentó en el hotel de Londres, hizo una escena y la situación se tornó tan desagradable que, en realidad –aunque al principio la extrañé terriblemente– me alegré de desligarme del asunto. Ahora, confío en que usted no repetirá nada de lo que le he contado.

—Mi querido Kennedy, ni soñaría con repetirlo. Pero lo que usted ha dicho me interesa muchísimo, dado que me permite aproximarme a su forma de ver las cosas, que es totalmente diferente de la mía, ya que sé poco de la vida. Y ahora quiere saber de mi catacumba nueva. No tiene sentido que intente describirle el lugar, ya que así nunca llegará a encontrarlo. Solo hay una cosa que vale la pena hacer, y es que yo lo conduzca hasta allí.

—Sería estupendo.

—¿Cuándo le gustaría ir?

—Cuanto antes, mejor. Estoy impaciente por visitarla.

—Bien, es una noche hermosa, aunque un poco fría. Podemos partir en una hora. Debemos ser muy cuidadosos de que el secreto quede entre nosotros. Si alguien nos viera salir a explorar, sospecharía que algo está sucediendo.

—Ninguna precaución será excesiva —dijo Kennedy—. ¿Queda lejos?

—A unas millas de aquí.

—¿No es demasiado lejos para ir a pie?

—Oh no, podemos caminar hasta allí fácilmente.

—Entonces es mejor que hagamos eso. Quizás despertaríamos las sospechas de algún cochero si tuviera que dejarnos en un lugar solitario, en mitad de la noche.

ar roj-  
os, los  
a ame  
anta bar  
e cosa  
toda la  
relación

—Así es. Creo que lo mejor sería que nos encontráramos en la Puerta de la Vía Appia<sup>7</sup> a la medianoche. Yo debo volver a mi casa para proveerme de fósforos, velas y todo lo demás.

—¡Muy bien, Burger! Es muy amable de su parte hacerme partícipe de este secreto. Le prometo que no escribiré nada hasta que usted haya publicado su informe. ¡Hasta luego! Nos encontraremos a las doce frente a la Puerta.

La clara y fría atmósfera se llenaba con las campanadas musicales de aquella ciudad de relojes mientras Burger, envuelto en un sobretodo italiano, con una linterna en su mano, caminaba hacia el *rendez-vous*<sup>8</sup>. Kennedy salió de la oscuridad para reunirse con él.

—Es usted tan apasionado para el trabajo como para el amor —dijo el alemán, riendo.

—Así es, llevo esperando casi media hora.

—Espero que no haya dejado ninguna pista que permita a otros suponer a qué lugar nos dirigimos.

—¡No soy tan tonto! ¡Además estoy helado hasta los huesos! Vamos, Burger, entremos en calor con una rápida caminata.

Las pisadas de ambos resonaban sobre el tosco pavimento de piedra de la lamentable calle, lo único que queda del camino más famoso del mundo. Un campesino o dos que regresaban a casa de la taberna y algunos carros que llevaban sus productos a Roma fueron las únicas cosas con las que se toparon. Avanzaron con rapidez entre las colosales tumbas que asomaban entre la oscuridad a ambos lados del camino,

---

7 **Vía Appia:** calle que comunica Roma con Capua. Fue construida por orden del censor Apio Claudio en el año 312 a. C.

8 **Rendez-vous:** expresión que significa “cita, encuentro”. En francés en el original.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tabola

hasta que llegaron a las Catacumbas de San Calixto<sup>9</sup> y vieron alzarse ante ellos, contra una luna naciente, el gran bastión circular de Cecilia Metella<sup>10</sup>. Luego, Burger se detuvo tomándose el costado.

—Sus piernas son más largas que las mías y usted está más acostumbrado a caminar —dijo riéndose—. Me parece que el sitio en que debemos desviarnos es por aquí. Sí, aquí es, a la vuelta de la *trattoria*<sup>11</sup>. El sendero es muy estrecho, de manera que quizá yo debería caminar adelante y usted seguirme.

Había encendido la linterna y con su luz fueron capaces de seguir el tortuoso y angosto camino que serpenteaba a lo largo de los terrenos cenagosos de la *campagna*. El enorme Acueducto de la antigua Roma se extendía como un monstruoso gusano bajo el claro de luna, y su recorrido los condujo por debajo de uno de sus descomunales arcos, y a través del círculo de ruinosos ladrillos que delimitaban el antiguo anfiteatro. Burger se detuvo finalmente junto a un solitario establo de madera y sacó una llave de su bolsillo.

—¡Seguramente su catacumba no estará dentro de una casa!  
—exclamó Kennedy.

—Sí su entrada. Eso es precisamente lo que evita que alguien más la descubra.

---

9 **Catacumbas de San Calixto:** se encuentran a la derecha de la Via Appia Antica, después de la iglesia “Quo Vadis?”. Empezaron a existir hacia la mitad del siglo II y forman parte de un complejo que ocupa una extensión de 15 hectáreas, con una red de galerías de casi 20 km. en distintos pisos, y alcanzaron una profundidad superior a los 20 metros. En ellas se enterraron a decenas de mártires, 16 pontífices y muchísimos cristianos.

10 **Cecilia Metella:** tumba de Cecilia Metella, en la Via Appia. Fue construida para la nuera de Craso, el hombre más rico de Roma (asesinado en el 53 a.C.) entre los años 50 y 40 a.C.

11 **Trattoria:** expresión que significa “restaurante”. En italiano en el original.



—¿El propietario de la casa sabe de ella?

—No, él no. Pero encontró un par de objetos que casi me dieron la certeza de que su casa estaba construida sobre la entrada de una catacumba. Entonces se la alquilé e hice excavaciones por mi cuenta. Pase y cierre la puerta.

Era un edificio largo y vacío, con pesebres para las vacas a lo largo de una de las paredes. Burger apoyó su linterna en el suelo y la cubrió con su gabán, tapando la luz de manera que alumbrara solo en una dirección.

—Podría llamar la atención si alguien viera una luz en un lugar abandonado como éste —dijo—. Ayúdeme a levantar esta plataforma de madera.

El piso estaba hundido en un rincón, y tabla por tabla, los dos científicos levantaron la plataforma y la apoyaron contra la pared. Debajo de ella se veía una abertura cuadrada y una escalera de antiguos peldaños de piedra que conducían hacia las entrañas de la tierra.

—¡Tenga cuidado! —gritó Burger al ver que Kennedy, en su impaciencia, se aventuraba escaleras abajo—. Es una madriguera de conejos perfecta, y si se perdiera en su interior, sus posibilidades de salir de ella serían una en cien. Espere a que traiga la luz.

—¿Cómo se orienta usted si el camino es tan complicado?

—Pasé varios momentos de angustia al principio, pero poco a poco aprendí a ubicarme. Cierta sistema organiza los pasadizos, pero un hombre perdido, en esta oscuridad, no podría encontrar la salida. Aun ahora llevo un ovillo de cuerda que voy soltando detrás de mí a medida que me alejo por la catacumba. Puede ver por usted mismo que es complicado, cada uno de esos pasajes se divide y subdivide una docena de veces antes de recorrer cien yardas.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tabola

Habían descendido unos veinte pies desde el nivel del establo y ahora estaban dentro de una cámara cuadrada, excavada en la blanda piedra caliza. La linterna proyectaba una luz oscilante, intensa en el suelo y débil en lo alto, sobre las agrietadas paredes. En todas direcciones se veían las negras aberturas de los pasadizos que convergían en este centro.

—Quiero que me siga de cerca, mi amigo —dijo Burger—. No se distraiga en observar nada por el camino, porque el lugar al que lo conduzco contiene todo lo que pueda ver aquí, y aún más. Ahorraremos tiempo si marchamos hasta allí directamente.

Burger encabezó la marcha por uno de los corredores, y el inglés lo seguía pisándole los talones. De tanto en tanto el pasaje se bifurcaba, pero Burger evidentemente se guiaba por marcas secretas que él mismo había hecho, dado que nunca se detenía ni dudaba. Por todas partes, a lo largo de las paredes, yacían en huecos que recordaban las literas de un buque de emigrantes, los cristianos de la antigua Roma. La luz amarilla oscilaba sobre los arrugados rostros de las momias y centelleaba sobre los cráneos redondeados y los largos y blancos huesos de los brazos cruzados sobre pechos descarnados. Kennedy miraba con ojos anhelantes las inscripciones, las vasijas funerarias, las pinturas, la vestimenta y los utensilios que permanecían en la misma posición en la que manos piadosas los habían colocado muchos siglos atrás. Comprendió, aunque sólo basándose en rápidas miradas, que aquella era la más admirable y antigua de las catacumbas, que encerraba una colección de restos romanos superior a todo lo visto alguna vez por el estudioso.

—¿Que ocurriría si se apagara la luz? —preguntó, mientras avanzaba apresuradamente.

—Tengo una vela de repuesto y una caja de fósforos en el bolsillo. A propósito, Kennedy, ¿tiene usted fósforos?

—No, sería bueno que usted me diese algunos.

—No, no es necesario. No hay posibilidad de que nos separemos.

—¿Qué tan lejos iremos? Me parece que hemos caminado al menos un cuarto de milla.

—Me parece que más. En realidad, el espacio que ocupan las tumbas no tiene límite, por lo menos yo nunca he sido muy capaz de encontrarlo. El lugar al que entraremos ahora es muy complicado, así que usaré nuestro ovillo de cuerda.

Ató el extremo a la saliente de una piedra, puso el ovillo en su chaqueta e iba soltando cuerda a medida que avanzaba. Kennedy notó que la precaución no era innecesaria, dado que los pasillos se habían vuelto más complejos y tortuosos que nunca, formando una perfecta red de pasajes convergentes. Al fin llegaron a un gran salón circular en cuyo centro se erigía un pedestal cuadrado de piedra caliza, con una losa de mármol en la parte superior.

—¡Por Dios! —gritó Kennedy extasiado, mientras Burger balanceaba su linterna sobre el mármol—. Éste es un altar cristiano. Probablemente el más antiguo de cuantos existen. Aquí está la pequeña cruz de consagración tallada en el ángulo. Sin duda, este salón circular fue usado como iglesia.

—Precisamente —dijo Burger—. Si tuviera más tiempo me gustaría mostrarle los cuerpos que descansan en los nichos de las paredes, dado que son de los primeros papas y obispos de la Iglesia, enterrados con sus mitras, báculos y todos los atributos canónicos. ¡Acérquese a aquél y obsérvelo!

Kennedy cruzó el salón y contempló la fantasmal cabeza que descansaba holgadamente dentro de la mitra desgastada y rota.

—Esto es interesantísimo —dijo, y su voz retumbó en la concavidad de la bóveda—. Basándome en mi experiencia, puedo asegurar que esto es único. Acerque la linterna, Burger, quiero examinarlos a todos.

Pero el alemán se había alejado y se encontraba parado en medio de un círculo amarillo de luz al otro lado del salón.

—¿Sabe usted la cantidad de vueltas equivocadas que hay entre este lugar y las escaleras? —preguntó—. Son más de dos mil. No hay duda de que éste fue uno de los medios usados por los cristianos como protección. Existe una posibilidad en dos mil de que un hombre pueda salir de aquí, incluso si tuviera una luz; pero si estuviera a oscuras sería, por supuesto, aún mucho más difícil.

—Opino lo mismo.

—Y la oscuridad es algo espantoso. En una ocasión lo hice como experimento. ¡Hagámoslo de nuevo!

Burger apagó la linterna e instantáneamente Kennedy sintió como si una mano invisible oprimiera sus ojos. Hasta entonces no había sabido cómo era realmente la oscuridad. Parecía que lo sojuzgaba y lo agobiaba. Era un obstáculo sólido contra el cual el cuerpo de Kennedy retrocedía. Puso sus manos delante, como para que la oscuridad se apartara.

—Suficiente, Burger—dijo—, vuelva a encender la luz.

Pero su compañero comenzó a reírse a carcajadas, y en aquella habitación circular el sonido parecía proceder de cada rincón.

—¿Se siente usted intranquilo, amigo Kennedy? —preguntó el alemán.

—¡Vamos, hombre, encienda la luz! —dijo Kennedy con impaciencia.

—Es extraño, pero no soy capaz de determinar en qué dirección se encuentra usted. ¿Puede usted decir dónde estoy yo?

—No, parece estar en todas partes a mi alrededor.

—Si no fuera por la cuerda que tengo en mi mano, no sabría qué camino tomar.

—No tengo la menor duda. Encienda una luz, hombre, y terminemos con este absurdo.

—Bien, Kennedy, entiendo que hay dos cosas a las que es usted muy aficionado. Una es la aventura, y la otra sortear obstáculos. La aventura consistirá en encontrar la salida de la catacumba. El obstáculo será la oscuridad y las dos mil vueltas falsas que hacen el camino un tanto más complicado. Pero no necesita apresurarse ya que cuenta con mucho tiempo. Cuando se detenga a descansar, me gustaría que piense en *miss* Mary Saunderson, y sobre si la ha tratado con absoluta justicia.

—¿Qué está diciendo, maldito demonio? —bramó Kennedy. Corría en pequeños círculos, aferrándose a la oscuridad con ambas manos.

—Adiós—dijo la burlona voz, ya alejándose—. En verdad no creo, Kennedy, incluso por lo que usted mismo dijo, que haya hecho lo correcto con aquella mujer. Existe un pequeño detalle que parece desconocer, pero yo puedo proporcionárselo. *Miss* Saunderson estaba comprometida con un torpe y pobre diablo cuyo nombre era Julius Burger.

Se oyó un susurro, el vago sonido de un pie golpeando una piedra, y luego cayó el silencio sobre la antigua catacumba cristiana; un silencio estancado y denso que se cerraba en torno a Kennedy, envolviéndolo como el agua a un hombre que se está ahogando.

Unos dos meses después la siguiente información corrió por toda la prensa europea:

“Uno de los hallazgos más interesantes de los últimos años en Roma es el de la nueva catacumba, situada al Este de las conocidas bóvedas de San Calixto. El hallazgo de este importante camposanto, extraordinariamente rico en restos de los primeros cristianos, se debe a la energía y sagacidad del doctor Julius Burger, el joven especialista alemán, quien se perfila como la máxima autoridad en el estudio de la antigua Roma. Aunque el doctor Burger haya sido el primero en hacer público el descubrimiento, parece que otro aventurero menos afortunado se le había adelantado. Unos meses atrás el señor Kennedy, conocido estudioso inglés, desapareció repentinamente de sus habitaciones en el Corso, y se conjeturó que su vinculación con un reciente escándalo lo había llevado a abandonar Roma. Se sabe ahora que en realidad ha sido víctima de su fervoroso amor por la arqueología, ciencia que lo había elevado hasta un lugar de privilegio entre los investigadores actuales. Su cadáver ha sido descubierto en el corazón de la catacumba nueva, y es evidente por el estado de sus pies y de sus botas, que había errado durante días por los tortuosos pasillos que hacen que estas tumbas subterráneas sean tan peligrosas para los exploradores. Hasta donde se ha podido comprobar, el difunto, con inexplicable arrojo, se había aventurado dentro de aquel laberinto sin el auxilio de velas o fósforos, de manera que su triste destino fue el resultado lógico de su propia temeridad. Lo que vuelve más doloroso el caso es el hecho de que el doctor Julius Burger era íntimo amigo del difunto. Su alegría por el extraordinario hallazgo se ha visto mellada enormemente por el terrible destino de su camarada y compañero de investigación”.

# [ La pata de mono ]



medica  
tivas  
parece  
incred  
Brent  
Estola?



**William W. Jacobs** nació en Inglaterra en 1863. Con humor e ironía describió el carácter de los marineros y trabajadores de la zona ribereña del Támesis en numerosos cuentos cortos, entre ellos, “Muchos barcos de carga” (1896), “El capitán del Wooing” (1911), “Los murmullos del mar” (1926). Fue también un exitoso escritor de cuentos de terror. Los más conocidos son “La pata del mono” y “El pozo”. Murió en 1943.

ar roj-  
os, los  
a ame  
anta bá-  
e cosa  
toda la  
relando



Afuera, la noche era húmeda y fría, pero en la pequeña sala de Laburnum Villa los postigos estaban cerrados y el fuego ardía vivamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez. El primero tenía ideas radicales acerca del juego que ponían a su rey en tan severos e innecesarios peligros, que provocaban incluso los comentarios de la vieja señora que tejía plácidamente junto al fuego.

—Escuchen el viento —dijo el señor White, quien viendo el error fatal que había cometido, trataba ansiosamente de que su hijo no lo notara.

—Lo oigo —dijo éste examinando implacablemente el tablero mientras estiraba su mano—. Jaque.

—No creo que venga esta noche —dijo el padre posando la mano sobre el tablero.

—Mate —contestó el hijo.

—Esto es lo peor de vivir tan lejos —vociferó el señor White con imprevista y repentina violencia—. De todos los barrocos y marginales lugares para vivir, éste es el peor. El camino es un pantano. No sé qué piensa la gente. Supongo que, como hay solo dos casas alquiladas, no les importa.

—No te enojas, querido —dijo suavemente esposa—, tal vez ganes la próxima partida.

El señor White alzó la vista rápidamente, justo a tiempo para sorprender una mirada de complicidad entre madre e hijo. Las palabras murieron en sus labios y disimuló un gesto de culpa en su barba gris.

—Ya llegó —dijo Herbert White al oír el golpe del portón y unos fuertes y pesados pasos que se acercaban hacia la puerta.

El anciano se levantó con apresurada hospitalidad y abrió la puerta. Madre e hijo escuchaban cómo se quejaban del mal tiempo. Luego el señor White entró en la habitación seguido por un hombre fornido, de ojos salientes y cara rojiza.

—El sargento mayor Morris —dijo, presentándolo.

El sargento les dio la mano, aceptó el lugar que le ofrecieron junto a la chimenea y observó con satisfacción que el dueño de casa traía whisky y unos vasos, y ponía una pequeña pava de cobre sobre el fuego.

Al tercer vaso, los ojos le brillaban y empezó a hablar. La familia miraba con interés a ese visitante de tierras distantes que hablaba de guerras, de epidemias y de pueblos extraños.

—Han pasado veintiún años —dijo el señor White sonriendo a su mujer y a su hijo—. Cuando se fue era uno de los más jóvenes de la compañía. Mírenlo ahora.

—No parece haberle sentado tan mal —dijo la señora White amablemente.

—Me gustaría ir a la India —dijo el señor White—. Aunque fuera sólo para dar un vistazo.

—Se está mejor aquí —replicó el sargento, moviendo la cabeza. Dejó el vaso vacío, y suspirando levemente, volvió a sacudir la cabeza.



—Me gustaría ver esos viejos templos y faquires<sup>1</sup> y malabaristas —dijo el anciano—. ¿Qué era aquello que usted empezó a contarme el otro día, sobre una pata de mono o algo por el estilo, Morris?

—Nada —contestó el soldado apresuradamente—. Nada que valga la pena oír.

—¿Una pata de mono? —preguntó la señora White con curiosidad.

—Bien, es apenas lo que ustedes podrían llamar magia, tal vez —dijo con fastidio el militar.

Sus tres oyentes lo miraron con ansiedad. Distraídamente, el sargento llevó el vaso vacío a sus labios y luego volvió a dejarlo. El dueño de casa lo llenó.

—A primera vista —dijo el sargento metiendo la mano en el bolsillo—, es una pequeña pata momificada que no tiene nada de particular.

Sacó algo del bolsillo y lo mostró. La señora White retrocedió con una mueca, pero su hijo tomó la pata de mono y la examinó con curiosidad.

—¿Y qué tiene de extraordinario? —preguntó el señor White quitándosela a su hijo para mirarla. Luego de haberla examinado, la apoyó sobre la mesa.

—Un viejo faquir le dio poderes mágicos —dijo el sargento mayor—, un hombre muy santo. Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres y que aquellos que intenten

---

1 **Faquir:** en la India, asceta (alguien que busca la perfección espiritual) que practica unos ejercicios de mortificación.

modificarlo, sufrirán las consecuencias. La magia consiste en que tres hombres pueden pedirle tres deseos cada uno.

Habló tan seriamente que los otros sintieron que sus risas desentonaban ligeramente.

—Y usted, ¿por qué no pide sus tres deseos? —preguntó Herbert White con un gesto de astucia.

El sargento lo observó con la tolerancia con que se supone que los mayores miran a los jóvenes presuntuosos.

—Lo he hecho —dijo con calma, y su curtido rostro palideció.

—¿Realmente se le concedieron los tres pedidos? —preguntó la señora White.

—Se cumplieron —dijo el sargento, y el vaso tintineó contra sus dientes.

—¿Y nadie más pidió los deseos? —insistió la señora.

—El primer hombre obtuvo sus tres pedidos, sí —fue la respuesta—. No sé cuáles fueron los dos primeros pero el tercero fue la muerte. Es por esa causa que ahora poseo la pata de mono.

Su tono fue tan grave que produjo silencio.

—Morris, si obtuvo sus tres deseos, entonces ya no le sirve —dijo finalmente el señor White—. ¿Para qué la conserva?

El sargento sacudió la cabeza:

—Por capricho, supongo —dijo lentamente—. He tenido, alguna vez, la idea de venderla pero nunca lo hice ni creo que lo haga. Ya ha causado bastantes desgracias. Además, la gente no quiere comprarla. Algunos piensan que es un cuento de hadas, otros quieren probarlo primero y pagarme después.

—Y si a usted le concedieran tres deseos más —dijo el señor White, mirándolo con agudeza—, ¿los pediría?

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola

—No sé —contestó el otro—. No sé.

Tomó la pata de mono, la balanceó entre el pulgar y el índice, y de pronto la arrojó al fuego. Dando un grito agudo, White se abalanzó hacia las llamas para recogerla.

—Mejor deje que se queme —dijo el sargento con solemnidad.

—Si usted no la quiere, Morris —dijo el anciano—, démela a mí.

—No lo haré —respondió su amigo severamente—. La tiré al fuego. Si usted la conserva no me culpe de lo que pueda suceder. Sea razonable, tírela.

El otro sacudió la cabeza y examinó atentamente su nueva adquisición.

—¿Cómo se hace? —preguntó.

—Hay que sostenerla en alto con la mano derecha y pedir los deseos en voz alta. Pero le prevengo que debe temer las consecuencias.

—Parece un cuento de *Las mil y una noches* —dijo la señora White mientras se levantaba para comenzar a servir la mesa—. ¿No le parece que podrían pedir cuatro pares de manos para mí?

El señor White sacó del bolsillo el talismán y los tres estallaron en risas, pero el sargento, con una mirada de alarma en su rostro, tomó al hombre de un brazo.

—Si está resuelto a pedir —dijo ásperamente—, pida algo sensato.

El señor White regresó la pata de mono al bolsillo y, acercando sillas, invitó a su amigo a sentarse a la mesa. Durante la comida el talismán fue, en cierto modo, olvidado, y los tres escucharon atraídos nuevos relatos de la vida del sargento en la India.

—Si en el cuento de la pata de mono hay tanta verdad como en los otros —dijo Herbert cuando la puerta se cerró detrás de su

invitado, justo a tiempo para que alcanzara el último tren—, no conseguiremos gran cosa.

—¿Le diste algo por ella? —preguntó la señora White, mirando atentamente a su marido.

—Una baratija —contestó el señor White, ruborizándose levemente—. No quería aceptarlo, pero lo obligué a hacerlo. Insistió en que tirara el talismán.

—Sin duda —dijo Herbert, con fingido horror—, seremos ricos, famosos y felices. Para empezar, pide ser un emperador, padre, así no estarás dominado por tu mujer.

El señor White corrió alrededor de la mesa, perseguido por la maligna señora White, armada con el respaldo de una silla.

El anciano sacó del bolsillo el talismán y lo examinó dubitativamente.

—No se me ocurre nada para pedirle —dijo con lentitud—. Me parece que tengo todo lo que deseo.

—Si pagaras la hipoteca de la casa serías feliz, ¿no es cierto? —dijo Herbert con la mano sobre su hombro—. Bien, entonces pide doscientas libras, con eso bastará.

El padre, sonriendo avergonzado de su propia credulidad, levantó el talismán. Su hijo, con expresión solemne, hizo un guiño a su madre, se sentó al piano e improvisó unos acordes imponentes.

—Deseo doscientas libras —pronunció el señor White con distinción.

Un gran estrépito del piano contestó a sus palabras, interrumpido por un grito de estremecimiento del señor White. Su esposa y su hijo corrieron hacia él.

—Se movió —gritó, mirando con desagrado el objeto que yacía en el suelo—. Cuando pedí el deseo, se retorció en mi mano como una víbora.

—Pero yo no veo el dinero —observó el hijo, recogiendo el talismán y poniéndolo sobre la mesa—, y apuesto que nunca lo veré.

—Habrá sido tu imaginación, querido —dijo la mujer, mirándolo ansiosamente.

El anciano sacudió la cabeza.

—No importa, de todas formas no ha sido nada, pero me ha dado un gran susto.

Volvieron a sentarse junto al fuego y los dos hombres terminaron de fumar sus pipas. Afuera, el viento era más fuerte que nunca. El señor White se sobresaltó cuando golpeó una puerta en el piso de arriba. Un silencio inusual y deprimente se instaló entre los tres y se extendió hasta que la pareja se levantó para ir a acostarse.

—Se me ocurre que encontrarás el dinero dentro de una gran bolsa, en medio de tu cama —dijo Herbert al darles las buenas noches—, y una aparición horrible, agazapada sobre el ropero, acechándote cuando estés guardando tus bienes ilegítimos.

El señor White se sentó solo en la oscuridad, frente a las brasas, viendo caras en ellas. La última era tan simiesca, tan horrible, que la miró con asombro. Era tan real que, con una risa molesta, buscó en la mesa su vaso de agua para echárselo encima. Sin querer, su mano rozó la pata de mono. Estremecido, limpió la mano en el abrigo y subió a su cuarto.



## II

A la mañana siguiente, en la claridad del sol invernal que iluminaba la mesa del desayuno, Herbert se rió de sus temores. En el cuarto se respiraba un ambiente de cotidiana salud que faltaba la noche anterior. La sucia y arrugada pata de mono yacía tirada sobre el aparador, con un descuido que mostraba la poca fe que se tenía en sus virtudes.

—Todos los viejos militares son iguales —dijo la señora White—. ¡Qué idea la nuestra, escuchar esas tonterías! ¿Cómo pueden concederse deseos en estos tiempos? Y si así fuera, ¿qué daño podrían causarte doscientas libras?

—Pueden caer del cielo y lastimarte la cabeza —dijo el despreocupado Herbert.

—Según Morris, las cosas ocurrían con tanta naturalidad que podrían, si se quisiera, ser atribuidas a una coincidencia—dijo su padre.

—Bueno, no vayas a encontrarte con el dinero antes de que yo vuelva —dijo Herbert al levantarse—. Temo que te convertirías en un hombre avaro y mezquino y tendríamos que desposeerte.

Su madre se rió, lo acompañó hasta la puerta y lo vio alejarse por el camino. De regreso a la mesa del comedor, se sentía feliz de poder burlarse de la credulidad del marido. Sin embargo, esto no le impidió correr hacia la puerta cuando el cartero llamó, ni referirse con cierto malhumor a los viejos sargentos retirados con la costumbre de beber, al ver que el cartero sólo traía la cuenta del sastre.

—Me parece que Herbert tendrá más de sus divertidos comentarios cuando regrese a casa —dijo al sentarse.

—No lo dudo —dijo el señor White, sirviéndose un poco de cerveza—. Pero, a pesar de todo, la cosa se movió en mi mano. Eso puedo jurarlo.

—Creíste que así fue —dijo la señora suavemente.

—Digo que se movió—respondió el otro—. No lo imaginé. Yo había... ¿Qué sucede?

Su mujer no le respondió. Observaba los misteriosos movimientos de un hombre que rondaba la casa, espionando, y que aparentaba tratar de decidirse a entrar. Conectando el hecho con las doscientas libras, notó que el hombre estaba bien vestido y que llevaba un sedoso sombrero que lucía como nuevo. Tres veces se detuvo frente al portón y luego retrocedió. La cuarta vez, se paró frente al portón con su mano sobre él y luego, con repentina resolución, lo abrió y atravesó el sendero.

Apresuradamente, la señora White se quitó el delantal y lo escondió debajo del almohadón de la silla.

Hizo pasar al desconocido, que parecía estar incómodo. La miraba furtivamente, mientras oía sus disculpas por el desorden que había en la habitación y por el guardapolvo del marido, una prenda que usaba para trabajar en el jardín. La mujer esperó, tan pacientemente como su sexo le permitía, a que les dijera el motivo de la visita, aunque al principio conservó un extraño silencio.

—Me enviaron... —dijo por fin, mientras despegaba una pelusa de sus pantalones—. Vengo de Maw & Meggins.

La señora White se sobresaltó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a Herbert?

Su marido se interpuso.

—Tranquila, tranquila, querida. Siéntate y no te adelantes a los acontecimientos. Supongo que usted no trae malas noticias, señor —y lo miró ávidamente.

—Lo siento... —empezó el visitante.

—¿Está herido? —preguntó la madre.

El hombre asintió.

—Mal herido —dijo pausadamente—. Pero no sufre.

—¡Gracias a Dios! —dijo la anciana, juntando las manos—. ¡Gracias a Dios por eso! Gracias...

Bruscamente retrocedió al comprender el siniestro significado de las palabras del enviado y percibió la horrible confirmación de sus temores al ver que el hombre apartaba su rostro. Contuvo la respiración, miró a su marido que parecía tardar en entender, y puso su temblorosa mano sobre la de él. Hubo un largo silencio.

—Fue atrapado por las máquinas —dijo en voz baja el visitante.

—Atrapado por las máquinas —repitió el señor White, aturdido—. Sí.

Se sentó, mirando perdidamente por la ventana. Tomó la mano de su mujer, la apretó en la suya, como había hecho en sus tiempos de enamorado, cerca de cuarenta años atrás.

—Era el único que nos quedaba —le dijo gentilmente al visitante—. Es duro.

El otro tosió, se levantó y caminó lentamente hacia la ventana.

—La compañía me ha encargado que le exprese sus condolencias por esta gran pérdida —dijo sin darse la vuelta—. Le ruego que comprendan que soy tan solo un empleado y que obedezco las órdenes que me dieron.

No hubo respuesta. La anciana estaba pálida, sus ojos fijos y su respiración apenas se oía.

—Se me ha pedido que les dijera que Maw & Meggins no asume ninguna responsabilidad —prosiguió—, pero en consideración a los servicios prestados por su hijo, desean otorgarles cierta suma de dinero como compensación.

El señor White soltó la mano de su mujer y, poniéndose de pie, miró con terror al visitante. Sus labios resecos esbozaron la palabra: —¿Cuánto?

—Doscientas libras —fue la respuesta.

Sin oír el alarido de su mujer, el señor White sonrió levemente, extendió los brazos como un ciego y se desplomó al piso, desmayado.

### III

En el gran cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, los ancianos sepultaron a su muerto y regresaron a la casa, impregnada de sombra y de silencio.

Todo pasó tan pronto que al principio casi no comprendían y permanecieron a la expectativa de que algo más sucediera, algo que les aliviara su dolor, tan difícil de soportar para dos viejos corazones.

Pero los días pasaron y la expectativa dio lugar a la resignación, la desesperanzada resignación de los viejos, algunas veces llamada apatía. Casi no intercambiaban palabras, porque ahora no tenían nada de qué hablar. Sus días eran largos hasta el cansancio.

Aproximadamente una semana después, el señor White, despertó de pronto en medio de la noche, estiró su mano y se encontró solo. La habitación estaba a oscuras y oyó un llanto que provenía de la ventana. Se incorporó en la cama para escuchar.

—Vuelve a acostarte —dijo tiernamente—. Hace mucho frío.

—Más frío hace para mi hijo —dijo la señora White y volvió a llorar.

Los sollozos se desvanecían en los oídos del señor White. La cama estaba tibia, sus ojos pesados de sueño. Luego se quedó dormido hasta que un despavorido grito de su mujer lo despertó.

—¡La pata! —gritaba desatinadamente—. ¡La pata de mono!

El señor White se incorporó alarmado.

—¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué sucede?

Ella cruzó la habitación hacia él, tropezando.

—La quiero. ¿No la habrás destruido?

—Está en la sala, sobre la repisa —contestó maravillado—.

¿Para qué la quieres?

Ella lloraba y reía al mismo tiempo, se inclinó y besó la mejilla de su esposo.

—Solo ahora he pensado... ¿Por qué no lo he pensado antes?

¿Por qué tú no lo pensaste?

—¿Pensar en qué? —preguntó.

—Los otros dos deseos —respondió en seguida—. Solo hemos pedido uno.

—¿No fue suficiente? —preguntó él con fiereza.

—No —gritó ella triunfalmente—. Le pediremos otro más. Ve abajo, tráela pronto y pide que nuestro hijo vuelva a la vida.

El hombre se sentó en la cama y apartó las sábanas de su tembloroso cuerpo.

—Dios mío, estás loca —gritó horrorizado.

—Búscala —balbuceó—, búscala pronto y pide el deseo. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Su marido encendió la vela con un fósforo.

—Vuelve a la cama —le dijo—. No sabes lo que estás diciendo.

—Nuestro primer deseo se cumplió —dijo la anciana—. ¿Por qué no el segundo?

—Fue una coincidencia —tartamudeó el anciano.

—Búscala y desea —gritó la mujer temblando de exaltación.

El marido se volvió, la miró y su voz tembló.

—Ha estado muerto por diez días, además él... no quiero decirte más, pero... lo reconocí por el traje. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras... ¿cómo sería ahora?

—¡Tráelo de vuelta! —gritó la mujer arrastrándolo hacia la puerta—. ¿Crees que tengo miedo del niño que he criado?

El señor White bajó en la oscuridad, entró en la sala y se acercó a la repisa.

El talismán estaba en su lugar. Tuvo miedo de que el deseo todavía no pedido trajera a su mutilado hijo antes de que él pudiera escapar del cuarto, y contuvo la respiración cuando se dio cuenta de que había perdido la dirección de la puerta. Tanteó su camino alrededor de la mesa y a lo largo de la pared y de pronto se encontró en el zaguán, con el maligno objeto en la mano.

Cuando entró en el dormitorio, hasta la cara de su mujer le pareció cambiada. Estaba blanca y expectante. Él tuvo miedo de su aspecto sobrenatural.

—¡Pídelo! —gritó con violencia.

—Es absurdo y perverso —balbuceó.

—Pídelo —repitió su esposa.

El hombre levantó la mano.

—Deseo que mi hijo vuelva a la vida.

El talismán cayó al suelo y el señor White siguió mirándolo con terror. Luego, temblando, se hundió en una silla mientras la mujer, con la mirada encendida, caminaba hacia la ventana y levantaba la cortina.

El hombre estuvo sentado hasta que el frío del alba lo traspasó. A veces observaba la figura de la anciana que espiaba a través de la ventana. La vela, que se había consumido casi hasta apagarse,

proyectaba en las paredes y el techo sombras vacilantes hasta que, luego de una vacilación más larga que las anteriores, la vela expiró.

Con un inexplicable alivio ante el fracaso del talismán, el anciano volvió a la cama. Uno o dos minutos después la mujer se acostó a su lado, apática y silenciosa.

Ninguno habló pero ambos yacían en silencio, escuchando el latido del reloj. Crujió un escalón y un pequeño ratón se escurrió por el muro. La oscuridad era opresiva. El señor White juntó coraje, encendió un fósforo y bajó a buscar una vela.

Al pie de la escalera el fósforo se apagó. El señor White se detuvo para encender otro y en ese mismo instante un golpe furtivo y casi imperceptible sonó en la puerta de entrada.

Los fósforos cayeron de su mano. Permaneció inmóvil, sin respirar, hasta que se repitió el golpe. Huyó a su cuarto y cerró la puerta detrás de él. Se oyó un tercer golpe.

—¿Qué es eso? —gritó la mujer, incorporándose precipitadamente.

—Una rata —dijo el hombre con voz temblorosa—. Una rata. Se me cruzó en la escalera.

La mujer se sentó en la cama, escuchando. Un fuerte golpe retumbó en toda la casa.

—¡Es Herbert! —gritó—. ¡Es Herbert!

La señora White corrió hacia la puerta, pero su marido la alcanzó y la tomó fuertemente del brazo.

—¿Qué vas a hacer? —susurró ahogadamente.

—¡Es mi hijo, es Herbert! —gritó la mujer, luchando mecánicamente para que la soltara—. Me había olvidado de que el cementerio está a dos millas. Suéltame. Tengo que abrir la puerta.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola

—Por amor de Dios, no lo dejes entrar —dijo el hombre, temblando.

—Tienes miedo de tu propio hijo —gritó, aún luchando—. Déjame ir. Ya voy, Herbert, ya voy.

Hubo otro golpe más, y otro. La mujer se libró de un tirón y huyó del cuarto. El hombre la siguió y la llamó suplicante, mientras corría escaleras abajo. Oyó el sonido de la cadena, el pasador tratando de deslizarse despacio y obstinadamente de la traba, y luego la voz de la mujer, esforzada y anhelante:

—El pasador —gritó—. No puedo alcanzarlo. Baja.

Pero el marido, arrodillado, tanteaba el piso salvajemente, en busca de la pata de mono. Si pudiera encontrarla antes de que la cosa entrara.

Los golpes volvieron a resonar en toda la casa y el señor White oyó que su esposa acercaba una silla a la puerta. Oyó el ruido del pasador, como si comenzara a abrirse lentamente, en el mismo instante en que encontró la pata de mono y, frenéticamente, balbuceó el tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de pronto, aunque los ecos aún resonaban en la casa. Oyó retirar la silla y abrirse la puerta. Un viento helado recorrió la escalera, y el largo alarido de desilusión y miseria de su mujer le dio valor para correr hacia ella y luego hasta el portón. La lámpara de la calle brillaba sobre un camino desierto y tranquilo.



# El almohadón de plumas



predica  
ativas  
parece  
incréd  
drent  
Tahola



**Horacio Quiroga** nació en Salto, Uruguay, el 31 de diciembre de 1878. Su infancia fue marcada por la muerte violenta de su padre, primero, y luego de su padrastro. Varios episodios de su vida tienen a la muerte como protagonista, de modo que no es extraño que forme parte de la temática de Quiroga. Estudió en el Colegio Nacional de Montevideo y se dedicó también a realizar experimentos sobre las más variadas materias: química, mecánica, carpintería. Colaboró en revistas literarias y fundó *La Revista de Salto*. En 1901 publicó su primer libro, *Los arrecifes de Coral*, que dedicó a su admirado Leopoldo Lugones. Alternaba sus actividades docentes con la fotografía y la publicación de innumerables cuentos y dos novelas: *Historia de un amor turbio* (1908) y *Pasado amor* (1929). Se sentía deudor, fundamentalmente, de Poe y Maupassant, aunque aportó sus propias reflexiones sobre los problemas formales de la narración, que pueden leerse, entre otros ensayos, en el “Manual del perfecto cuentista”. Alternó la vida urbana con extensos períodos de residencia en la selva misionera. Ambos espacios son centrales en sus elecciones estéticas. Publicaba sus relatos en revistas de actualidad y periódicos, y luego los reunía en volúmenes: *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1817), *Cuentos de la selva* (1818), *El salvaje* (1920), *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924) y *El más allá* (1935). Se suicidó el 19 de febrero de 1937, al enterarse de que sufría una enfermedad incurable.

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses –se habían casado en abril– vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso –frisos, columnas y estatuas de mármol– producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco<sup>1</sup>, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

---

1 **Estuco:** pasta de grano fino compuesta de cal apagada, mármol pulverizado y pigmentos naturales, que se endurece por secado y se utiliza sobre todo para enlucir paredes y techos.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza<sup>2</sup> que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de su marido. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó muy lento la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni pronunciar una palabra.

Fue ese el último día en que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole cama y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico. Y sin vómitos, nada... Si mañana despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse las horas sin que se oyera el menor ruido. Alicia

---

2 **Influenza:** gripe.

dormitaba. Jordán vivía en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, deteniéndose un instante en cada extremo a mirar a su mujer.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola por media hora, temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella sus ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor, mientras ellos pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio, y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... Poco hay que hacer.

—¡Solo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida<sup>3</sup>, en síncope<sup>4</sup> casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas oleadas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaban ahora en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama, y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el sordo retumbo de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, cuando entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

---

3 **Lívica:** el significado original es “amoratada”, pero también se usa como equivalente a “intensamente pálida”.

4 **Síncope:** pérdida repentina del conocimiento y de la sensibilidad, debida a la suspensión súbita y momentánea de la acción del corazón.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló sobre aquél. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós<sup>5</sup>. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienas de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón sin duda había impedido al principio su desarrollo; pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

---

5 **Bandó:** tipo de peinado con la raya al medio y dos partes lisas a los lados sujetas hacia atrás.

predic  
ativas  
parece  
incréd  
dent  
Tahola

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.



# [ Sobre terreno conocido ]

## Comprobación de lectura

John Polidori, “El vampiro”

Marquen con una cruz la opción correcta.

- 1 Aubrey es presentado como un personaje...
- a) crédulo.
  - b) malvado.
  - c) imaginativo.
  - d) mentiroso.
- 2 Lord Ruthven aparece con frecuencia en...
- a) paseos al aire libre.
  - b) reuniones sociales.
  - c) iglesias.
  - d) actos políticos.
- 3 Los padres de Ianthe, tras la muerte de su hija...
- a) luchan contra los vampiros.
  - b) reclaman justicia.
  - c) mueren de pena.
  - d) enloquecen.

- 4 Las situaciones de terror aparecen relacionadas con...
- a) el puñal.
  - b) la promesa.
  - c) la muerte.
  - d) a, b y c son afirmaciones válidas.
- 5 No se puede revelar la verdad sobre Lord Ruthven por...
- a) una carta.
  - b) un documento secreto.
  - c) una promesa.
  - d) una sospecha.

### Edgar Allan Poe, "El retrato oval"

**Indiquen si las siguientes afirmaciones sobre los hechos narrados son verdaderas o falsas.**

- 1 Para proteger a su amo herido, el criado lo lleva a un castillo abandonado hacía mucho tiempo.
- 2 El protagonista se instala en una enorme sala de la planta baja del castillo.
- 3 Una vez instalado, el protagonista desea contemplar las pinturas que se exhiben en las paredes.
- 4 El criado recibe la orden de cambiar la posición del candelabro.
- 5 El retrato de la joven la muestra de cuerpo entero.
- 6 La visión de la joven retratada conmueve al protagonista porque parece estar viva.
- 7 El retrato oval fue pintado en la habitación de la torre del castillo.
- 8 El pintor era el esposo de la joven retratada.

9 Entre la joven y su retrato hay escasa semejanza.

10 Al terminar su obra, el pintor comprueba que su esposa está muerta.

**Reescriban aquellas afirmaciones que señalaron como falsas para que resulten verdaderas.**

### **Bram Stoker, “La casa del juez”**

**Determinen cuáles de las siguientes afirmaciones son correctas y cuáles incorrectas. Luego, corrijan aquellas que señalaron como incorrectas, de modo tal que todas las afirmaciones resulten verdaderas.**

1 Malcolm Malcolmson va a estudiar para sus exámenes a un lugar recomendado por sus amigos.

2 El estudiante decide alquilar una casa que le parece una fortaleza.

3 En la casa, Malcolm escucha ruidos extraños que provienen de las paredes, del cielorraso y del piso.

4 La enorme rata que ve Malcolm aparece sentada en un gran sillón de cuero rojo.

5 La señora Witham sostiene que la enorme rata es un viejo demonio.

6 Cuando Malcolm le arroja una Biblia, la enorme rata parece asustada y se va.

7 Los ruidos que producen las ratas nunca se detienen durante las noches.

8 La enorme rata desaparece por un hueco que hay en el segundo cuadro a la izquierda del hogar.

9 El juez quiere enlazar a Malcolm con la cuerda, y lo logra cuando se acerca al estudiante, que está paralizado de miedo.

- 10 Al sonar la campana de alarma de la casa del juez, una multitud se acerca y comprueba que Malcolm está a salvo.

### Arthur Conan Doyle, "La catacumba nueva"

Marquen con una cruz la opción correcta.

- 1 La acción se desarrolla en...

- a) Londres.
- b) Venecia.
- c) Roma.
- d) París.

- 2 Kennedy y Burger son...

- a) arquitectos.
- b) arqueólogos.
- c) filósofos.
- d) artistas.

- 3 La catacumba nueva representa...

- a) una falsa expectativa.
- b) una curiosidad sin valor.
- c) una forma de enriquecimiento.
- d) un descubrimiento importante.

- 4 Entre Mary Saunderson y Burger hubo...

- a) un secreto.
- b) un compromiso.
- c) una amistad.
- d) una aventura.

## William W. Jacobs, “La pata de mono”

Marquen con una cruz la opción correcta.

1 La noche en que comienza la acción es...

- a) apacible y fresca.
- b) húmeda, fría y ventosa.
- c) lluviosa.
- d) de fuerte tormenta.

2 El sargento-mayor Morris estuvo viviendo en...

- a) Australia.
- b) Egipto.
- c) India.
- d) Grecia.

3 La magia de la pata de mono consiste en...

- a) devolver objetos perdidos.
- b) orientar a los viajeros.
- c) otorgar mucho dinero.
- d) conceder tres deseos.

4 Ante el talismán, Herbert se muestra...

- a) crédulo.
- b) irónico.
- c) dubitativo.
- d) asombrado.

## Horacio Quiroga, “El almohadón de plumas”

Marquen con una cruz la opción correcta.

1 La casa donde viven Alicia y Jordán se compara con...

- a) un castillo abandonado.
- b) un palacio encantado.

- c) una bóveda de cementerio.
- d) un espacio desierto.
- 2 Alicia observa a Jordán con...
- a) rencor.
- b) serenidad.
- c) estremecimiento.
- d) entusiasmo.
- 3 La anemia de Alicia, según los médicos es...
- a) producto de una gran tensión.
- b) de origen inexplicable.
- c) fácilmente curable.
- d) curable con un largo tratamiento.
- 4 En su delirio, Alicia cree ver...
- a) manchas.
- b) sombras.
- c) monstruos.
- d) insectos.
- 5 Después de la muerte de Alicia, en el almohadón se encuentran...
- a) agujeros.
- b) trozos de alfileres.
- c) cabellos.
- d) manchas de sangre.

## Actividades de comprensión y análisis

### John Polidori, “El vampiro”

- 1 Busquen y subrayen en el comienzo del cuento los datos que anuncian algo extraño sobre el **personaje** presentado.
- 2 Escriban una lista con las actitudes de **Lord Ruthven** que llaman la atención a **Aubrey** durante su viaje.
  - ¿Qué motivos hacen que Aubrey continúe su viaje solo?
- 3 Propongan cinco adjetivos que sirvan para caracterizar a **lanthe**.
  - a) Determinen si esa caracterización justifica el amor que siente Aubrey por la muchacha.
  - b) Respalden sus respuestas con fragmentos del cuento.
- 4 Identifiquen en el cuento la **descripción** de los vampiros que hace lanthe. Luego, expliquen qué efecto provoca esa descripción en Aubrey.
- 5 Según la tradición, un vampiro es un muerto que sale de la tumba para alimentarse con sangre de humanos, especialmente de mujeres, quienes a su vez se convierten en vampiros y, como pierden sus fluidos, deben reanudar el ciclo.

Tengan en cuenta la **definición** anterior, y verifiquen la presencia de esos datos en el cuento que leyeron.
- 6 Relean las características de la **novela gótica** que aparecen en la sección *Palabra de expertos* e indiquen cuáles de esos aspectos se presentan en “El vampiro”. Grafiquen su trabajo en un cuadro como el que figura a continuación.

Características de la novela gótica	Ejemplo de “El vampiro”

- 7 Relean el texto de Salussoglia que se reproduce en la sección *Palabra de expertos* y releven los modos en que el **terror** se fue manifestando en literatura desde fines del siglo XVIII.
- a) Expliquen con qué situaciones se relacionan en el cuento los siguientes elementos: *la noche, el viaje, las ruinas del pasado, los lugares desconocidos, la fuerza de la naturaleza.*
- b) ¿Qué importancia tienen en “El vampiro” los aspectos mencionados en la actividad anterior? ¿Cuáles de ellos se vinculan directamente con la manifestación del terror?
- 8 Los hechos narrados pueden estar presentados en orden cronológico, tal como fueron sucediendo en el tiempo. Otra posibilidad es que la narración comience por el final y luego se narren los hechos que sucedieron antes en el tiempo. También hay narraciones en las que se intercalan saltos hacia atrás o hacia adelante en el tiempo. El recurso mediante el cual se intercala un hecho anterior, no presentado todavía, y se lo narra, se denomina *racconto*. Se trata, entonces, de contar los hechos sucedidos hasta llegar al momento en el que comenzó el recuerdo.
- a) Busquen en “El vampiro” una ruptura del **orden cronológico** que incluya hechos sucedidos con anterioridad a los que se están narrando.
- b) Indiquen si esa **alteración cronológica** es o no necesaria para entender la situación que se narra y expliquen por qué.
- 9 El narrador aparece en un texto como la voz que transmite los hechos. Según la persona gramatical y el conocimiento de los hechos que demuestre, se encuentran estos tipos básicos de narrador:
- Narrador protagonista:** en 1ª persona gramatical, participa como protagonista de los hechos que narra.
- Narrador testigo:**
- en 1ª persona gramatical, participa de los hechos como persona-



je, pero no es el protagonista. Narra lo que sabe, porque lo vio o lo escuchó.

– en 3ª persona gramatical, no participa de la acción, sino que refiere lo que otros vieron u oyeron.

**Narrador omnisciente:** en 3ª persona gramatical, narra los hechos sin participar en ellos, pero demuestra que sabe más que los personajes, ya que conoce sus pensamientos, sentimientos, pasado y futuro.

- Caractericen el tipo de **narrador** que aparece en “El vampiro” y transcriban dos ejemplos del relato que justifiquen su caracterización.

### Edgar Allan Poe, “El retrato oval”

- 1 Revisen la descripción de la habitación donde se acomoda el protagonista y anoten cuáles son los elementos que pueden relacionarse con un **ambiente** en el que se presenta el terror.
- 2 El *claroscuro* es una técnica empleada en pintura que consiste en practicar en el cuadro fuertes contrastes entre las zonas iluminadas y las que quedan a la sombra. De este modo, se ponen de relieve con más efectividad algunos elementos de la obra. Entre los maestros del claroscuro se encuentran los pintores italianos Tintoretto (1518-1594) y Caravaggio (1571-1610) y el holandés Rembrandt (1606-1669).
  - a) Busquen en la biblioteca de la escuela o en alguna cercana del lugar donde viven libros de historia del arte en los que puedan ver pinturas de los artistas mencionados. Pidan a su docente de Plástica que los ayude a ver cómo se emplea en los cuadros la técnica del claroscuro.
  - b) Busquen en el cuento de Poe el momento en que se cambia de posición el candelabro y expliquen qué efecto produce ese cambio y qué consecuencias provoca en la acción.

- c) ¿Es posible relacionar los cambios producidos por el movimiento del candelabro con la técnica de claroscuro? Justifiquen sus respuestas.
- 3 Se denomina *relato enmarcado* a un relato incluido dentro de otro, que no debe confundirse con un relato a continuación de otro. No se trata de una suma de relatos, sino de una subordinación. Puede tratarse de una carta, un libro, un manuscrito, o bien puede introducirlo un personaje. Las circunstancias espacio-temporales donde este relato aparece conforman el *relato marco*, y la nueva narración, el *relato enmarcado*.
- a) Ubiquen en “El retrato oval” el relato enmarcado que aparece. Luego, expliquen cómo llega el narrador a tener conocimiento de la historia del retrato.
- b) Escriban una síntesis del contenido del relato enmarcado cuya extensión sea de entre cinco y siete renglones.
- c) Indiquen cuál de las siguientes es la función de ese relato enmarcado. Justifiquen su elección.
- Interrumpir la acción principal para crear suspenso.
  - Aportar información acerca de la relación entre el narrador y su criado.
  - Hacer más creíble lo narrado hasta el momento.
  - Distraer al lector de lo narrado en el relato marco.
- 4 Relean en la sección *Palabra de expertos* los temas de la literatura de terror que expone Rosemary Jackson y el cuadro que los ordena. Revisen en él los **agentes** que expresan el tema del dualismo o del doble. Luego, indiquen cuál de esos agentes es el que aparece en el cuento de Poe.
- a) Marquen las opciones correctas entre las siguientes.
- En “El retrato oval”,
- el tema del doble aparece en la semejanza entre el retrato y la joven.

- el tema del doble se relaciona con el protagonista y su criado.
  - la joven retratada crea su propio doble.
  - el pintor crea el doble de su esposa al pintar el retrato.
- b) Según la elección hecha de las opciones anteriores, formulen brevemente una explicación sobre la manera en que se presenta el tema del doble en “El retrato oval”. Pueden seguir un esquema de escritura como el que se ofrece a continuación. En el cuento “El retrato oval”, del escritor norteamericano Edgar Allan Poe, el tema del doble se presenta de la/s siguiente/s manera/s:... Tal/es afirmación/es se explica/n porque...
- 5 Revisen en el **relato enmarcado** el aumento de actividad creadora del pintor frente a la disminución de vida de la esposa hasta su muerte.
- Determinen con qué rasgos del vampiro se puede vincular esta contraposición. Para ello, consulten la actividad 5 seleccionada para el cuento “El vampiro”, de Polidori.
- 6 Caractericen al **narrador** del relato marco y al del relato enmarcado. Justifiquen su caracterización con fragmentos del cuento.
- 7 Lean el fragmento de *Introducción a la literatura fantástica*, de Tzvetan Todorov, que se reproduce en la sección *Palabra de expertos*. Luego, determinen si en “El retrato oval” el terror se relaciona con lo extraño o con lo maravilloso y justifiquen su respuesta.
- 8 Elijan, entre las siguientes posibilidades, el tema que les parezca más adecuado para este cuento.
- la vitalidad transmitida por el arte.
  - la locura.
  - la aniquilación del ser amado.
  - la vida que perdura tras la muerte.
- a) Escriban una lista de razones que justifiquen por qué han elegido ese tema.

- b) Con los aportes de toda la clase, realicen en el pizarrón un cuadro en el que se grafiquen los temas elegidos y las razones que los justifican.
- c) Discutan la información recogida en el cuadro y determinen cuál de los temas, con sus respectivas justificaciones, les resulta más convincente.

### Bram Stoker, “La casa del juez”

- 1 Escriban una lista de los **datos y creencias** sobre la casa del juez que aportan la señora Witham y el doctor Thornhill.
- 2 El cuento presenta el contraste entre quienes aceptan las creencias populares sobre la casa abandonada del juez y quienes permanecen incrédulos ante esas versiones.

Diseñen un cuadro que presente los datos y las creencias que recopilieron en la actividad 1 y en el que, además, ubiquen a los **personajes** crédulos y a los incrédulos respecto de dichas versiones sobre la casa.

- 3 Propongan un esquema en el que presenten los hechos que suceden en cada una de las noches que pasa Malcolm en la casa del juez. Por ejemplo:



- 4 Los *indicios* son datos que exigen del lector algún tipo de interpretación. Provocan sospechas, señalan el carácter de un personaje, el clima, la atmósfera de un relato –angustia, miedo o suspenso, por ejemplo.

- a) Tengan en cuenta la explicación anterior y marquen en el cuento de Stoker los indicios que se relacionen con el terror, el sus-

penso, la duda. Realicen una puesta en común y escriban una lista que incluya todos los indicios que identificaron.

- b) Determinen cuáles de los indicios marcados se concretan a lo largo de la acción en hechos inexplicables y terroríficos.
- 5 Expliquen por qué resultan importantes los siguientes **elementos** en el desarrollo de la historia.
- la cuerda de la campana de alarma.
  - la gran silla de roble.
  - el cuadro con el retrato del juez.
- 6 A lo largo de la narración, hay **miradas** (del protagonista, de las ratas, del juez) que se destacan o se intensifican. Busquen en el cuento ejemplos de las referencias a esas miradas y cómo se las describe.
- Con los ejemplos que buscaron, expliquen qué relación existe entre esas miradas y el terror que transmite el cuento.
- 7 Indiquen, entre las siguientes posibilidades, qué efecto produce la tormenta desatada durante la última noche. Justifiquen su respuesta con fragmentos del relato.
- confusión – intensificación del terror – evocación de recuerdos – suspenso – ambigüedad – seguridad*
- 8 Hacia el final del relato, el narrador dice:  
“Más bien parecía que estuviese jugando con Malcolm como el gato con el ratón”.  
Determinen si es correcto afirmar que en este momento Malcolm y el Juez intercambiaron sus roles. Justifiquen su respuesta.
- 9 Anoten cuáles son las situaciones, espacios o personajes realistas (posibles de existir o suceder en el mundo habitual, conocido) que aparecen en el cuento.

- 10 Releven cuáles son las situaciones en que se presenta lo fantástico, esto es, las que indican duda, vacilación, ambigüedad, temor por la pérdida de la razón. Para resolver la actividad consulten el fragmento de *Introducción a la literatura fantástica*, de Tzvetan Todorov, que aparece en la sección *Palabra de expertos*.
- 11 Elaboren una lista que presente a los personajes y/o hechos sobrenaturales, inexplicables, que encuentran en el cuento.
- 12 Tengan en cuenta sus respuestas a las actividades 9, 10 y 11 y determinen si “La casa del juez” se puede clasificar como un cuento fantástico, extraño o maravilloso. Para justificar, consideren los aportes de Emilse Salussoglia en la sección *Palabra de expertos*.

### Arthur Conan Doyle, “La catacumba nueva”

- 1 En el **título** del cuento aparece el adjetivo “nueva”. Busquen la palabra en el diccionario y elijan la acepción que consideren más adecuada para este caso. Justifiquen su elección teniendo en cuenta lo que se narra en el cuento.
- 2 Elaboren un cuadro comparativo en el que expongan las **características** que comparten Kennedy y Burger y aquellas que los diferencian.
  - Expliquen por qué las diferencias que anotaron entre ambos tienen importancia para el desarrollo de los hechos.
- 3 ¿Por qué Burger se niega a confiar en Kennedy? Marquen en el cuento el momento de la historia en el que se revela la razón de esa desconfianza.
- 4 Releven todos los **espacios** en los que se desarrolla la acción y caracterícenlos.
- 5 Relean en la sección *Palabra de expertos* los apartados correspondientes a “Realismo y Naturalismo” y a “Lo fantástico”.

- Reúnanse con un compañero y determinen si “La catacumba nueva” es un cuento realista, fantástico, extraño o maravilloso. Luego, escriban una justificación de su elección. Pueden comenzar de la siguiente manera: *Consideramos que “La catacumba nueva”, de Arthur Conan Doyle, pertenece a la clase de cuentos... Nuestra decisión se funda en las siguientes razones:...*

6 Las **acciones de una narración** se estructuran en tres momentos principales: la **situación inicial**, se trata de una situación de equilibrio en la que se presenta a los personajes, el lugar y el momento en que sucede la historia.; el **conflicto** o **nudo**, momento en el cual se presenta y se desarrolla un problema; y el **desenlace**, esto es, la parte del relato en el que se resuelve el conflicto.

a) Marquen en el cuento las tres partes que conforman su estructura. Luego, escriban una lista de las acciones principales que se narran en cada una de ellas.

b) ¿En qué momento y en qué situación aparece el terror en este cuento?

7 Piensen y determinen qué **personaje** influye en los hechos narrados, aunque no participa en la acción.

- ¿En qué momento del cuento es posible apreciar la magnitud de esa influencia?

8 Relean “La catacumba nueva” y releven a lo largo del cuento los **indicios** que sugieran sospechas sobre el desenlace. Consulten la definición de “indicios” en la actividad 4 para “La casa del juez”.

9 Relean la **crónica periodística** que se reproduce en el final del cuento y discutan entre todos cuál es la función que cumple. ¿Creen que la inclusión de la crónica es indispensable para comprender lo sucedido con Kennedy?

- 10 Elijan, entre las siguientes posibilidades, el tema que les parezca más adecuado para este cuento. Justifiquen su elección.
- la búsqueda de aventuras
  - la mentira
  - la venganza
  - la desilusión
- 11 Discutan entre todos si el plan que lleva a cabo Burger les parece justo o injusto. ¿Podría haber “limpiado” el honor de la muchacha de otra manera? ¿Cómo?

### William W. Jacobs, “La pata de mono”

- 1 Describan el **espacio** donde se desarrollan los hechos. Luego, expliquen si se trata de un ambiente realista o sobrenatural.
- 2 ¿Quién es el visitante que llega a la casa y cómo se comporta?
- 3 Indiquen qué **actitudes**, entre las siguientes, muestra el señor White cuando le pide a su amigo que le cuente acerca de la pata de mono. Luego, justifiquen su elección con citas del cuento.

*curiosidad – miedo – desprecio – insistencia – rechazo –  
indiferencia – preocupación*

- 4 Busquen en el diccionario la palabra *talismán*. Luego, determinen si la pata de mono entra en esa categoría.
- 5 Lean el siguiente fragmento del cuento y expliquen qué se puede deducir sobre la **experiencia** de Morris con la pata de mono, al pedir sus **deseos**: “Lo he hecho –dijo con calma, y su curtido rostro palideció.”
- 6 Escriban una lista con los motivos por los que Morris conserva la pata de mono.
- 7 Identifiquen en el cuento el momento en que se narra la reacción del señor White cuando Morris quiere deshacerse del talismán y las **advertencias** que le hace Morris sobre la pata de mono.



- Tengan en cuenta los hechos posteriores, para determinar si esas advertencias eran acertadas.
- 8 Consulten la definición de “indicios” que se presenta en la actividad 4 para “La casa del juez”. Luego, releven aquellos que en “La pata de mono” sugieren la posibilidad de que suceda un hecho trágico.
- 9 Determinen el momento a partir del cual se instala el terror y márquenlo en el cuento..
- a) Reúnanse con un compañero y decidan con cuál de las siguientes interpretaciones acerca de la aparición del terror en el cuento están de acuerdo.
- No es posible el regreso de un muerto. Nadie golpeó a la puerta.
  - El talismán pertenece a un mundo sobrenatural.
  - Los hechos pueden explicarse: el dinero de la compensación coincide por casualidad con el primer deseo; los golpes en la puerta son solo producto de la imaginación de los padres, debido a su estado de perturbación.
  - Se instala la duda en el lector: en el mundo cotidiano aparece un talismán con poderes sobrenaturales. Si el señor White, a pesar de no creer, pide un tercer deseo, ¿pudo haber sido el hijo quien golpeó a la puerta? Queda la incertidumbre.
- b) Determinen si la interpretación que han elegido corresponde a un cuento realista, maravilloso, extraño o fantástico. Justifiquen su respuesta.
- 10 En el momento en que la madre de Herbert intenta alcanzar la tranca de la puerta, el señor Morris dice para sí:
- “—Si pudiera encontrarla antes de que la cosa entre...”
- ¿Por qué creen que el señor Morris emplea la palabra *cosa*?

## Horacio Quiroga, “El almohadón de plumas”

- 1 “El almohadón de plumas” pertenece a la obra de Horacio Quiroga *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Tengan en cuenta el **título** del libro y expliquen cómo se relaciona el contenido del cuento leído con el amor, la locura y/o la muerte.

- Expliquen el título del cuento en relación con la causa de la muerte de Alicia.

- 2 Señalen, entre las siguientes características de los **personajes**, cuáles de ellas favorecen el desarrollo de los hechos. Luego, expliquen cómo se relacionan esos rasgos con lo que sucede en la historia narrada.

*Alicia: tímida – soñadora – enamorada*

*Jordán: duro de carácter – severo – callado – impenetrable*

- 3 Identifiquen en el cuento y luego copien en su carpeta los elementos del **ambiente** que contribuyen a transmitir sensación de frialdad.

- Discutan entre todos cómo se relacionan los elementos marcados con los sentimientos de los personajes.

- 4 Busquen en el cuento palabras y expresiones referidas al **silencio** y a la **luz**. Cópienlas en la carpeta.

- Expliquen si se pueden relacionar esos datos con un ámbito donde se presenta el terror. Consulten la sección *Palabra de expertos* para apoyar su respuesta.

- 5 Lean los siguientes consejos, extraídos del *Decálogo del perfecto cuentista*, de Horacio Quiroga.

V No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas.

VII No adjetives sin necesidad. Inútiles serán cuantas

colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él solo tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.

VIII Toma a tus personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta, aunque no lo sea.

IX No escribas bajo el imperio de la emoción. Déjala morir, y evócala luego. Si eres capaz entonces de revivirla tal cual fue, has llegado en arte a la mitad del camino.

X No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida del cuento.

- Discutan entre todos cuáles de los consejos arriba reproducidos se cumplen en “El almohadón de plumas”.

6 Lean algunas observaciones que señala Horacio Quiroga en su *Manual del perfecto cuentista*.

Hoy apuntaré algunos de los trucos que me han parecido hallarse más a flor de ojo. Comenzaremos por el final. Me he convencido de que, del mismo modo que en el soneto, el cuento empieza por el fin. Nada en el mundo parecería más fácil que hallar la frase final para una historia que, precisamente, acaba de concluir. Nada, sin embargo, es más difícil. Las frases breves son indispensables para finalizar los cuentos de emoción recóndita o contenida. Una de ellas es: “Nunca volvieron a verse”. Puede ser más contenida aun: “Sólo ella volvió el rostro”.

Y cuando la amargura y un cierto desdén superior priman en el autor, cabe esta sencilla frase: “Y así continuaron viviendo”. Otra frase de espíritu semejante a la anterior, aunque más cortante de estilo: “Fue lo que hicieron”.

Y ésta, por fin, que por demostrar gran dominio de sí e irónica suficiencia en el género, no recomendaría a los principiantes: “El cuento concluye aquí. Lo demás, apenas si tiene importancia para los personajes”.

De mis muchas y prolijas observaciones, he deducido que el comienzo del cuento no es, como muchos desean creerlo, una tarea elemental. “Todo es comenzar”. Nada más cierto, pero hay que hacerlo. Para comenzar se necesita, en el noventa y nueve por ciento de los casos, saber a dónde se va. “La primera palabra de un cuento –se ha dicho– debe ya estar escrita con miras al final”.

De acuerdo con este canon, he notado que el comienzo exabrupto, como si ya el lector conociera parte de la historia que le vamos a narrar, proporciona al cuento insólito vigor. Y he notado asimismo que la iniciación con oraciones complementarias favorece grandemente estos comienzos. Un ejemplo: “Como Elena no estaba dispuesta a concederlo, él, después de observarla fríamente, fue a coger su sombrero. Ella, por todo comentario, se encogió de hombros”.

Yo tuve siempre la impresión de que un cuento comenzado así tiene grandes posibilidades de triunfar. ¿Quién era Elena? Y él, ¿cómo se llamaba? ¿Qué cosa no le concedió Elena? ¿Qué motivos tenía él para pedírselo? ¿Y por qué observó fríamente a Elena, en vez de hacerlo furiosamente, como era lógico de esperar?

Véase todo lo que del cuento se ignora. Nadie lo sabe. Pero la atención del lector ya ha sido cogida por sorpresa, y esto constituye un desiderátum, en el arte de contar.

- Revisen el comienzo y el final del cuento leído. Intercambien opiniones con sus compañeros para decidir si en “El almohadón de plumas” se cumplen las indicaciones señaladas en el texto anterior. Expongan oralmente sus conclusiones.
- 7 En varios cuentos de Horacio Quiroga, el **narrador omnisciente** adopta el estilo propio de un **narrador científico**. ¿Se identifican estas dos voces en “El almohadón de plumas”? Copien fragmentos que justifiquen su respuesta.
  - 8 Lean el fragmento de *Introducción a la literatura fantástica*, de Tzvetan Todorov, que aparece en la sección *Palabra de expertos* y luego hagan la lectura del siguiente fragmento de la misma obra.

Vimos que lo fantástico no dura más que el tiempo de una vacilación: vacilación común al lector y al personaje, que deben decidir si lo que perciben proviene o no de la “realidad”, tal como existe para la opinión corriente. Al finalizar la historia, el lector, si el personaje no lo ha hecho, toma sin embargo una decisión: opta por una u otra solución, saliendo así de lo fantástico. Si decide que las leyes de la realidad quedan intactas y permiten explicar los fenómenos descritos, decimos que la obra pertenece a otro género: lo extraño. Si, por el contrario, decide que es necesario admitir nuevas leyes de la naturaleza mediante las cuales el fenómeno puede ser explicado, entramos en el género de lo maravilloso.

- Determinen, según lo que sostiene Todorov, la categoría en la que se puede ubicar “El almohadón de plumas”. Justifiquen su respuesta.

## Actividades de producción

- 1 **Informe.** El *informe* es un texto explicativo en el que se presentan los resultados de un trabajo de investigación. Los informes suelen respetar una estructura tripartita.

En la *introducción* se presenta el tema de la investigación, los objetivos del trabajo y la forma en que se organiza la información. En el *desarrollo* se exponen y analizan los datos y los conceptos más importantes de la investigación. En la *conclusión* se sintetizan los puntos fundamentales del desarrollo y se exponen las conclusiones y resultados a los que el trabajo ha permitido arribar.

Investiguen, junto con otro compañero, acerca de supersticiones populares relacionadas con el terror: vampiros, hombres-lobos, fantasmas, entre otras. Pueden buscar información en enciclopedias o en páginas de Internet. Una vez que obtengan los datos necesarios, seleccionen los más interesantes y escriban un informe sobre el tema elegido. No olviden citar al final del trabajo la bibliografía consultada.

- 2 **Diario íntimo.** Escriban una página del diario íntimo de la esposa del pintor del cuento “El retrato oval”, de Edgar Allan Poe, respetando las siguientes condiciones:

La página debe corresponder a la época en que estaba siendo retratada y comenzaba a debilitarse.

Para su producción seleccionen diez de las siguientes palabras y construcciones extraídas del cuento y úsenlas.

*aire libre – melancolía – fruncir el ceño – andrajoso – recovecos – delirio – medianoche – resplandor – meditar – movimiento impulsivo – secreto – de espaldas – páginas – maldita la hora – dócilmente – semejanza – arte – débil – estremecerse – verdad*

- Lean para el resto de la clase el texto que escribieron y elijan aquellos que consideren más logrados.

- 3 Rescriban los dos párrafos finales de “La casa del Juez”, de Bram Stoker, (desde “Esta vez, en lugar de arrojárselo...”), de manera que el desenlace corresponda a lo extraño, es decir, algo que admita una explicación mediante las leyes de la razón.
- 4 Relean el episodio del cuento de Stoker del ataque a la enorme rata con la Biblia. Luego nárrenlo nuevamente usando un narrador protagonista en primera persona, identificado con Malcolm.
- 5 **Monólogo.** El *monólogo* desarrolla pensamientos, sentimientos, deseos y reflexiones de un personaje ante un hecho o una situación. Se escribe en primera persona gramatical.
- a) Escriban un monólogo de Kennedy, el personaje del cuento de Conan Doyle, tras quedar encerrado en la catacumba, donde se presenten sus miedos, dudas, expectativas.
- b) Memoricen el monólogo que escribieron y represéntenlo para sus compañeros.
- 6 **Crónica periodística.** Relean la crónica periodística con que finaliza el cuento de Conan Doyle y sobre ese modelo escriban una crónica periodística acerca de la muerte de Malcolm, el protagonista del cuento de Bram Stoker. Recuerden titular su escrito periodístico.
- 7 Cambien el final de “La pata de mono”, desde: “Oyó el ruido del pasador, como si comenzara a abrirse lentamente...”, de manera tal que el desenlace corresponda a lo maravilloso (hechos sobrenaturales, sin explicación racional).
- 8 **Escena dialogada.** Los textos que se escriben para ser representados presentan los hechos a través de los diálogos entre los personajes y de las acciones que ellos llevan a cabo. Las *didascalias* son indicaciones escénicas, que ubican las acciones en un tiempo y lugar; que señalan gestos y movimientos de los personajes y que indican los cambios de hablante, es decir, los nombres que

antecedes lo que cada personaje va a decir. En el momento de la representación estas indicaciones no serán pronunciadas por un actor, sino que serán tenidas en cuenta por el director.

- a) Supongan que un mes después de los hechos narrados vuelve Morris de visita a la casa de White. Imaginen la conversación entre ambos y escriban un diálogo –para ser representado– que podrían haber mantenido.
  - b) Elijan dos compañeros para interpretar la escena. Ensáyenla y represéntenla para el resto de la clase.
- 9 Formulen el último deseo de padre de Herbert y agréguenlo en el lugar que consideren más adecuado del fragmento de “La pata de mono” que reproducimos a continuación.

Los golpes volvieron a resonar en toda la casa. El señor White oyó que su mujer acercaba una silla. Oyó el ruido del pasador, como si comenzara a abrirse lentamente, en el mismo instante encontró la pata de mono y, frenéticamente, balbuceó el tercer y último deseo.

- 10 **Carta.** Escriban una carta de Alicia a Jordán, en la que ella comunica su situación y sus sentimientos antes de quedar postrada definitivamente. Para ello, releen en “El almohadón de plumas” los párrafos referidos a la última salida de Alicia a su jardín, acompañada por Jordán. Revisen los datos sobre su estado de ánimo y su salud.
- 11 **Descripción.** Releven en el cuento todos los datos sobre el espacio y el ambiente donde se desarrolla la acción (tamaño, color, luz, muebles, adornos) y ténganlos en cuenta para describir la habitación. Pueden elaborar el texto como si el observador fuera: a) Alicia; b) Jordán; c) el médico que atiende a Alicia.



## Recomendaciones para leer y para ver

Para seguir vinculados con el terror, pueden acercarse a leer y ver algunas de las obras literarias y películas que aparecen en la siguiente lista.

### Literatura

#### Cuentos

##### Terror psicológico

Edgar Allan Poe, “La caída de la casa Usher”, “El gato negro”.

Guy de Maupassant, “El horla”.

##### La muerte y el horror

Ambrose Bierce, “La ventana tapiada”.

Howard P. Lovecraft, “El extraño”, “El sabueso”.

##### Lo monstruoso muy cercano

Horacio Quiroga, “La gallina degollada”.

Julio Cortázar, “Circe”.

##### Guía de personajes de terror

Pablo De Santis, *Transilvania Express. Guía de vampiros y monstruos*.

##### El diablo y el mal

Robert Louis Stevenson, *El demonio en la botella*.

##### El doble

Robert Louis Stevenson, *Markheim*.

#### Novelas

##### El doble

Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*.

Robert Louis Stevenson, *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

##### Vampirismo

Bram Stoker, *Drácula*.

##### La ciencia y la creación de monstruos

Mary Shelley, *Frankenstein*.

##### Antologías (variados temas de terror)

Varios autores, *Los mejores relatos de terror*, Editorial Alfaguara. Madrid, 1998.

## Cine

### Terror psicológico

Stanley Kubrick, *El resplandor* (1980).

Alfred Hitchcock, *Psicosis* (1960).

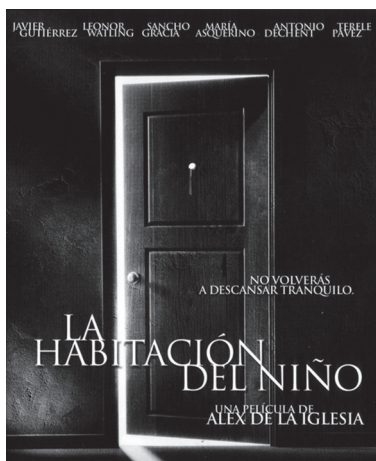
### Algo raro pasa en esa casa

Juan Antonio Bayona, *El orfanato* (2007).

Iain Softley, *La llave maestra* (2005).

Alex de la Iglesia, *La habitación del niño* (2004).

Alejandro Amenábar, *Los otros* (2000).



## Bibliografía

***Pueden leer un modelo de análisis de relato y observar el modo de trabajo del estructuralismo en:***

Barthes, Roland y otros, *Análisis estructural del relato*, México, Premia Editora, 1991.

***El artículo sobre el concepto de lo siniestro según Sigmund Freud lo encuentran en:***

Freud, Sigmund, *Obras completas*, Barcelona, Biblioteca Nueva, Editorial Losada, 1997.

***Se recomienda la consulta de las siguientes obras para profundizar la información acerca de las épocas y movimientos artísticos que se ofrece en la sección Palabra de expertos:***

Hauser, Arnold, *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Debate, 1998.

Huyghe, René, *El arte y el hombre*, Madrid, Planeta, 1979.

***Para ahondar en el estudio de la literatura fantástica y tener más conocimientos acerca del relato de terror consulten:***

Jackson, Rosmary, *Fantasy. Literatura y subversión*. Buenos Aires, Catálogos, 1986.

Lovecraft, H. P., *El horror en la literatura*, Barcelona, Barral, 1984.

Todorov, Tzvetan, *Introducción a la literatura fantástica*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972.

Esta obra se terminó  
de imprimir en agosto  
de 2014, en los talleres  
de Buenos Aires Print,  
Presidente Sarmiento 459,  
Lanús, provincia  
de Buenos Aires,  
Argentina.